

Guillermo Reigosa Pérez

**LA FEDERACIÓN
ANARQUISTA
URUGUAYA**



El anarquismo arraigó en Uruguay muy pronto y con mucha fuerza. En ningún país de la América Latina, salvo quizás en Argentina, esta ideología alcanzó tanta difusión, fuera entre el pueblo, fuera entre la intelectualidad o los colectivos más cultos.

Reigosa, hace en este texto, un estudio de las vicisitudes históricas del anarquismo y sus derivas ideológicas a lo largo de la azarosa trayectoria del país sudamericano.

Guillermo Reigosa Pérez

LA FEDERACIÓN ANARQUISTA URUGUAYA

16 de noviembre de 2010

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

NACIMIENTO Y EVOLUCIÓN DEL ANARQUISMO URUGUAYO

EL NACIMIENTO DE LA FAU

LA ESCISIÓN DE 1964

LA FAU SIN PUNTOS Y LA COORDINACIÓN REVOLUCIONARIA

LA DICTADURA PACHEQUISTA

LA PRESIDENCIA DE BORDABERRY

EL GOLPE DE ESTADO DEL 27 DE JUNIO DE 1973

UN TRONCO COMÚN, DOS CAMINOS DISTINTOS

FUENTES



LOS ORÍGENES: NACIMIENTO Y EVOLUCIÓN DEL ANARQUISMO URUGUAYO

El anarquismo arraigó en Uruguay muy pronto y con mucha fuerza. Circunstancias históricas, como la gran afluencia inmigratoria procedente del continente europeo, el laicismo del país, consolidado durante la era de José Batlle, o la tardía hispanización y la ausencia de las instituciones de la Contrarreforma (la Inquisición, la enseñanza jesuita, las universidades pontificias...), hicieron del Uruguay un país muy receptivo a las ideas anarquistas. En ningún país de la América Latina, salvo quizás en Argentina, el anarquismo alcanzó tanta difusión, fuera entre el pueblo, fuera entre la intelectualidad o los colectivos más cultos.

Sus orígenes deben buscarse en la misma génesis del movimiento obrero uruguayo. Este movimiento dio sus primeros pasos en las décadas de 1860 y 1870, cuando comenzaron a organizarse los primeros gremios, gremios aún de carácter más artesanal que obrero, imbuidos todavía de una filosofía que bebía mucho de la Revolución francesa de 1848.

En aquellos años, el país, forzado por los cambios en la economía mundial, asistía a la redefinición de su modelo socioeconómico, al alumbramiento de un modelo básicamente agroexportador, un modelo que se apoyaría en las décadas siguientes en una inserción en el sistema capitalista mundial relativamente bien articulada y basada en su papel como proveedor de productos primarios, en la exportación de dos o tres productos cotizados, esencialmente pecuarios (lana, cuero, carne). Este papel permitió un gran desarrollo del latifundismo y la ganadería extensiva, favorecidos también por el despoblamiento del país, y del sector comercial montevideano. La inicial reinversión por parte del empresariado rural de los beneficios en el mismo sector pecuario generó un periodo de rápido crecimiento que permitió un incipiente pero decidido desarrollo industrial y llevó al país a niveles de ingresos per cápita similares a los de las sociedades

industrializadas. Era no obstante, un modelo con grandes desigualdades; la industrialización provocará un crecimiento urbano exponencial, ligado al éxodo del campo, lo que unido a la presencia de importantes contingentes de obreros cualificados procedentes del Viejo Continente, acabó generando una sobreoferta de mano de obra, sobreoferta que posibilitó a la burguesía industrial la contratación de trabajadores con salarios miserables, a cambio de extenuantes jornadas laborales sin descanso semanal y que en ocasiones llegaban a las 16 horas diarias; en algunas ramas de la producción, el trabajo infantil era harto frecuente, llegando a cifras que rondaban el 18% del total de la mano de obra empleada. Fue en este contexto de incipiente industrialización y de explotación de las clases populares donde debe situarse el nacimiento de la llamada “cuestión social” y el impulso de la protesta obrera, la sindicación y las ideas libertarias.

El progreso del ideario anarquista en Uruguay estuvo muy vinculado a la inmigración europea de la segunda mitad del siglo XIX, fundamentalmente trabajadores franceses, italianos y españoles, muchos de ellos perseguidos políticos, procedentes de sociedades ya industrializadas y poseedores de una vasta experiencia de lucha social y un rico bagaje teórico. Era un anarquismo

muy influido por el “mutualismo” de Proudhon y el pensamiento de Bakunin. Su primera concreción organizativa se remonta a junio de 1875, cuando nace la FRROU, Federación Regional de la República Oriental del Uruguay. Dominada por posicionamientos “proudhounianos” e integrada efímeramente en la AIT, Asociación Internacional de los Trabajadores o I Internacional, la FRROU era conocida también como Federación Montevideana o Federación de Trabajadores de la Región Uruguaya y fue impulsada en gran medida por inmigrantes europeos, algunos de ellos franceses que participaran en la experiencia de la Comuna de París de 1871 o españoles de la Revolución Cantonalista de 1873. Su actuación más destacada fue su participación en la que fue la primera huelga de todo un gremio, la Huelga de Fideeros de 1884. Afectada sin duda por la crisis organizativa del movimiento obrero internacional, con la disolución de la AIT, en el Congreso de Filadelfia de 1875, la FRROU tuvo un desarrollo muy limitado.

A finales de siglo, el movimiento anarquista uruguayo seguía dominado por los anarcosindicalistas o “anarcocolectivistas”, llamados también “federacionistas” u “organizacionistas” y muy influenciados entonces por el pensamiento de Kropotkin. Algunos de los libertarios más

activos de aquellos años fueron Pierre Bernard o Luís Moglia. Aunque con un reflejo organizativo débil, la filosofía anarquista no dejaba de consolidarse en la clase obrera, consolidación favorecida sin duda por la vitalidad de las publicaciones libertarias; aunque su vida era con frecuencia corta, la proliferación de los periódicos, boletines o folletos de doctrina y propaganda anarquistas parecía inagotable y su recuento se hace hoy tarea casi imposible; se pueden recordar “La Lucha Obrera”, nacida en 1884 como órgano de la FRROU, “La Federación de Trabajadores”, semanario anarcosindicalista que comenzó a publicarse en 1885, “La voz del Trabajador”, publicación aparecida en 1890, “La Verdad”, editada en 1897 y 1898, “El Amigo del Pueblo”, repartido en 1899 y 1900, “La Aurora Anarquista”, imprimida entre 1899 y 1901, y así muchas otras publicaciones, como “Tribuna Libertaria”, “1º de Mayo”, “La Idea Libre”, “La Rebelión”, “Futuro”, etc....

Este esfuerzo editorial del movimiento libertario uruguayo continuó en los comienzos del nuevo siglo, aunque las publicaciones se hicieron si cabe aún más efímeras; ahí están “En Marcha”, “La Acción Obrera”, “Adelante”, “Ideas”, “El Libertario”, “Germinal”...

El único proyecto de central sindical anarquista reseñable en aquellos años fue el de la Federación Obrera del

Uruguay, FOU, que nació en 1896 de la coordinación de 18 gremios y tuvo una vida corta.



1905. Primero de mayo en Montevideo

Con el arribo al Gobierno de José Batlle (1903–1907), del PC, Partido Colorado, el Estado comenzó a jugar un papel destacado en la actividad económica en el marco de una política de sustitución progresiva de las importaciones y del desarrollo del proteccionismo para la industria nacional. En este periodo, se duplicaron el número de plantas industriales y el número de empleados creció hasta acercarse a los 100.000 trabajadores. El impulso reformista del “batllismo” fortaleció a la clase obrera y permitió

algunas mejoras de las condiciones laborales, aunque las desigualdades seguían siendo muy grandes y las jornadas no bajaban de las 13 horas; precisamente, la jornada de las ocho horas fue, junto a las demandas salariales, la principal reivindicación del movimiento huelguístico extendido por el país en 1905, una anhelada aspiración no alcanzada hasta junio de 1913.



1908. Movilizaciones en Montevideo

Los esfuerzos del anarquismo “organizacionista” fructificaron el 23 de marzo de 1905 con la fundación, impulsada por la Federación de Marineros y Foguistas, de la FORU, Federación Obrera Regional Uruguaya, heredera

de la FRROU. Integrada inicialmente (I Congreso, agosto de 1905) por más de una treintena de “sociedades de resistencia”, la FORU creció rápidamente y llegó a tener una gran inserción entre los trabajadores, convirtiéndose en una verdadera central única de trabajadores y alcanzando hacia 1911, en su III Congreso, los 80.000 afiliados; en aquellos años, la organización estaba integrada por la Federación de Obreros del Puerto de Montevideo, la Federación de Picapedreros, la Sociedad de Obreros del Cerro, la Federación Metalúrgica, la Federación de Ferroviarios y así hasta más de 40 agrupaciones gremiales. Su protagonismo fue incuestionable hasta la I Guerra Mundial, destacando su liderazgo en la defensa de los derechos de organización sindical, obteniendo el derecho de huelga durante la II Presidencia de José Batlle (1911–14), en las luchas por la jornada laboral de las ocho horas, encabezadas por los sectores textil, portuario y papelerero, o en el movimiento contra el trabajo infantil. La nueva federación tuvo, como era de esperar, sus propios órganos de difusión: “La Emancipación”, “La Federación” y “Solidaridad”. Además, dentro del enfoque anarquista de crear una contracultura libertaria propia, la FORU mantuvo líneas de trabajo sin relación directa con la lucha laboral, debiendo destacarse

su impulso de campañas contra el alcoholismo o su colaboración con el CIES, Centro Internacional de Estudios Sociales, en la fundación de ateneos, centros de estudios y bibliotecas.

El CIES, con su sede en Montevideo, nació en 1898 a iniciativa de un grupo de anarquistas italianos, en su mayoría del sector textil; en aquellos años, comienzos del siglo XX, era el principal espacio de orientación ideológica anarquista, el núcleo director de la cultura anarquista del Uruguay, difundiendo el pensamiento libertario a través de la potenciación del teatro y la literatura, la fundación de escuelas y bibliotecas cooperativas o la publicación del periódico “Batalla”.

Es importante señalar el importantísimo papel de estos centros, publicaciones, bibliotecas, escuelas o ateneos en la formación de la identidad y los valores propios de la clase obrera. Los anarquistas, en actitud desafiante con relación a la educación formal y los valores burgueses, promovían el auto y mutuo didactismo, promocionando una cultura alternativa y contrahegemónica y convirtiendo sus salones en verdaderas escuelas de pensamiento libre en las que además impartían una vasta gama de cursos que incluían aritmética, química, geografía, música, historia universal, danza o teatro.

En mayo de 1911, la FORU demostró su fortaleza con la convocatoria, en apoyo del conflicto de los tranviarios, de la 1ª huelga general de la historia de Uruguay, que duró tres días y fortaleció enormemente la confianza del movimiento obrero en su fuerza.



1911. Contra la carestía

Hacia 1913, el estancamiento del sector ganadero, perjudicado por la multiplicación de la oferta en el mercado internacional, la crisis financiera internacional y la decadencia de Gran Bretaña, su principal cliente, arrastró a los otros sectores, incluido el industrial. A pesar de las políticas proteccionistas del “Segundo Batllismo” (1911–1915), la desocupación creció fuertemente y entre 1912 y 1917 los salarios reales se redujeron más del 30%.

La depresión económica coincidió con una fuerte lucha fraccional dentro de las organizaciones sindicales, desvaneciéndose los sueños de unidad sindical e iniciándose una etapa de divisionismo, debilidad y atomización gremial en la que la clase obrera se situó claramente en una posición defensiva ante la arremetida de la patronal.

El triunfo de la Revolución Soviética en 1917 y la consiguiente fractura del movimiento obrero internacional, con el nacimiento en 1919 de la III Internacional o Internacional Comunista y la reorganización en 1920 de la II Internacional o Internacional Socialdemócrata, alcanzaron a la FORU, erosionando su poder. La primera consecuencia del triunfo bolchevique fue la división de la organización, iniciada cuando ciertos sectores “anarcosindicalistas” evidenciaron su identificación con la “Dictadura del Proletariado” y la idea de acelerar la derrota de la burguesía a partir de la dirección de la lucha por una minoría revolucionaria; la integración de estos sectores, llamados “anarcounionistas” o “defensistas”, en la Internacional Sindical Roja, la “filial” sindical de la Internacional Comunista, fue entendida como una violación del Pacto federal de la FORU por los sectores más ortodoxos, los “anarcopuristas” o “principistas”, que

respondieron con la creación del Comité de Relaciones de Agrupaciones Anarquistas. La polarización de los debates del Congreso de 1919, al que aún asistieron delegados de más de 50 agrupaciones sindicales, auguraba una ruptura inmediata de la FORU. Su división a comienzos de los años 20, llegó al punto de existir dos consejos directivos y dos sedes.

Aunque el acercamiento de los “anarcounionistas” a los comunistas se oficializó en 1920 con la organización conjunta del CPOU, Comité Pro Unidad Obrera, la división oficial de la FORU no se materializó hasta septiembre de 1923, cuando estos anarquistas prosoviéticos, fundaron junto a los comunistas, aún minoritarios, la USU, Unión Sindical Uruguaya, respaldada por el CIES; por su parte la Plenaria del Comité de Relaciones de Agrupaciones Anarquistas fundaba en marzo de 1926 la Iª FAU, la I Federación Anarquista Uruguaya, que tuvo un escaso y corto recorrido.

Los comunistas, crecidos por el imparable avance de sus ideas dentro del movimiento obrero, acabaron abandonando la USU, organizando su propio proyecto, la Confederación General de Trabajadores del Uruguay, CGTU, fundada en 1929 y precedida del Block de Unidad Sindical.

Si bien la escisión comunista favoreció un acercamiento entre la vieja FORU y la USU, en las décadas de 1930–1940 el otrora poderoso anarquismo uruguayo entró en un proceso de evidente desactivación y cedió ante las nuevas fuerzas político–sindicales: los socialistas, organizados políticamente desde 1910, al abrigo de la II Internacional Socialista o Internacional Socialdemócrata, y representados primero por la UGT, Unión General de Trabajadores, fundada ya en 1905, y luego por la CSU, Confederación Sindical Uruguaya, central que no obstante fue abandonando sus raíces socialistas al tiempo que se acercaba al moderado modelo sindical estadounidense; el sindicalismo autónomo, con gremios independientes de orientación ideológica muy diversa; y sobre todo los comunistas, que obtuvieron un creciente protagonismo través de la CGTU, autodisuelta en 1936, y de la nueva UGT, proyecto plural, aunque de clara preeminencia comunista, fundado en 1942. La FORU se convirtió en una débil sombra de su glorioso pasado, limitando su inserción casi en exclusiva a los gremios de taxistas, plomeros y carboneros.

Fuera de la FORU, la influencia organizativa del anarquismo tampoco iba mucho más allá, destacando sólo La Federación Naval, el sector de la carne, con el poderoso

sindicato de Frigoríficos Swift, y los sindicatos autónomos de los sectores gráfico y panadero.

No obstante, y a pesar de su división y dispersión organizativa, el pensamiento anarquista conservó una presencia significativa dentro del movimiento obrero. Su tradición editorial contribuyó sin duda a ello, destacando publicaciones como “El Hombre”, “La Tierra”, “la Batalla” o “El Hacha”. También el Ateneo Popular, constituido en 1928 en el antiguo local social del CIES, y luego el Ateneo Libre del Cerro y La Teja por una Cultura Popular Sin Dogmas, fundado en 1952 y más conocido como el Ateneo Libre, tuvieron un papel dinamizador muy importante para el movimiento anarquista, sobre todo en las décadas de 1940 y 1950.

En la década de los 40, el contexto internacional determinó una coyuntura muy favorable para la economía uruguaya: la incapacidad de las potencias desarrolladas, implicadas en la conflagración mundial, para seguir suministrando al país los productos industriales, se unió a las ansias de los estancieros por apostar por un sector donde reinvertir con rentabilidad los excedentes del sector agroexportador, estancado por la caída de los precios, y favoreció a la industria sustitutiva de importaciones, volcada al mercado interno y beneficiada también por el

proteccionismo del “neobatllismo” del Gobierno de Luis Batlle Berres (1947– 1951). Tras la II Guerra Mundial, la coyuntura internacional, primero con la reconstrucción de una Europa devastada y luego con la Guerra de Corea (1950–1953), siguió favoreciendo a la economía uruguaya durante una década más. La nueva situación permitió que entre 1945 y 1955, Uruguay alcanzara las tasas de crecimiento económico más altas de todo el siglo XX. Era el Uruguay de las “vacas gordas”, la llamada “Suiza de América”. El impulso industrial llenó Montevideo de establecimientos fabriles y aunque no sacó a la clase trabajadora de su desamparo, multiplicó las posibilidades de encontrar empleo, generando un gran éxodo hacia la capital y posibilitando un extraordinario crecimiento de barrios populosos como El Cerro, La Teja o Nuevo París; en estos barrios, poblados fundamentalmente por familias obreras, germinara una gran conciencia de clase y una arraigada actitud “antisistema”: sus vecinos mostraban un acusado sentimiento “antimilico” (antimilitar) y “anticarnero” (antipolicial) y tuvieron un papel muy protagónico en muchos de los conflictos de aquellos años, siendo muy común por ejemplo que dejaran abiertas las puertas de sus viviendas durante los enfrentamientos entre las fuerzas represoras y los manifestantes, para que

los activistas perseguidos encontraran refugio; durante muchos años, estos barrios fueron auténtica cantera del anarquismo uruguayo.

El proceso de concentración fabril, con el consiguiente crecimiento de la población obrera, impulsó también la expansión de las organizaciones sindicales, surgiendo nuevos gremios y fortaleciendo a los ya existentes. Tras un largo periodo pautado por las duras derrotas, el movimiento obrero resurgió con fuerza en el despertar de los años cuarenta. Fue ésta, una etapa de grandes logros y conquistas sociales y laborales (categorización, licencias, aguinaldos complementarios...), una etapa en la cual los enfrentamientos obrero–patronales alcanzaron un punto álgido que se tradujo en duros conflictos sindicales: las huelgas metalúrgicas del 46, 47 y 50, la Huelga General del 30 de junio de 1947, las huelgas textiles de 1953, el conflicto de Ferrosnalt en 1955, etc....

EL NACIMIENTO DE LA FAU

Con el comienzo de la década de los 50, y dentro de este resurgir del movimiento obrero, el anarquismo, tras más de dos décadas de decadencia, dio sus primeros pasos hacia la revitalización y la reorganización.

El primero de estos pasos, muy tímido aún, vino de la mano del anarquismo internacional, que también sufriera una etapa difícil a partir de la I Guerra Mundial: las divisiones surgidas ante la Gran Guerra, con el Manifiesto de los 16 y el distanciamiento entre Kropotkin y Malatesta, el desencanto de la Revolución Rusa, el avance del comunismo y de los fascismos, la represión en USA, con la ejecución de Sacco y Vanzetti, la derrota en España, la devastación de Europa por el nazismo y la II guerra Mundial.... El movimiento libertario emergió muy

lentamente de la terrible prueba y en 1949 celebraba el Congreso Internacional Anarquista de París, que abogó por la necesidad de una Internacional Anarquista. De este congreso nació la CCRA, la Comisión Continental de Relaciones Anarquistas, con sede en Montevideo, que contribuiría en los años siguientes al proceso de unificación del anarquismo uruguayo.



1927. Manifestación a favor de Sacco y Vanzetti

El estímulo necesario para el resurgir organizativo del anarquismo uruguayo vino en gran medida de las luchas sindicales de 1951–52. En 1951, los sindicatos autónomos, con una significativa presencia anarquista, desafiaron la hegemonía comunista dentro del movimiento obrero y protagonizaron las conocidas como “Luchas de los Gremios

Solidarios”, un movimiento de solidaridad que tuvo su episodio principal en el apoyo a los trabajadores en huelga de la refinería estatal ANCAP (Administración Nacional de Combustibles Alcohol Portland), que conmocionó especialmente a los barrios de La Teja, Pueblo Victoria y El Cerro y que se estima que movilizó a más de 40.000 trabajadores y vecinos. A raíz del conflicto, el gremialismo autónomo decidió apostar por la unidad sindical y creó la Coordinadora de Gremios Solidarios, que aspiraba a la unificación de las grandes centrales y los gremios independientes. Las acciones de los “Gremios Solidarios” despertaban gran expectativa y en ocasiones congregaban a miles de trabajadores. Aunque el proyecto unificador fracasó, la experiencia de los “Gremios Solidarios” fortaleció mucho a los sindicatos autónomos y demostró el resurgir del sindicalismo más combativo, la línea de acción directa, tan próxima a la tradición libertaria.

A la hora de hablar del proceso hacia la unificación anarquista, se hace necesario hablar, junto al ya mencionado Ateneo Libre, de la Juventudes Libertarias y del periódico *Voluntad*. Juventudes Libertarias era una pequeña organización “especifista” que tenía su sede en la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos. El grupo nació ya en 1938, aunque en 1950 se reforzó

significativamente con el ingreso de los militantes anarquistas de la ARU, Agrupaciones de Reforma Universitaria. Sus miembros eran en su mayoría estudiantes, universitarios que en muchos casos militaban también en la FEUU, la Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay. Por las “Juventudes” pasaron, entre otros, José Jorge Martínez “Tito”, Roberto Gilardoni, Alfredo Zitarrosa, Fernando O’Neill, Perico Scaron, Ricardo Capano, Taco Costa, Jaime Machado, julio Mancebo, Alfredo Errandonea, Juan Carlos Mechoso, Gerardo Gatti Antuña, Hugo Cores o Raúl Cariboni, muchos de ellos convertidos, una década después, en los líderes del anarquismo uruguayo.

Por lo que respecta a *Voluntad*, era una publicación anarquista que nació a finales de la década de los 30. Aunque compartía espacio con “Solidaridad”, el órgano de la FORU, a comienzos de la década *Voluntad* ya era la principal referencia escrita del dividido movimiento anarquista uruguayo. En agosto de 1953 este periódico hacía su primer llamamiento a la unidad, reclamando la celebración de un congreso anarquista uruguayo.

Hacia 1953–54 las tesis organicistas comenzaron a calar entre los anarquistas uruguayos, que comenzaron a percibir como una necesidad la unidad organizativa, una

unidad con la que devolver al movimiento obrero su fortaleza y combatividad para enfrentarse al capitalismo.



1941. Trabajadores de un Frigorífico de Montevideo

El Pleno Nacional Anarquista

En el invierno de 1955, *Voluntad* daba un paso definitivo hacia la unificación con la convocatoria del anarquismo uruguayo a un congreso nacional, el Pleno Nacional Anarquista; el motivo, organizar una representación eficiente del movimiento anarquista uruguayo en la que

sería la I Conferencia Anarquista Americana, propuesta por los libertarios cubanos y a celebrar en abril de 1957. Esta vez, la convocatoria fue respondida con entusiasmo por la militancia anarquista y los escasos núcleos libertarios del país, encabezados por las Juventudes Libertarias y la Agrupación Libertaria El Cerro–La Teja, nacida aquel mismo año y muy vinculada al Ateneo Libre.



Entre los asistentes al Pleno, figuras como Luce Fabbri, su compañero Érmacora Cresatti, Roberto Franano, Carlos Molina, Aparicio Espinola, Roberto Gillardoni, Alfredo Errandonea, Aparicio Villanueva “El Pulga”, Gerardo Gatti, Wellington Galarza, etc.... El pleno se celebró a mediados de abril de 1956 e incidió en la necesidad de una estructura federal que agrupase al disperso movimiento anarquista, aprobando la formación de una Comisión Pro Federación Libertaria encargada de preparar un congreso

constituyente y convirtiéndose así, en antesala del Congreso Constituyente de la FAU, celebrado a finales de año. A destacar también, la aprobación de un plan sindical, que buscaba aumentar la presencia anarquista en los gremios y rompía con la tradición libertaria de rechazo absoluto a toda legislación laboral, la incidencia en el fracaso del sistema democrático de partidos como modelo regulador de las relaciones sociales y la defensa en el terreno internacional de posicionamientos antiestatistas y anticapitalistas, con una apuesta clara por la acción directa de los pueblos y contra el imperialismo estadounidense, la política de bloques, los totalitarismos y el comunismo, percibiéndose ya un cierto latinoamericanismo inexistente hasta entonces en el movimiento anarquista uruguayo.

El Congreso Fundacional

Finalmente, durante los días 27 y 28 de octubre de 1956 se celebraba en el local de la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos el congreso fundacional de la FAU, culminación del proceso de unificación anarquista. Al acto fundacional, dominado por anarcosindicalistas y

“especifistas malatestianos”, asistieron los militantes sindicales, los sectores juveniles y estudiantiles agrupados en las Juventudes Libertarias y numerosas organizaciones barriales anarquistas, la mayoría de ellas nacidas al calor del Pleno Nacional Anarquista y de la misma convocatoria constituyente; estas agrupaciones barriales proliferaron en los barrios populares de La Teja y El Cerro, mayoritariamente anarquistas, destacando entre otras, la Agrupación Libertaria de Malvín, la Agrupación Libertaria El Cerro y la Agrupación Libertaria La Teja–Paso de Molino, herederas de la antigua Agrupación El Cerro–La Teja, la Agrupación Libertaria del Cerrito–Porvenir, la Agrupación del Barrio Sur, la Agrupación de la Unión, etc.... Junto a ellas, destacaban los militantes extranjeros: italianos, judíos rusos, polacos y alemanes, argentinos y un nutrido grupo de exiliados españoles, sobre todo catalanes, que crearon su propia organización, la Agrupación Anarquista Iberia.

El Congreso Constituyente aprobó la Carta orgánica, que recogía los derechos y deberes de la militancia y fijaba la estructura orgánica de la federación; a su frente estaría el Consejo Federal, encargado de ejecutar las resoluciones de los congresos ordinarios, convocados anualmente, e integrado inicialmente por Rubens Barcos, Ángel Caffera,

Hugo Trimble MacColl, José Jorge Martínez “Tito”, Alberto Marino Gahn, Gerardo Gatti Antuña y, como Secretario General, Roberto Gillardone.

Fuera de la FAU quedaban los anarquistas individualistas y “antiorganicistas”, y entre ellos el grupo editor inicial de *Voluntad*, ahora en manos de los “federacionistas”; este grupo, que incluía a gente como Ricardo Romero, se mostró contrario a que su publicación se convirtiese en el órgano oficial de la nueva organización y decidió publicar otra versión del periódico, conviviendo durante meses con la de la FAU, que en 1957 cambió su nombre por el de *Lucha Libertaria* y que se publicó regularmente hasta 1962.

La inserción en la “Nueva Izquierda”

Aunque el anarquismo uruguayo hunde sus raíces, como ya vimos, en los mismos orígenes del movimiento obrero oriental, su resurgir organizativo, el nacimiento de la FAU, fue el primer episodio de la ruptura del bipartidismo instalado en la izquierda uruguaya a mediados del siglo pasado, representado por el PCU, Partido Comunista de

Uruguay, y el PSU, Partido Socialista del Uruguay, una ruptura confirmada en los años siguientes con la aparición de una nueva izquierda.

Esta nueva izquierda incluía a grupos reformistas, desprendidos en general desde los dos partidos tradicionales, el PC y el PN, Partido Nacional, y sobre todo a un conglomerado de organizaciones revolucionarias originadas fundamentalmente a partir de diversas escisiones comunistas y socialistas. Entre los primeros, el Movimiento Batllista 26 de Octubre y la Lista 99 de Zelmar Michellini, dos escisiones surgidas en el PC en 1961 y 1970, respectivamente, la Lista 41 de Enrique Erro, que surgió del PN en 1962, o el Movimiento Socialista, que defendía los valores de la socialdemocracia europea y que fue constituido en 1963 por el fundador del PSU, Emilio Frugoni, desplazado por una nueva dirección.

Por lo que respecta a las organizaciones revolucionarias: el MRO, Movimiento Revolucionario Oriental, de Ariel Collazo, que nació en 1961 como una escisión del PN y que algo más tarde desarrollaría su propio brazo armado, las FARO, Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales; el MAC, Movimiento de Apoyo al Campesinado, surgido en 1962 de las Juventudes del MRO; el MIR, Movimiento de Izquierda revolucionaria, una disidencia escindida en 1963

del PCU y rebautizada a partir de 1972 como PCR, Partido Comunista Revolucionario; el MLN-T, Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, formado en 1965 con un origen muy diverso (MAC, MIR, PSU...); el MUSP, Movimiento de Unificación Socialista Proletaria, de Luján Molíns, nacido en 1965 a partir del PSU; y el MAPU, Movimiento de Acción Popular de Uruguay, surgido en 1966 en el ámbito cristiano más radicalizado y origen luego, a comienzos de los 70, de los GAU, Grupos de Acción Unificadora, de Héctor Rodríguez. Será dentro de esta “nueva izquierda revolucionaria” donde se insertará la FAU a partir de mediados de la década de 1970.

El contexto económico: crisis

El surgimiento de la FAU coincidió en el tiempo con las primeras señales sobre la crisis del modelo socioeconómico uruguayo, una crisis lenta pero profunda, estructural, con sus raíces en el reordenamiento internacional producido tras la II Guerra Mundial, con el avance de las transnacionales y el imperialismo, pero también con causas internas, como el tipo de estructura

agroganadera, basada en una concentración de la tierra cada vez mayor, la debilidad de la industria de sustitución de importaciones o el escaso desarrollo de la industria de medios de producción, que generaba una gran dependencia de la tecnología extranjera. Las importaciones requeridas por la industria no tardaron en superar a las exportaciones de una ganadería estancada, generando el déficit en la balanza de pagos. La caída de la rentabilidad industrial detuvo el proceso de reinversión en el sector e impulsó la transferencia al exterior de gran parte del capital acumulado, deteniendo el crecimiento de la producción. La inflación inició una escalada que acabaría alcanzando niveles desconocidos en la historia del país y el desempleo empezó a extenderse preocupantemente, generándose una creciente conflictividad social. En 1959, la firma con el FMI (Fondo Monetario Internacional) de la I Carta de Intenciones marcó el comienzo de una política de aplicación de las duras condiciones económicas impuestas desde afuera; no obstante, ésta y las sucesivas cartas de intenciones tuvieron un cumplimiento siempre parcial, puesto que había zonas en las cuales la propia estructura del sistema, con unos partidos gobernantes apoyados en una base social policlasista y en un mecanismo de recluta electoral clientelista, impedía una aplicación estricta; el

sistema era incapaz de acabar de la mañana a la noche con el reparto de empleos, el relativamente avanzado modelo de provisión social, etc.... sin autodestruirse. La profundidad de la crisis, por su naturaleza estructural, llevó al naufragio de todos los intentos de reformismo, impulsados por las facciones más populares y nacionalistas de los partidos tradicionales: el proyecto distributivo y arbitral del “neobatllismo”, las leyes de reforma agraria de Wilson Ferreira, Ministro de Ganadería y Agricultura de los Gobiernos del Partido Nacional entre 1958 y 1966, las primeras medidas del Gobierno de Oscar Gestido (1967–1972).... La “Tacita de Plata” se hacía trizas; la “Suiza de América” naufragaba en el mar de la más profunda crisis e su historia.

La nueva organización y el movimiento sindical

La coyuntura económica hizo que, desde mediados de la década del 50, el movimiento obrero sintiera la necesidad perentoria de unificarse. Tras el proyecto de la Coordinadora de Gremios Solidarios a comienzos de la década, el primer intento a destacar fue la Comisión

Coordinadora Pro Central Única, impulsada por la Federación Autónoma de la Carne tras la unidad sindical alcanzada durante la huelga de la industria frigorífica en 1956, que contara con el apoyo de los sindicatos autónomos y de agrupaciones de la UGT y la CSU; la comisión reunió a delegados de la UGT, la CSU, la Federación Autónoma de la Carne, la USOP, Unión Solidaria de Obreros Portuarios, el COT, Consejo Obrero Textil, la Coordinadora de Funcionarios Públicos, la FEUU y, en nombre de los restantes sindicatos autónomos, el Sindicato de FUNSA, la UECU, Unión de Empleados Cinematográficos de Uruguay, y la Federación Gastronómica, y aunque no consiguió la ansiada unificación sindical, debiendo señalarse la temprana retirada de la CSU, seguida por la de la Federación de la Carne, la comisión retomó las prácticas de acción conjunta, con nueve medidas de paros solidarias entre 1956 y 1958, y preparó el camino hacia la unificación.

En este contexto, se hace necesario destacar el importante papel jugado por la FAU, que desde su nacimiento tuvo en la acción sindical una de sus actividades fundamentales, volcándose en las luchas obreras y sociales del país y en el fortalecimiento del sindicalismo. No en vano, en este ámbito se encontraba

una de sus principales fuentes de militancia. El debate sobre la actividad sindical y sus formas de actuación fue una constante en el seno de la organización. Los dos rasgos principales de la actuación sindical de la FAU fueron: su decidida apuesta por una central única y su apoyo total a las luchas del momento, sobre todo aquellas que aportaban elementos novedosos y radicales al sindicalismo uruguayo.

Uno de estos elementos novedosos y radicales fue la unidad obrero–estudiantil, uno de los pilares de la concepción sindical de la FAU. Fue este un objetivo buscado por la FAU desde sus inicios, un objetivo que ya se perfilara durante la Huelga Universitaria de 1951 y durante la “Luchas de los Gremios Solidarios” del mismo año, pero que no tuvo continuidad hasta la huelga estudiantil de 1958, durante la Ley Orgánica de la Universidad, apoyada por el movimiento obrero.

Otra lucha que aportó elementos relativamente novedosos a la acción sindical de aquellos años fue la de la FUNSA (Fábrica Uruguaya de Neumáticos SA), cuyo sindicato, dirigido por un decidido núcleo anarquista estrechamente vinculado a la FAU, se convertirá en la década siguiente, la de los 60, en bandera de la acción directa. Fue en esta fábrica, a finales de 1958, cuando se

llevó a cabo por primera vez en el país una ocupación de un centro de trabajo con puesta en marcha de la producción bajo control obrero, un auténtico hito de las luchas sindicales del Uruguay que reafirmó muchos de los principios de la FAU: el rechazo a la acción legalista en la lucha obrera y la defensa de la acción directa, la importancia de la formación de los trabajadores y de una Universidad orientada a formar técnicos para la sociedad, no para el capital, o la importancia de la solidaridad externa de los sindicatos federados.

Por lo que respecta a la campaña por la unificación sindical, la FAU apostó desde el principio por la idea de una central única e independiente, considerada una necesidad para enfrentar al Estado y al capitalismo. El papel del Sindicato de FUNSA, dirigido por León Duarte, y del SAG, Sindicato de Artes Gráficas, encabezado por Gerardo Gatti, líderes ambos de la FAU, en el proceso de unificación es incuestionable. De hecho, muchas de las reuniones llevadas a cabo en 1963 y 1964 para avanzar en la unidad sindical se celebraron en el local del SAG.

1959 inaugurara una etapa de gobiernos del Partido Nacional (1959–1967), con sus prácticas neoliberales y de ingreso al FMI; los problemas económicos, el alza del costo de la vida y la bajada del salario real, y los reclamos

populares sólo obtuvieron una respuesta represiva por parte del Estado. Ante esta situación, la idea de la unidad sindical cobraba cada vez más fuerza dentro del movimiento obrero. El camino definitivo hacia la central única se inició en abril de 1961 con el nacimiento de la CTU, Central de Trabajadores de Uruguay, y la autodisolución en su seno de la UGT comunista, un proyecto en el que participaron más de 80 agrupaciones en representación de unos 300.000 trabajadores; dentro de la central, casi la mitad de las organizaciones procedían de la vieja UGT, aunque el peso de otros sindicatos, como el COT, la crisis del movimiento comunista internacional o la “autocrítica” de los “ugetistas” otorgaron a la nueva organización una relativa independencia; dentro de la central, a la treintena de organizaciones de la antigua UGT, se suman la FUECI, Federación Uruguaya de Empleados de Comercio e Industria, algunos sindicatos próximos a la UGT, como Textiles y Gastronómicos, que años antes fueran filiales de la central comunista, o Administración de Puertos, la UECU y algunas ex-filiales de la CSU, como Municipales y Salud Pública. En los años siguientes al nacimiento de la CTU, los enfrentamientos de clase se acentúan y todo se radicaliza: el aumento dramático de la desocupación, los duros conflictos en la industria

frigorífica, la Administración, los Tabacaleros y los Servicios Públicos contra los intentos del Gobierno y la patronal para liquidar, reglamentar o dividir a sus sindicatos, el apoyo en la calle a la Revolución Cubana, la aparición, sobre todo a partir de 1962, de las bandas fascistas, la sindicalización radical de los entes industriales y comerciales del Estado (agua, energía, banca, combustibles, teléfono, transporte aéreo y ferroviario...), con el liderato de los Bancarios o con la huelga de la UTE (Ursinas y Transmisiones Eléctricas del Uruguay) a comienzos del 63, la encarnizada reacción del gobierno, el Ejército y la prensa afín ante la “insumisión” de estos sectores estratégicos, el nacimiento imparable de las agremiaciones de asalariados agrícolas (tamberos, arroceros, remolacheros, esquiladores...) y su salto del campo a la ciudad, con la “Marcha por la tierra” de los cañeros de Artigas en febrero del 63, etc.... En este contexto, la unidad sindical se convierte en un clamor popular. Finalmente, tres años después de la fundación de la CTU, hacia noviembre de 1964 y con la finalidad de alcanzar la anhelada unidad, nacía la CNT, Convención Nacional de Trabajadores, un organismo de coordinación entre la CTU y los sindicatos que se encontraban fuera de ella (bancarios, frigoríficos, electricistas...), convertida finalmente, en octubre de 1966, con la celebración del

Congreso de Unificación Sindical y la autodisolución de la CTU, en la central única de los trabajadores uruguayos. La nueva central representaba al 90% de los trabajadores sindicados. Con la CNT la lucha sindical adquiriría otro significado; nacía como una verdadera propuesta nacional, no como una mera suma de gremios creada para luchar por los salarios. Con ella, el movimiento obrero comenzó a luchar de otra manera y a desarrollar un programa realmente alternativo.

La anhelada unificación sindical no tuvo su reflejo en el ámbito político. Los dos proyectos de unidad lanzados en esta etapa, nucleados en torno al PCU y al PSU, no pasaron finalmente de meras plataformas electorales, eso sí con desigual fortuna. La UP, Unión Popular, nació en mayo-junio de 1962 como una coalición promovida por el PSU e integrada también por la Lista 41 de Erro, el FAR, Frente de Avanzada Renovadora, (una organización izquierdista de origen cristiano), la Agrupación Nuevas Bases y un grupo de independientes; sus resultados electorales en los comicios a los que concurrió, los de noviembre 1962, fueron realmente pobres, obteniendo sólo dos diputados, y los socialistas, que perdieron más del 30% de sus votantes y su representación parlamentaria, no tardaron ni medio año en abandonar el proyecto; a partir

de entonces el PSU se acercaría, cada vez con más fuerza, a la senda de la izquierda revolucionaria. El otro proyecto fue el FIDEL, Frente Izquierda De Liberación, la coalición electoral aglutinada alrededor del PCU: junto a él el MRO y una serie de pequeños partidos, en su mayoría escisiones progresistas de los partidos tradicionales, como la Agrupación Batllista Avanzar, escindida en 1929 del PC, el Movimiento Batllista 26 de Octubre, la APUM, Agrupación Popular Unitaria de Maldonado, nacida en 1966, o el MPU, Movimiento Popular Unitario, surgido, también en 1966, del PSU; fue un proyecto más exitoso que el de la UP, permitiendo un crecimiento electoral de los comunistas del 25% en los comicios del 62 y perviviendo hasta la actualidad.

LA ESCISIÓN DE 1964

Por lo que respecta a la FAU, tras su nacimiento, inició una etapa centrada en su consolidación y fortalecimiento y en el debate interno sobre su modelo organizativo interno, su papel en el movimiento sindical y su apoyo a la Revolución Cubana, debate que conducirá a mediados de la década siguiente, la de los 60, al final de esta etapa, marcado por la escisión de una parte significativa de la federación.

La preocupación por la cuestión organizativa estuvo muy presente dentro de la FAU hasta comienzos de 1959. El tema, nunca resuelto satisfactoriamente, reapareció a comienzos de los 60 con la polarización de posicionamientos desencadenada por la evolución del proceso revolucionario en Cuba. A medida que se fueron

definiendo las posiciones, se hizo evidente la existencia de dos corrientes con concepciones organizativas opuestas: una corriente “centralizadora”, que estaba ligada a los sectores sindicales de la federación y que incidía en la necesidad de un modelo organizativo funcional y eficaz, más disciplinado, basó en el carácter vinculante de los acuerdos adoptados, un modelo organizativo capaz de afrontar la radicalización de la lucha y la creciente represión que se atisbaban ante el previsible agravamiento de la crisis, preparado incluso en su caso, para una posible situación de clandestinidad o de lucha armada; y una corriente “asamblearia”, integrada fundamentalmente por los colectivos barriales y estudiantiles, tildada por sus críticos de “hiperfederalista” y partidaria de una estructura organizativa más participativa, más fiel a la tradición organizativa libertaria, basada en los Plenarios de Militantes y en el respeto a la independencia de las agrupaciones federadas; uno de los militantes “anticentralistas” más activos en los debates fue Alfredo Errandonea.

En cuanto al papel sindical de la organización, existían diferencias entre las posiciones “obreristas”, que veían a la clase obrera como el sujeto histórico del proceso transformador de la sociedad y que incidían más en la

necesidad de volcar esfuerzos en la búsqueda de la unidad sindical, tarea que requería la colaboración con los comunistas, o en el apoyo al movimiento cañero de Raúl Sendic y la UTAA, Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas; y los sectores que defendían una concepción estratégica más amplia, que priorizase algo menos al sector obrero y apostara por el desarrollo de un movimiento popular social y culturalmente más diverso, con mayor protagonismo de las cooperativas de consumo, de experiencias barriales como las desplegadas por la Comunidad del Sur (panaderías populares...).

Pero fue un acontecimiento externo, la Revolución Cubana, el que acabó por definir dentro de la FAU dos tendencias cada vez más irreconciliables, tensionando el debate interno hasta evidenciar lo imposible de su convivencia en la misma organización y desencadenando así su ruptura. La cubana fue una revolución que despertó grandes esperanzas en amplios sectores de la izquierda latinoamericana, sacudiendo a sus partidos tradicionales, unos partidos socialistas y comunistas excesivamente inmovilistas, sometidos con frecuencia, sobre todo en el caso de los segundos, a los designios de Moscú y a la política de bloques e instalados casi siempre en estrategias

reformistas y electoralistas. La izquierda uruguaya no fue, como ya vimos con el nacimiento de la “nueva izquierda”, una excepción y la FAU tampoco. Si bien al principio, el apoyo de la federación anarquista al proceso revolucionario de Cuba fuera casi unánime y las posiciones críticas anecdóticas, hacia 1961 este respaldo ya era cuestionado por una parte muy significativa de la militancia, que rechazaba las tendencias centralistas y estatistas del régimen cubano, contrarias a su entender, a los principios libertarios de autogestión, libertad y participación. Los debates se encendieron más a partir de la declaración de Castro como marxista-leninista, en diciembre del mismo año. Los sectores que seguían apoyando a la Revolución Cubana insistían en que lo importante era que ésta evidenciaba la posibilidad de desarrollar exitosamente procesos insurreccionales y de resistencia al capitalismo y al imperialismo. Para parte de estos sectores pro-cubanos, la vía insurreccional, lucha armada incluida, comenzaba a concebirse como un medio de lucha legítimo, una estrategia a desarrollar, aunque pensada todavía, en aquellos años, para el largo plazo. Esta posición chocaba con la de los sectores críticos, partidarios sólo de vías pacíficas.

Los posicionamientos al interior de la FAU ante estos debates no fueron estáticos, modificándose o reafirmando según el avance de las discusiones, el desarrollo de los acontecimientos o las definiciones de los líderes, y no siendo pocos los militantes que se realinearon hacia una u otra tendencia, pero hacia 1962 ya estaban perfiladas dos corrientes muy definidas: una “corriente crítica o ortodoxa-tradicional”, que asumía las posiciones “asamblearistas”-“federalistas” y pacifistas, rechazaba el rumbo de la Revolución Cubana y apostaba por un movimiento popular amplio, frente a una “corriente reformista”, ligeramente mayoritaria y defensora de un mayor centralismo, de la línea obrerista, de la vía insurreccional y de un apoyo claro, sin grandes críticas, al proceso cubano. Con esta corriente se alinearon la Agrupación del Ateneo del Cerro y los sectores obreros, como la poderosa militancia de FUNSA; a su frente, los hermanos Gatti, León Duarte, Roberto Franano y Juan Carlos Mechoso, un pequeño grupo de militantes que participaron en la fundación de la FAU y que a partir de 1962-1963 se hicieron con su dirección, manteniéndose al frente de misma hasta el Golpe de Estado de 1973; junto a ellos, otros destacados activistas, como Fernando O’Neill, Carlos Fuques, Luís Aldao, Tato Lorenzo... La “corriente

ortodoxa” estaba integrada sobre todo por agrupaciones barriales y del sector educativo: la Agrupación Sur, la Agrupación Anarquista de la Facultad de Medicina, la Comunidad el Sur, con Rubén Prieto, Víctor Gutiérrez y Sergio Villaverde, la Agrupación Anarquista de la Facultad de Bellas Artes, con Jorge Errandonea –también su hermano Alfredo– y la Agrupación de la Unión, liderada por Luce Fabbri Cressatti; esta intelectual y profesora de la Facultad de humanidades, era la hija del histórico anarquista italiano Luigi Fabbri y llegará al país con apenas 20 años, huyendo de la Italia fascista de Benito Mussolini; Luce Fabbri fue una de las referencias teóricas más importantes del anarquismo uruguayo y su papel en los debates internos previos a la ruptura de la organización fue muy destacado; su enfrentamiento dialéctico con José Jorge Martínez “Tito” desde las páginas de “Lucha Libertaria” fue muy intenso a lo largo de 1961 y 1962 y no hizo sino reflejar concepciones teóricas ya irreconciliables: la concepción anarquista “tradicional” de Fabbri, que defendía por encima de todo la lucha por la libertad y el antiestatismo y repudiaba toda represión, y la concepción de J. Martínez, que apostaba por el apoyo a toda lucha revolucionaria y se definía por el “tercerismo”, el antiimperialismo, el tercermundismo y el

latinoamericanismo, adelantando la líneas de la “nueva izquierda” en la que se enmarcará la FAU a partir de 1964 y avanzando algunas posiciones marxistas que más adelante tendrán un peso creciente dentro de la FAU. A pesar del cisma, no faltaron los intentos por acercar posturas, pero hacia 1963 la idea de la inevitabilidad de la ruptura parecía ya asumida por todos.

Este clima desanimó a algunos militantes, que optaron por abandonar la organización antes de que la división se consumase: fue éste el caso de J. Jorge Martínez y de Alfredo Zitarrosa, próximos al sector “obrerista”, o de Elbia Leites, que no se identificaba plenamente con ninguna de las dos tendencias.

El proceso de ruptura cuajó definitivamente durante dos plenos de militantes, un órgano donde las fuerzas de ambas corrientes estaban más equilibradas: el Pleno de Militantes de diciembre de 1963, que evidenció una vez más la profundidad de las diferencias entre las partes, y el Pleno de Militantes de febrero de 1964, en el cual el rechazo de algunos sectores de la “corriente reformista” a los acuerdos adoptados en la reunión de diciembre elevó la tensión hasta límites nunca alcanzados; este pleno del 64 acabó con una resolución que establecía la disolución

de la FAU y el reparto de su patrimonio. Si bien la resolución de disolución no fue aceptada por la “corriente reformista”, que rechazaba la legitimidad del pleno para adoptar tal decisión y defendía tal debate en un Congreso de Agrupaciones (órgano donde sí tenían mayoría), la ruptura de la federación era ya un hecho. Finalmente, en diciembre, las agrupaciones de la “corriente crítica”, alrededor del 30%, abandonaban definitivamente la FAU.

Algunos de los escindidos se reintegraron al poco tiempo a la organización, como Zelmar Dutra o Roger Julien, de la Agrupación de Bellas Artes, o Washington Pérez, Robert Larrasq, Rubén Prieto o Víctor Gutiérrez, todos ellos de la Comunidad Sur.

No fue éste el caso de otros muchos, como Luce Fabbri, los hermanos Jorge y Alfredo Errandonea, Sergio Villaverde, Érmacora Cressatti o Rubens Barcos. Parte de la disidencia trató de nuclearse orgánicamente con la fundación de la ALU, Alianza Libertaria del Uruguay, organización influenciada por el “anarcoliberalismo rockeriano” y de vida realmente efímera, desapareciendo hacia 1965.

Consumada la división, la FAU eligió una nueva Junta Federal que quedó integrada por los hermanos Gatti, León

Duarte, Juan Carlos Mechoso, Washington Pérez, Alberto Marino, Carlos Fuques y, como Secretario General, Roberto Franano.



LA FAU SIN PUNTOS Y LA COORDINACIÓN REVOLUCIONARIA

Tras la ruptura, la nueva FAU, ya sin el lastre de los críticos, aceleró lo que no era sino un proceso de redefinición ideológica y estratégica, un proceso de búsquedas y final abierto que la acabará llevando hasta la lucha armada y, en un gradual alejamiento de la identidad anarquista más tradicional, hasta análisis y concepciones cada vez más próximas al marxismo. A la visión de Bakunin y de Malatesta se fueron añadiendo, primero de forma tímida y luego más nítidamente, el pensamiento del Che o incluso algunos elementos del leninismo. Aunque parece incuestionable el mantenimiento de las ideas anarcosindicalistas a lo largo de toda la década, vivas en aspectos como el énfasis por la acción directa, la solidaridad de clase o el carácter “finalista”, emancipador,

de la lucha obrera, tampoco parece discutible la influencia que la Revolución Cubana y el pensamiento del Che Guevara fue teniendo en la reformulación ideológica de la organización; la vieja idea anarquista de la acción directa se mantenía, pero lo hacía cada vez más a través del tamiz del guevarismo: la consigna de Gerardo Gatti de la “acción directa a todos los niveles” será buena prueba de ello. Todo esto implicaba la necesidad de desarrollar un aparato fuerte, capaz de incursionar en formas de acción más complejas. Fue éste un proceso largo y laborioso, no libre de contradicciones, un proceso que entró en su fase definitiva con el exilio, la derrota y la transformación del anarquismo uruguayo: tras el repliegue organizativo forzado por el Golpe de Estado de 1973, el proceso culminó con la autodisolución de la FAU y el nacimiento del PVP en 1976, durante el exilio argentino; el rechazo por parte de un pequeño sector de la militancia y de los cuadros de la FAU, la mayoría de ellos en las cárceles de la dictadura, a este desenlace, y sobre todo a la definición ideológica del PVP durante el Congreso de París de 1977, supuso que, en contra de la percepción inicial, la transformación del anarquismo uruguayo, acabara finalmente alumbrando dos opciones organizativas diferentes: el PVP, socialista, y una nueva y pequeña FAU

relanzada en 1986 por aquellos sectores que se seguían sintiendo identificados con el ideario libertario.

Al poco del cisma, la FAU comenzó a conocerse como “FAU sin puntos”, cambio sintomático de los nuevos tiempos que vivía la organización: se trataba de escapar del encorsetamiento marcado por las siglas del nombre original, de ser coherentes con su nueva etapa, una etapa definida, entre otras cosas, por el abandono del federalismo y el gradual alejamiento de la teoría anarquista más ortodoxa.

En los años inmediatos a la ruptura la FAU profundizó en la línea ideológico–estratégica que condujera a la marcha de los “críticos”, pero lo hizo lentamente y sin grandes rupturismos. El aspecto más definitorio de esta etapa, quizás sea la colaboración con los otros grupos revolucionarios: la nueva concepción revolucionaria impuesta en la FAU, una concepción mediatizada por la Revolución Cubana, suponía de hecho, su inserción dentro de la “nueva izquierda revolucionaria” surgida en el país y en todo el continente, favoreciendo la colaboración con las otras organizaciones revolucionarias y el abandono de las políticas estratégicas excluyentes. Esta colaboración ya existía, de la mano de la “corriente reformista” luego triunfante, desde el mismo nacimiento de esa “nueva

izquierda” en 1962, antes del cisma anarquista pues, pero fue tras éste, cuando adquirió un impulso evidente. Sus escenarios fueron fundamentalmente tres: el Movimiento Cañero, El Coordinador y el diario Época.

El movimiento cañero

El origen del Movimiento Cañero de Artigas debe buscarse a mediados de la década de los 50, cuando el PSU comenzó, bajo el liderato intelectual de Vivian Trías, un lento proceso de renovación ideológica que lo iba a distanciar de las posiciones socialdemócratas de su fundador, Emilio Frugoni. Dentro de este proceso, el partido decidió superar su rol parlamentarista y convertir la organización de los asalariados rurales en una de sus prioridades, comenzando a enviar al campo a activistas destinados a este cometido. Entre éstos, merecen destacarse dos: Orosmin Leguizamón, muy activo entre los arroceros del Departamento de Treinta y Tres, donde impulsó el SUA, Sindicato Único de Arroceros; y Raúl Sendic, que inicialmente trabajó con los remolacheros del Departamento de Paysandú y estuvo detrás del nacimiento

en 1957 del SUDOR, Sindicato Único De Obreros Rurales, y en 1959 de la URDE, Unión de Regadores y Destajistas del Espinillar (Departamento de Salto); sin embargo, el mayor aporte de R. Sendic al movimiento organizativo del campo vendrá a raíz de su traslado a Bella Unión, en el Departamento de Artigas: allí impulsó, en 1961, la fundación de la UTAA, Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, donde aplicó las novedosas formas sindicales practicadas ya en las zonas arroceras.



1960. Marcha Cañeros de Bella Unión

La UTAA no tardó en nuclear un vigoroso movimiento reivindicativo que trasladó a la ciudad la desconocida y cruda realidad del campo uruguayo, convirtiéndose en símbolo del nuevo sindicalismo agrario, un sindicalismo de métodos radicales que chocaba con el empleado en las

décadas de los años 30 y 40 en el ámbito urbano, y sacudiendo a la izquierda capitalina, forzándola a definirse, a implicarse en su lucha o a rechazarla, y ayudándola al replanteamiento de sus líneas de acción habituales. Entre 1962 y 1966 el movimiento de los remolacheros venidos del Norte se convirtió en uno de los grandes protagonistas de la lucha social: las sucesivas marchas a Montevideo y los campamentos levantados ante el Palacio Legislativo o el Ministerio de Ganadería, acciones rematadas con frecuencia en auténticas batallas campales en las que los trabajadores repelían las balas de la policía con palos y piedras, las ocupaciones de los latifundios improductivos, que eran más de 300.000 hectáreas, o de ingenios de la Azucarera Artigas, etc.... Su papel como catalizador de la izquierda se hace visible en el nacimiento de la propia CNT, que surgió a partir de una convocatoria de la CTU hecha en torno a una injustificada carga policial contra un campamento cañero. La Marcha de 1962, organizada contra el despido de los huelguistas y a imagen y semejanza de la de los arroceros siete años antes, demostró la posibilidad de nuevas formas de activismo político: la llegada a Montevideo de los cañeros y sus familias actuó como aglutinador de las conciencias y energías revolucionarias, representando los valores con los

que esa, todavía, embrionaria “nueva izquierda revolucionaria” podía identificarse, mostrando a los grupúsculos que comenzaban a integrarla, aun no autodefinidos, sus diferencias respecto a la izquierda tradicional a la que aún pertenecían y permitiendo su confluencia.

Las gentes de la FAU estuvieron con el movimiento cañero desde el principio: la I Marcha Cañera, organizada en mayo de 1962 contra el despido de los huelguistas, ya salió de Bella Vista acompañada de una delegación de las agrupaciones de El Cerro y La Teja, aunque la FAU no participó como organización, ya que las discrepancias internas le impidieron llegar más lejos. La colaboración de la FAU con los cañeros se mantuvo en los años siguientes a través del apoyo de no pocos grupos y dirigentes de la organización.

El progresivo control de su dirección por la “corriente reformista”, que apostaba por la coordinación con otros grupos, permitió, ya antes de la ruptura, una mayor participación oficial de la formación anarquista, pero fue tras la escisión de los “ortodoxos”, cuando la FAU pudo implicarse sin cortapisa alguna. La II Marcha Cañera, que se realizó en 1964 y contó una representación de la FAU, la campaña por la tierra de 1965, que contó con el apoyo de

un manifiesto conjunto de la FAU, el FAR, Frente de Avanzada Renovadora, y el PSU, o la III Marcha Cañera, que se organizó, con el mismo motivo, en marzo del mismo año y que contó con el apoyo explícito e incondicional de la FAU, y de toda la izquierda uruguaya a excepción del PCU, son buenos ejemplos de ello.

El Coordinador

El Coordinador, llamado también por algunos de sus protagonistas Coordinadora, Coordinador de Grupos, Grupo Coordinador u Organismo Coordinador, nació a comienzos de 1963 como un espacio común de encuentro y debate de militantes y grupos revolucionarios, en su mayoría grupos de la nueva izquierda que en aquellas fechas aún se estaba conformando. No obstante, el Coordinador no se creó como tal hasta el invierno de 1963: hasta entonces funcionó como un espacio informal e inorgánico, un espacio de debate al margen de los rígidos ámbitos partidarios. En su origen, como no, el Movimiento

Cañero como catalizador. Los primeros contactos, realizados para ofrecer apoyo a los cañeros, datan de fines de 1962, cuando algunos de estos grupos todavía no se separaran formalmente de las estructuras partidarias a las que pertenecían. A comienzos de 1963 ya se distinguían varios grupos definidos: un grupo maoísta, que procedía de una escisión prochina del PCU y que en agosto fundaría el MIR, con gente como Jorge Torres, José Mújica, Julio Arizaga, Mario Etchenique o Rodríguez Beletti; otro vinculado a la FAU; un grupo de la Teja nucleado en torno a una disidencia de las Juventudes del MRO, integrado, entre otros, por Eleuterio Fernández Huidobro, Carlos Rivera Yic, Hebert Mejías, Collazo Gabino, Falero Montes de Oca y bautizado a partir de mediados de 1963 como MAC, Movimiento de Apoyo al Campesinado; y uno liderado por Sendic e integrado por gentes del interior, activistas cañeros relacionados en su mayoría con la UTAA. Además, algunos independientes entre los que destacaba el médico Mario Navillat, activista estudiantil y simpatizante anarquista en su juventud.

Dada la división que vivía la FAU en aquellos años, con amplios sectores opuestos a la colaboración con otras fuerzas revolucionarias, la participación de la organización en el Coordinador fue “oficiosa”, a través de un pequeño

grupo de dirigentes vinculados a la “corriente reformista” y encabezados por los hermanos Gatti, Juan Carlos Mechoso y León Duarte.

A mediados de 1963, el Coordinador dio un paso trascendental hacia su desarrollo como un espacio propio de la izquierda uruguaya, más allá de su relación con la UTAA, cuya lucha seguía actuando de todos modos como elemento aglutinador; fue también un paso trascendental hacia la clandestinidad y la lucha armada, que tuvo en el seno del coordinador los primeros episodios de su historia. El desencadenante: el movimiento huelguístico de febrero de 1963, que incluyó la declaración de las Medidas Prontas de Seguridad y durísimos enfrentamientos entre los trabajadores y la policía y que elevó la tensión social hasta niveles pocas veces alcanzados. Esta conflictividad social aceleró el debate sobre la necesidad de adoptar medidas de autodefensa del movimiento obrero, la necesidad de armarse. Finalmente, el 31 de julio, los grupos del Coordinador ejecutaron su primera acción armada: el asalto a la armería del Club de Tiro Suizo de Nueva Helvecia, en el Departamento de Colonia, operativo en el que sin embargo no participó la FAU. La acción buscaba obtener armas para apoyar la ocupación de tierras por parte de los cañeros, haciéndose con un botín de una

treintena de fusiles, y desencadenó un fuerte acoso policial que forzó el paso a la clandestinidad de varios de sus autores, Sendic incluido; era un salto hacia delante, un acto que implicaba un compromiso personal mucho más profundo, provocando el abandono de algunos activistas disconformes con esta vía. La nueva situación requería formalizar y regularizar los contactos, impulsando su institucionalización: es entonces, coincidiendo con la conformación definitiva del MIR y del MAC, cuando nace orgánicamente el “Coordinador”. Sus integrantes: los cuatro grupos ya mencionados; además, a lo largo de 1964 fue formándose un nuevo grupo integrado por jóvenes que llegaban, como Sendic, desde las filas socialistas, como Julio Marenales, Jorge Manera, Edith Moraes o Héctor Amodio. El Coordinador tuvo su origen en las movilizaciones de apoyo a los cañeros, pero ahora, por la propia dinámica de los acontecimientos, pasaba a representar un nivel organizativo que iba más allá de aquellas necesidades. El proceso se confirmó en los meses siguientes, avanzando hacia la creación de una organización de tipo armado que tendrá sentido por sí sola, con su propia razón de ser, más allá del apoyo circunstancial a luchas particulares.

Al igual que ocurriera con el Movimiento Cañero, en la FAU, el avance de la “corriente reformista”, que se hizo con la dirección de la federación, permitió un mayor compromiso con el Coordinador, aunque la naturaleza clandestina de éste desde su mismo nacimiento impidieron en todo caso un reconocimiento explícito de la pertenencia de la organización anarquista al mismo. En este sentido, son reveladoras las declaraciones de la FAU ante el acoso policial contra los asaltantes del Tiro Suizo; publicadas en septiembre de 1963 a través de sendos artículos en el semanario “Marcha” (“Ante la infamia”) y en el diario “Época” (“El país cruje”), hacían una lectura política de los hechos en la cual la crítica a los colectivos implicados, dura pero forzada por las circunstancias, se empequeñecía ante el apoyo a los “verdaderos revolucionarios”, la defensa de la legitimidad de la autodefensa armada o los ataques a las fuerzas del orden, la oligarquía económica y política o la prensa “oficialista”.

Dentro del Coordinador, militantes de la FAU participaron en algunos operativos armados conjuntos, como los de los “Comandos del Hambre”; estas acciones consistían en la apropiación de alimentos y ropas y su posterior reparto entre la población de los campamentos, la más carenciada; se iniciaron el 24 de diciembre de 1963

con el asalto por el Comando Juvenil José Artigas de un camión de reparto de Manzanares S.A., una compañía de supermercados, cargado de pollos y pavos destinados a las cenas navideñas, y su distribución en el cantegril Aparicio Saravia. Los anarquistas colaboraron también en operativos orientados al pertrechamiento de armas, como el robo de armas en la Receptora de Aduanas de Bella Unión en enero de 1964 o el asalto a una armería de la calle Galicia en enero 1965.

El Coordinador comenzó muy pronto, hacia 1964, a sufrir sus primeras divisiones, surgidas en torno a los operativos planteados ante la II Marcha Cañera. Así como los había unido, la acción los iba a separar; la superación de la discusión teórica y el paso a la acción revolucionaria obligó a los grupos que lo integraban a definirse cada vez más y a dar un salto cualitativo, y ahí fue donde surgió la ruptura. Sencillamente, se vio superado por la propia dinámica que la práctica generaba. En el fondo, el Coordinador era el reflejo del efecto catalizador de la Revolución Cubana en la izquierda uruguaya, el reflejo de una nueva identidad revolucionaria que cuestionaba el sistema y planteaba recurrir a la violencia como herramienta legítima de acción política para transformar el país; precisamente fuera por eso, por lo que tuvieron cabida en él grupos y tendencias

tan distintas (anarquistas, socialistas, maoístas...), grupos y tendencias que coincidían en cuestiones básicas como el antiimperialismo, el latinoamericanismo o un vago socialismo, pero que también discrepaban profundamente en cuanto a la vía revolucionaria para ese cambio y, por tanto, en cuanto al tipo de organización a la que querían pertenecer.

Fue así, como a lo largo de 1964, se fueron conformando en su seno dos tendencias de difícil consenso: una tendencia, mayoritaria y encabezada por Sendic, que defendía la autodisolución de los grupos en un polo revolucionario, una nueva organización político-militar disciplinada y definida estratégicamente por el foquismo y el policlasismo; y otra tendencia, la de la FAU, que apostaba por una profundización de la coordinación y la búsqueda de coincidencias estratégicas, pero que rechazaba la necesidad de una nueva organización revolucionaria, ya que ella misma ya tenía ese carácter, apostando por el trabajo político en el frente obrero y por un órgano de coordinación que no se definiese políticamente y actuase sólo como el brazo armado de la izquierda.

El debate en el Coordinador se enrareció poco a poco y la desunión y la desconfianza fueron ganando terreno,

alcanzando un punto de no retorno tras el asalto a la armería de la calle Galicia y la desaparición de las armas requisadas, custodiadas por un grupo del MAC.

Finalmente, aquel mismo mes de enero de 1965, el Coordinador dejó de funcionar. Pocas semanas después, algunos de los participantes en el Coordinador plantearon su reorganización, pero ya con la idea de crear una estructura organizativa propia, sólida. Con este motivo, se celebró en mayo la llamada Reunión de Parque de Plata (Departamento de Canelones), donde la FAU estuvo representada por Gerardo Gatti.

Allí, la organización anarquista se quedó sola en su rechazo al nuevo proyecto. Los otros grupos acordaron crear una nueva organización; esa organización, fundada a raíz de la Reunión de Parque de Plata, surgió en fase embrionaria hacia julio de aquel año y se identificó inicialmente como “Tupamaros”, adoptando más adelante el nombre de MLN-T, Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, organización que se convertirá, junto a los Montoneros argentinos, en la principal guerrilla urbana del continente.

Su composición definitiva se definió en la I Convención Nacional, celebrada seis meses después, en enero de 1966,

cuando se retira la corriente mayoritaria del MIR, liderada por Mario Etchenique y Julio Arizaga y, a título individual, un nutrido grupo de activistas, en total casi el 50% de la militancia inicial.

Por el contrario, alrededor del 30% de los “miristas”, encabezados por Washington Rodríguez Beletti y Jorge Torres siguieron en el proyecto.

La OLAS y el diario Época

El tercer espacio de contacto de la FAU y los otros grupos de la “nueva izquierda” fue el del diario “Época”. Este periódico nació en 1962 y entre los directores que tuvo en aquellos años destacó Eduardo Galeano (1964–66). Fue una publicación independiente, aunque muy próxima a la izquierda no comunista, una publicación abierta a la participación y la colaboración de todas las tendencias de la “nueva izquierda” (anarquistas, trotskistas, maoístas,

socialistas, independientes...). En sus páginas, las diferentes organizaciones de esta izquierda encontraron un espacio de expresión donde expresar sus ideas; la FAU contaba incluso, al igual que otros de los grupos más significados (MIR, MRO, PSU, MUSP...), con una columna semanal reservada; además, la publicación estaba abierta, fundamentalmente a través de comunicados, a otros muchos grupos de la izquierda (el FAR, la Lista 41 de Enrique Erro, el Movimiento Batllista 26 de Octubre, la Vanguardia Revolucionaria, Avanzar, el PDC, Partido Demócrata Cristiano...) e incluso en ocasiones al FIDEL, la coalición electoral de los comunistas. Pero el papel de "Época" como espacio de encuentro de la izquierda no comunista, no se limitaba a sus páginas: su consejo editorial y su local conformaban un importante escenario de contacto de los diferentes grupos de la izquierda, MLN-T incluido, un lugar clave en la formación de la izquierda revolucionaria uruguaya.

Sin embargo, las dificultades económicas, un problema crónico solventado gracias a las campañas recaudatorias o al peso de las colaboraciones gratuitas, acabaron provocando a comienzos de 1967 su suspensión temporal, suspensión convertida en cierre al no lograrse los fondos necesarios para retomar la actividad.

El importante papel que el diario “Época” tenía para la FAU fue, junto a la división interna, causa de la desaparición de su propia publicación, “Lucha Libertaria”, que desde 1962 sólo editó cuatro números, los tres primeros aquel mismo año y un último número suelto en abril de 1965. “Lucha Libertaria”, la publicación heredera de “Voluntad”, desaparecía así, después de más 270 números editados.

En 1966–67, la Revolución Cubana demostraba una vez más su influencia en la nueva izquierda uruguaya. Ese año, se celebraba en La Habana la I Conferencia Tricontinental, un llamamiento contra el colonialismo y el imperialismo que agrupara a los movimientos de liberación de todo el mundo; una de sus resoluciones fue la de crear la OLAS, Organización Latino Americana de Solidaridad, que pretendía agrupar a los grupos revolucionarios y antiimperialistas de América Latina, una especie de “nueva Internacional” liderada por Cuba. La participación en la OLAS, celebrada en agosto de 1966, se realizó a través de comités nacionales; la formación del comité uruguayo fue el que mejor ilustró las diferencias existentes en aquellos años entre la izquierda revolucionara y la izquierda reformista. El PCU, dirigido por un Rodney Arismendi con gran influencia en la URSS y Cuba, logrará, en el Comité

Preparatorio de la Tricontinental, celebrado en El Cairo en 1965, que el FIDEL fuera considerado como el representante de la izquierda uruguaya, excluyendo así a las otras organizaciones, FAU incluida; este hecho, consumado a espaldas de la Mesa por la Unidad del Pueblo, instancia de dialogo promovida por el propio FIDEL para alcanzar la unidad de la izquierda ante los comicios de 1966, ya provocará una gran polémica en el seno de la izquierda uruguaya, pero el desencuentro se haría mucho más profundo pocos meses después, a la hora de organizar el Comité Nacional Uruguayo para la OLAS. El PCU, designado en la Tricontinental como grupo encargado de la comunicación de la convocatoria al resto de la izquierda uruguaya y de la formación de la delegación, aprovechó el mandato para bloquear la asistencia de la izquierda revolucionaria ajena al FIDEL; la coalición del PCU argumentó para ello el incumplimiento por esta izquierda de uno de los condicionantes exigidos en la convocatoria: ser organizaciones con un espíritu unitario (el otro era su naturaleza antiimperialista). Ante la actitud del PCU, que se negaba a convocar reunión, la FAU hizo su propio llamamiento, pero la convocatoria fue rechazada por los comunistas, que no acudieron, y no hizo sino evidenciar el alejamiento entre el PCU y la izquierda revolucionaria. Las

diferencias se acentuaron en los meses siguientes, arremetiendo las acusaciones. El PCU se mantuvo firme, no abriendo el comité a más grupos que los de su coalición, algunas organizaciones filiales creadas a comienzos de la década, como el Comité Obrero y el Movimiento de Trabajadores de la Cultura, y a última hora, y gracias a la presión de Salvador Allende y el PS de Chile (Partido Socialista de Chile), al PSU. La FAU quedaba fuera y junto a ella, el MIR, el MUSP o el MLN-T. Las diferencias continuaron en la propia Conferencia de la OLAS, donde, a pesar de las precauciones comunistas, la delegación uruguaya reflejó la polarización existente en la izquierda uruguaya: la “rebelión” de algunos de los miembros del FIDEL que rechazaban la actitud sectaria del PCU, y la presencia de los socialistas evidenciaron la existencia de las dos tendencias, la integrada por el PCU, las organizaciones vinculadas y sus aliados del FIDEL, mayoritaria dentro del Comité Uruguayo pero minoritaria en la Conferencia, y la del PSU y los críticos de la coalición comunista, esto es el MRO y el Movimiento Batllista 26 de Octubre.

El proceso de la Conferencia de OLAS impulsó la acelerada polarización de la izquierda uruguaya, cada vez más dividida entre los “reformistas” del PCU y los

“revolucionarios”, y contribuyó a la radicalización del PSU, que se acercó progresivamente hacia el bloque revolucionario. Este bloque revolucionario ya estaba claramente conformado a mediados de 1967, pero carecía todavía del más mínimo armazón orgánico; es aquí, donde el diario “Época” recupera su papel protagónico y reaparece como espacio de contacto y colaboración de la “nueva izquierda”: el 6 de diciembre de 1967, la FAU, el MRO, el PSU, el MIR y el MAPU firmaban el Acuerdo de Época, un verdadero hito en la evolución de la izquierda revolucionaria del Uruguay; fue aquel, un acuerdo para relanzar el diario, que comenzó a editarse al día siguiente, pero por encima de todo, fue un acuerdo político que desafiaba públicamente al sistema, recogiendo la voluntad de los firmantes por trabajar conjuntamente por la destrucción del régimen capitalista y en pos de la revolución uruguaya, rechazando, en clara alusión al PCU, las concepciones reformistas y haciendo suyas las resoluciones de la OLAS, que incluían la necesidad y legitimidad de la lucha armada.

Solo cinco días después de la firma del acuerdo, el Ejecutivo de Pacheco Areco clausuraba el diario, al igual que el semanario socialista *El Sol*, ordenaba la detención de su Consejo Editorial, apresando a sus seis miembros,

Gerardo Gatti incluido, e ilegalizaba a las cinco organizaciones firmantes, cortando de raíz la amenazante coordinación de la izquierda revolucionaria uruguaya.

La FAU intentó reflotar el acuerdo en la clandestinidad, pero su llamamiento para una “Alianza de la Rebeldía Nacional” sólo fue respondido por el MRO. Allí se acabó la coordinación con los otros grupos revolucionarios; a partir de entonces, la unidad de acción de la FAU con el resto de la izquierda revolucionaria se limitó a contactos y colaboraciones esporádicas con el MLN-T; con el resto de las organizaciones, algunos contactos de consulta, pero ya nada de proyectos comunes o de coordinación. Con la ilegalización, la evolución de estas organizaciones fue muy dispar: algunas desaparecieron, caso del MAPU, otras –FAU y MRO– mantuvieron sus posicionamientos y los desarrollaron en la clandestinidad, apostando definitivamente por la lucha armada y sumando fuerzas al MLN-T, y el PSU suspendió su actividad partidaria, limitándose, hasta su legalización en 1970, al trabajo sindical y alejándose entonces de sus posicionamientos más radicales.

LA DICTADURA PACHEQUISTA: ILEGALIZACIÓN, CLANDESTINIDAD Y LUCHA ARMADA. LA ROE Y LA OPR-33

Para la FAU, la ilegalización de 1967 fue un punto de inflexión y marcó el inicio de una nueva etapa, una etapa en la cual la organización acentuó su centralismo organizativo y aceleró su evolución doctrinal y estratégica, profundizando en las tendencias ideológicas predominantes desde la ruptura de 1964 y consolidando una nueva concepción revolucionaria; una concepción insurreccional, una concepción que determinó la estructura orgánica de aquellos años, con la creación de una organización de masas, la ROE, Resistencia Obrera Estudiantil, y de un aparato armado, la OPR-33, Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales. Fue una etapa definida en gran medida por la clandestinidad,

ya que si bien la organización volvió a ser autorizada en 1971, su nueva línea estratégica le impedía incorporar todas sus estructuras a la legalidad.

Con la clandestinidad, también hubo cambio de nombres: se mantiene el cuarteto formado por Gerardo Gatti, el líder indiscutible, y su hermano Mauricio, León Duarte y Juan Carlos Mechoso, pero algunos dirigentes con mucho peso en el pasado como Washington Pérez o los veteranos Roberto Franano y Alberto Marino pierden todo protagonismo, mientras que otros, como Hugo Cores y Raúl Cariboni, ganan posiciones.

Ante la nueva situación, con la ilegalización de 1967–71 y el desarrollo de su propio aparato armado, la FAU comenzó a funcionar con criterios conspirativos: la cúpula se redujo y las reuniones amplias se convirtieron en algo realmente excepcional al tiempo que se implantó la compartimentación de los diferentes grupos de trabajo, la codificación de las instrucciones y tareas o el uso de seudónimos y claves: G. Gatti pasó a llamarse “Santiago”, su hermano Mauricio, “Sebastián”, y Hugo Cores, “Anselmo”; el Secretariado Ejecutivo pasó a conocerse como “Fomento”; la organización, como “Tía” o “Familia”; los locales, “riso”; el reclutamiento, “Eliseo”; los fondos, “Charlo”; los militares, “Borbones”; la seguridad,

“Regueiro”; la propaganda, “Packard”; la lucha revolucionaria, “acción democrática”; la actividad de masas, “Alejandra”; el local donde se trabajaba con armas o explosivos, “Carmeta”; los zulos, “Améndola”; el material explosivo, “Carrara” o “Zunino”; los comandos de acción directa, “Bancada Parlamentaria”; la instrucción armada, “Cultura”; y así, un largo etcétera.

En la clandestinidad, la FAU desarrolló su propio órgano de prensa: las “Cartas de la FAU”, editadas semanalmente y a cargo de Mauricio Gatti y Raúl Cariboni.

Era una publicación de dos hojas, escritas a máquina, membreteadas con los colores rojo y negro y una leyenda: *“La lucha revolucionaria no la disuelve ningún decreto, ni la detienen las Medidas de Seguridad”*. “Cartas de la FAU” fue distribuida clandestinamente en fabricas, oficinas y centros de enseñanza entre los meses de junio de 1968 y marzo de 1971.

Una segunda publicación, la revista “Rojo y Negro”, sólo pudo sacar dos números.

El contexto: crisis, conflictividad social y represión

Entre 1968 y 1972, Uruguay entró en un proceso de aceleración histórica. La crisis económica, la concentración del poder político y el desarrollo de la guerrilla fueron factores fundamentales de esa aceleración.

1968 fue un año muy marcado por la crisis económica evidenciada desde comienzos de la década: la inflación creció desmesuradamente hasta alcanzar cifras de tres dígitos, la devaluación del peso alcanzó niveles desconocidos hasta entonces (100% en diciembre de 1967, 25% en abril de 1968...), el desempleo creció hasta el 8%, algo inédito en el país, etc.... El Gabinete de Pacheco Areco, integrado casi en exclusiva por empresarios agroganaderos, industriales y sobre todo banqueros, respondió con medidas antisociales, como la congelación, en junio y por decreto, de los salarios hasta el nivel de seis meses antes, una medida dramática ante el crecimiento galopante de la inflación. Todo ello generó una creciente conflictividad social y laboral que sólo fue respondida con represión,

Jorge Pacheco Areco, del PC, fue investido Presidente el 7 de diciembre de 1967, sucediendo desde su cargo de Vicepresidente a Oscar Diego Gestido, fulminado el día anterior por un síncope cardíaco. Su gobierno profundizó en la política despótica de su predecesor, recurriendo de forma reiterada y arbitraria a la clausura de la prensa crítica y al “Estado de Sitio”, denominado en la Constitución como Medidas Prontas de Seguridad, MPPS, y previsto sólo para casos excepcionales (conmoción interna o ataque exterior); su régimen estuvo marcado así, por un manejo del poder fuera de los límites constitucionales, apoyándose en un solo artículo de la Constitución, el que le otorgaba el derecho de implantar las MPPS, es decir un Estado de Sitio permanente, con el sometimiento del Parlamento y con un continuo gobernar por medio de decretos de urgente aprobación. Pacheco mantuvo las instituciones pero vaciándolas de contenido y creando así, un marco seudolegal. El autoritarismo de su presidencia llegó hasta el punto de ser calificada por no pocos autores como “Dictadura Pachequista”, “Dictadura Constitucional” o “Pachecato”. Lo que se implantó durante su Gobierno fue un estado de transición entre el agotado modelo batllista y la dictadura cívico-militar que se impondría en junio de 1973. El Uruguay “batllista y liberal”, el mito del

“paisito pacífico y armonioso”, donde los conflictos se solucionaban en beneficio de todos gracias a la avanzada legislación social, se derrumbaba definitivamente.

En este contexto de crisis y autoritarismo, el clima social transitó de la crispación al enfrentamiento. Los trabajadores, nucleados en torno a la CNT, llevaron a cabo importantes movilizaciones y sostuvieron huelgas muy prolongadas. El estudiantado, liderado por la FEUU, Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay, y el FER, Frente Estudiantil Revolucionario, se unió a la lucha, multiplicándose los paros generales, casi uno por mes, y las manifestaciones diarias de trabajadores y estudiantes. Con la represión a las luchas obreras y estudiantiles, se sucedieron los enfrentamientos callejeros, las cargas policiales, cada vez más violentas, con el empleo de perros y armas de fuego, y las muertes de estudiantes y trabajadores, etc.... La violencia se acabó instalando en el país, volviéndose cotidiana. La ofensiva “pachequista” fue especialmente significativa en junio del 68, cuando el Ejecutivo respondió a la agitación del estudiantado y del sector bancario con el decreto de las MPPS y, al amparo de éstas, con la militarización de los trabajadores de la banca pública y los entes estatales en junio de 1968, medida que se extendió luego a los empleados de la banca privada y el

transporte; con ella, los trabajadores quedaban sometidos a los códigos y tribunales militares y toda acción gremial fue castigada con su confinamiento en los cuarteles. En agosto, cuando los enfrentamientos con el estudiantado universitario eran más duros, Pacheco ordenó a la policía violar la autonomía universitaria, allanándose locales y facultades. Entre junio y agosto tres estudiantes fueron muertos por la desproporcionada represión policial: Liber Arce, Susana Pintos y Hugo de los Santos. A pesar de la evidencia de la derrota del movimiento huelguístico en 1969, la represión y las formas totalitarias se mantuvieron a lo largo de todo el mandato pachequista, siendo buenas muestras las nuevas clausuras de diarios o el secuestro de sus ediciones, como ocurrió con “El Debate”, “Ya”, “El Eco”, “El Popular” o “Marcha”, la intervención en 1970 de la enseñanza secundaria, con el reemplazo de sus autoridades por una represiva comisión interventora, las primeras denuncias de presos políticos torturados... Todo ello, en una sociedad que se preciaba de sus tradiciones de libertad y hospitalidad, brindada a los perseguidos políticos llegados de otros países, una sociedad que se enorgullecía de haber construido una democracia ejemplar, una sociedad que presumía de tener un Estado benefactor, laico y respetuoso con las libertades esenciales, una

sociedad que sentía más próxima a las de las democracias europeas que a las de los países del entorno.

El totalitarismo de pachecho no hizo sino aumentar el descontento en la calle, con un ambiente cada vez más convulso y tenso, un ambiente en el que las acciones del MLN comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes, recogiendo buena parte de esa creciente indignación y despertando así, las simpatías de amplias capas de la población.

La crispación social y la hostilidad hacia el poder, provocadas por la crisis y el autoritarismo, favorecieron que miles de personas –10.000, 12.000– estuvieran dispuestas a organizarse clandestinamente, mientras que cientos de miles protagonizaban huelgas y resistían la militarización de sus gremios.

Fue en este contexto de crisis y lucha, donde la FAU vivió su clandestinidad y dio su paso definitivo hacia la lucha armada.

Evolución ideológica: una nueva concepción revolucionaria y una nueva estructura orgánica

En cuanto a su evolución ideológica, es en esta etapa cuando la FAU, embarcada en la construcción de una síntesis del anarquismo y el marxismo, comienza a decantarse hacia éste. Son buena prueba de ello los estudios y lecturas de aquellos años, donde los textos del marxismo estructuralista de Louis Althusser y Nicos Poulantzas, de Antonio Gramsci, de Isaac Deutscher o de Marta Harnecker tienen cada vez más peso. Uno de los dirigentes con más peso en este proceso, sino el que más, fue Raúl Cariboni da Silva; procedente del PCU, Cariboni tenía una vastísima cultura de teoría política y volcó sus esfuerzos en el desarrollo de un pensamiento propio, que partía de una base marxista, pero desde una posición crítica, creativa y adaptada a la realidad uruguaya. En esta evolución, la dirección de la FAU trató de evitar las contradicciones recurriendo a menudo a la indefinición, pero cada vez encontrará más dificultades para continuar sin dilucidar cuestiones básicas y postergar su análisis para el futuro.

Por lo que respecta a la nueva concepción revolucionaria de la FAU, ésta estaba estrechamente vinculada al proceso cubano, por lo que ya empezara a formularse a comienzos de la década, siendo no en vano una de las causas de la ruptura de 1964, pero es en esta etapa cuando se asiste a su consolidación definitiva. Era una concepción que sintetizaba elementos anarquistas y marxistas, una concepción insurreccional, fundamentada en una activa participación de amplios sectores de la clase trabajadora, de su mayoría o al menos de los sectores más concienciados y experimentados, en suma de los colectivos revolucionarios, rechazando, a pesar de la influencia de la Revolución Cubana y del guevarismo, las visiones foquistas, interpretadas como atajos frente a la ardua tarea de trabajar dentro del movimiento de masas. La FAU entendía que la victoria vendría de la insurrección obrera, no del crecimiento electoral de la izquierda, rechazando por ello la estrategia del PCU, al que acusaba de reformista, o la incorporación al FA, Frente Amplio, ni tampoco de la irradiación de simpatías por el movimiento guerrillero, criticando en consecuencia el foquismo del MLN-T; de ahí la importancia dada a la inserción de la organización en el movimiento obrero y a la conformación de un frente de masas, con una línea estratégica de trabajo no

exclusivamente sindical, sino insurreccional. La acción armada era una herramienta de la organización política, pero nunca un sustituto de ella misma o de su trabajo en el frente social.

En este sentido, la reflexión de la FAU sobre la lucha armada, recogida en el “Copei”, un documento interno elaborado por Raúl Cariboni en 1972, insistía, de acuerdo con el legado anarquista, en la transformación desde la periferia al centro, es decir a partir de una participación protagónica de los movimientos sociales. De acuerdo con esta lectura, el accionar armado se concebía como un esfuerzo revolucionario más, no como el esfuerzo único o principal a partir del cual se desencadenarían los otros. Todo esto suponía, en alusión directa al MLN-T, una fuerte crítica al foquismo, tan en boga en aquellos años y considerado ya no sólo una estrategia sin futuro, sino una amenaza para el propio proceso revolucionario; se admitía el espíritu revolucionario de los “foquistas”, de los tupamaros, pero se rechazaba explícitamente la naturaleza revolucionaria del “foquismo”, de la estrategia del MLN-T.

Esta concepción revolucionaria requería una nueva estructura orgánica. Su diseño alejó definitivamente a la FAU del federalismo anarquista y la transformó en una organización muy centralizada, sobre la base de los

“frentes”: el “frente sindical” y el “frente armado”. Era una estructura que incluía a la FAU como núcleo central de conducción, encargada de la dirección política y la coordinación y sumida en la clandestinidad hasta 1971, y a dos creaciones orgánicas llamadas por G. Gatti las “dos patas”: una “pata pública”, la ROE, concebida para el nivel de masas, y una “pata clandestina”, la OPR-33, organizada para el nivel armado. El líder, Gerardo Gatti, que hasta 1966-67 trabajara intensamente en el SAG y en el proceso unificador de la CNT, se volcará casi en exclusiva en el fortalecimiento de esta nueva estructura.

La forma a través de la cual la FAU-ROE-OPR procesará los conflictos sindicales desarrollados bajo la influencia de sus militantes fue haciendo visible una metodología alternativa a la conducción mayoritaria de la CNT, una metodología que combinaba acciones de boicot, de sabotaje y de apoyo externo realizado por la militancia clandestina. La FAU consideraba que los métodos tradicionales de lucha, las huelgas, los paros, o incluso las ocupaciones, eran métodos válidos pero insuficientes, insuficiencia que se evidenciaba aún más en los conflictos aislados, que afectaban a una sola empresa o fábrica. Para cubrir esa carencia de la práctica sindical tradicional

nacerían los grupos de acción directa, integrados en la ROE, y los comandos armados de la OPR-33.

La ROE

Por lo que respecta a la ROE, esta organización vino a dar continuidad al arduo trabajo sindical desarrollado durante años por líderes como Gerardo Gatti, León Duarte o Washington Pérez.

Muy vinculada a la radicalización de los estudiantes y trabajadores en las luchas callejeras de 1968, la ROE surgió de la coordinación de una treintena de agrupaciones sindicales y estudiantiles ya existentes. Se fundó sin estatutos ni formalidad alguna, tomándose como fecha de nacimiento junio de 1968, que es cuando apareció por primera vez su firma, estampada en unos volantes que reclamaban la libertad de los activistas detenidos al amparo de las MPPS. El nombre fue propuesto por Gerardo Gatti y contó con el rechazo inicial de Raúl Cariboni. Fue un proyecto que trataba de nuclear en una misma organización de masas a estudiantes, trabajadores y

movimientos barriales radicalizados. En el terreno sindical, destacaban las agrupaciones de la compañía cementera Portand, las del sector radioeléctrico (General Electric, Tem, Serratos y Castells...) y la UF, Unión Ferroviaria. Sin despreciar este aporte sindical, sin duda significativo, el grueso de su militancia procedía del ámbito estudiantil, sobre todo de la UTU, Universidad del Trabajo de Uruguay, de la Agrupación 3 del Magisterio, de secundaria y, en menor medida de la FEUU, donde el anarquismo perdiera su fuerza del pasado. A partir de 1971, sus agrupaciones estudiantiles pasaron a llamarse Agrupaciones Heber Nieto, nombre tomado del primer “mártir” de la ROE, un estudiante de la Escuela de Construcción de la UTU asesinado en julio de aquel año por disparos de la policía durante un “peaje obrero–estudiantil” solidario con los huelguistas de la papelería CICSSA (Compañía Industrial y Comercial del Sur S. A.).

La ROE tuvo su propio órgano de prensa, “Compañero”, una publicación de periodicidad quincenal editada entre 1971 y 1973; aunque era el órgano de la ROE, “Compañero” vino a ocupar el lugar de “Cartas de la FAU”, que con la legalización de la organización en 1971 perdió su periodicidad y redujo mucho su difusión.

Su líder más destacado fue Hugo Cores, con amplia experiencia sindical en la AEBU, Asociación de Empleados Bancarios de Uruguay, donde, a partir de 1968, ostentará el cargo de presidente; junto a él dirigentes veteranos como León Duarte y una nueva generación de cuadros que, en su mayoría, se forjarán en las luchas obrero-estudiantiles del 68, como Carlos Coitiño, procedente del gremio bancario, Raúl Oliveira, sindicalista del sector ferroviario, o los jóvenes del frente estudiantil, del magisterio sobre todo: Pablo Anzalone, Jorge Zaffaroni, Luis Puig, José Félix Díaz, Elena Quinteros, Hugo Casariego, Lilian Celiberti, Andrés Bellizi, Gustavo Inzaurrealde, José Pedro Charlo, Yamandú González Sierra...

Aunque el propósito de la ROE era ir más allá de lo gremial, ser más que una mera rama sindical de la FAU, ello no fue obstáculo para que asumiese plenamente las relaciones de la organización anarquista con la CNT, relaciones mantenidas eso sí, a través de la doble militancia de sus activistas, ya que la ROE nunca ingresó como tal en la central única.

Desde dentro del movimiento social y sindical, CNT incluida, la ROE impulsó e integró la llamada Tendencia Combativa, también conocida como La Tendencia, una corriente sindical y estudiantil que agrupaba a las

agrupaciones más radicales del movimiento social, agrupaciones revolucionarias que buscaban una ruptura social y política y que rechazaban la línea moderada o “reformista” impuesta por el PCU en las organizaciones donde era mayoritaria: la CNT en el ámbito sindical o la CESU, Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay, y otras agrupaciones controladas por la UJC, Unión de Juventudes Comunistas, en el estudiantil. Los principales grupos de la Tendencia Combativa integrados en la CNT fueron los GAU, los sectores más radicalizados de la FEUU, en minoría a partir de la alianza socialista-comunista de 1971 en el FA, y aquellas organizaciones vinculadas a la “izquierda revolucionaria”, es decir, el MIR, con una presencia significativa en la banca oficial, la construcción y el sector de la carne; la FAU, con el Sindicato de FUNSA y las agrupaciones ligadas a la ROE; y el PSU o el MLN-T, con organizaciones como la UTAA. La situación se repetía en todo el movimiento estudiantil integrado en la Tendencia Combativa, donde además de la ROE, destacaban: el FER, que surgió en 1968 como una escisión de la CESU vinculada a la Juventud del MRO y disconforme con el control comunista de su dirección y que supo desplazar a ésta y hacerse con el control de las movilizaciones, actuando entre 1969 y 1971 como la

agrupación del MLN–T en el sindicalismo estudiantil; el FER 68, Frente Estudiantil Revolucionario 68, representante del MLN–T a partir de 1971, cuando surge como una disidencia del FER opuesta a la ruptura de éste con la guerrilla tupamara y a su vinculación al FRT, Fuerza Revolucionaria de los Trabajadores, una escisión de tupamaros procedentes precisamente del FER; la Intergrupacional Universitaria, vinculada también al MLN–T; las Agrupaciones Rojas, surgidas hacia 1970 como rama estudiantil del MIR; el TER, Tendencia Estudiantil Revolucionaria; la AG 26, Agrupación Revolucionaria 26; el LER, Liga Estudiantil Revolucionaria; o el FEH, Frente Estudiantil de Humanidades, nacido en 1970 como coordinadora de todos los grupos de la Tendencia Combativa presentes en el CEH (Centro de Estudios de Humanidades) y sustituido pronto por la TER–H, Tendencia Estudiantil Revolucionaria de Humanidades.

Esta integración de la ROE en un movimiento más amplio, es lo que explica la militancia, por lo menos en los primeros años, hasta 1971, y a pesar de su pertenencia al armazón orgánico de la FAU, de activistas procedentes de otros grupos de la Tendencia Combativa, del entorno de los GAU y del MLN–T fundamentalmente. No obstante, el grueso de sus militantes pertenecía también a la FAU.

A pesar de la posición minoritaria, de la Tendencia Combativa interior de la CNT, con alrededor del 25% de los delegados, en el I Congreso Ordinario, celebrado en mayo de 1969, y las gentes de la ROE ganaron una de las dos vicepresidencias, que paso a ser ocupada por Hugo Cores.



La designación del resto de la cúpula “cenecista” reflejaba sin embargo la realidad interna de la central: en la Presidencia, José D`Elia Correa, de la FUECI y de tendencia socialista aunque próximo a los comunistas –no en vano ya integrara la cúpula de la UGT–, y en la otra Vicepresidencia, Wladimir Turiansky, de la AUTE, Agrupación de UTE, y responsable de prensa y miembro del Secretariado del Comité Central del PCU.

Por otro lado, para la acción directa, recurso imprescindible en la línea estratégica diseñada por la FAU para el movimiento sindical, la ROE desarrolló una estructura específica: los grupos de “Violencia FAI”, llamados así en homenaje a la FAI, Federación Anarquista Ibérica. Surgieron hacia 1970 y eran pequeños grupos de acción no armados que actuaban a través de dos o tres activistas encargados de dar apoyo a los conflictos obreros y de impulsar la agitación y la radicalización de las luchas callejeras. Hacia 1970–1971 había tres grupos de “Violencia FAI” y unos quince activistas implicados. Con frecuencia, firmaban sus acciones como Grupos de Solidaridad Obrera.

Aunque pertenecían a la ROE, los equipos venían a ser una estructura intermedia, a medio camino entre la acción sindical de la ROE y la acción armada de la OPR–33; en este sentido, seguían criterios de seguridad y compartimentación análogos a los de la OPR–33; además, estos grupos se convirtieron para muchos en una estructura formativa, un paso previo a su ingreso a la OPR–33.

La OPR-33

En la nueva concepción revolucionaria de la FAU, la lucha debía abarcar todos los planos, incluyendo la dimensión militar. Aunque era una concepción muy influida, como ya vimos, por la Revolución Cubana, la lucha armada en la FAU tenía un proceso previo: su origen en la acción directa, tan arraigada en la práctica anarquista. Será este origen el que determine que esta lucha fuera finalmente abordada desde posiciones bastante alejadas de la experiencia castrista, destacando en este sentido el rechazo explícito del foquismo, fundamento estratégico del MLN-T; entendían que la toma de conciencia de la población, imprescindible para la viabilidad del proceso revolucionario, era un objetivo inalcanzable a través, únicamente, de una estrategia que concibiese la lucha armada como el elemento polarizador y, al colocar al pueblo de un lado y al sistema represor del otro, como el elemento desencadenante del estallido revolucionario. La idea de una élite o vanguardia revolucionaria como guía y como generadora de la situación revolucionaria, era para la FAU una idea paternalista para con el pueblo, una idea en suma equivocada. El estado de conciencia del pueblo sólo se alcanzaría a través del trabajo con las masas, con

los estudiantes, en los barrios, con los obreros... En este diseño estratégico, el aparato armado debía estar al servicio de este trabajo político con el pueblo y su desarrollo debía ir parejo al desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, sin caer en la hipertrofia. Para la FAU, la lucha armada solo cobraba sentido en un contexto obrero–popular y su sobredimensión conducía al militarismo y a dinámicas propias y desprendidas del contexto social.

Por todo ello, cuando la FAU decide transitar definitivamente por el camino de las armas, apuesta por el desarrollo de un aparato armado sin capacidad de decisión política, con una autonomía sólo táctica, puesto que la organización política era competencia de la FAU, el centro neurálgico desde el que se actuaba en los otros campos; un aparato armado reducido, con una estructura pensada para acompañar, nunca sustituir, el accionar de los trabajadores; un brazo armado auxiliar de la Tendencia Combativa, del frente de masas, del trabajo político, que era donde debían volcarse los mayores esfuerzos. Esa estrecha unión de la lucha armada con la lucha obrera es lo que imprimió a la FAU una connotación única en la historia del movimiento armado uruguayo.

La de la FAU será así, una lucha armada diferenciada de la del resto del movimiento guerrillero latinoamericano, muy influido en aquellos años por el foquismo, la teoría inspirada en el Che y desarrollada por Régis Debray; será una lucha que prefería emular la de los grupos de acción anarquistas de la España de los años 20 y 30 del siglo pasado; una lucha que evitó siempre los hechos de sangre.

Con el desarrollo de su aparato militar, los miembros de la FAU no se convirtieron en los principales actores de la lucha armada del Uruguay, papel reservado para los tupamaros, pero formaron sin duda parte importante de ella. Su punto de partida debe buscarse en 1966, cuando ante el fracaso del Coordinador, la organización decidió desarrollar definitivamente un brazo armado propio. No obstante, sus primeros pasos por la senda de la lucha armada, apenas unas “recuperaciones económicas”, no se dieron hasta el invierno de 1968, en un contexto de creciente conflictividad social.

Una vez resuelta la apuesta por la lucha armada, la FAU asignó a la tarea a Juan Carlos Mechoso, convertido así, en el máximo responsable del aparato militar; junto a él, otros dirigentes y cuadros como su hermano Alberto Mechoso, llamado en la clandestinidad Andrés o “El Abuelo”, Adalberto Soba, alias Julio o “Plomito”, Joaquín Botero,

Héctor Santa Romero “Gomar”, Idilio de León “El Gauchito”, Alfredo Pareja Carambula o Aníbal Griot Avondet, alias “Campos”.

La organización armada, inicialmente sin nombre, se centró al principio en las “recuperaciones económicas”, generalmente “expropiaciones bancarias”, esenciales para la financiación de la organización y para el lanzamiento de la ROE. De hecho, el primer operativo de este incipiente aparato armado fue el asalto a la sucursal en la Teja del Banco UBUR (Unión de Bancos de Uruguay), ejecutado el 11 de marzo de 1968. La acción se repitió el 24 de agosto con una sucursal del Banco de La Paz.

Más adelante, en consecuencia con su concepción de lo que debía ser la lucha armada, comenzó a realizar también otro tipo de operativos, vinculados casi siempre a la lucha obrera: “expropiaciones” en empresas, ocupaciones armadas de fábricas, secuestros de miembros de la patronal más impopular y reaccionaria, etc.... Operativos a los que se recurría cuando las instancias puramente sindicales estaban agotadas.

1969 fue el año de la consolidación de lo que todavía era un aparato armado en estado embrionario. Fue el año en el cual la FAU decidió dar a conocer este brazo militar,

eligiendo para ello una fecha señalada: el 1º de mayo. No obstante, este propósito estuvo a punto de frustrarse por un incidente casual acontecido en abril: una explosión accidental en la vivienda de su máximo dirigente, J. C. Mechoso, percance producido cuando Hebert Mejías Collazo, el experto en explosivos de la organización, manipulaba un artefacto.

Si bien el suceso obligó a la organización armada a adoptar una estrategia defensiva, antes siquiera de darse a conocer, forzando la prematura clandestinidad de Mechoso, no llegó a alterar sus planes de presentación y finalmente, tal como estaba previsto, en la madrugada del 1º de mayo el aparato armado de la FAU comparecía ante la opinión pública con la firma de la “R”, la “R” de Resistencia. El operativo consistió en una serie encadenada de pequeños atentados contra varias oficinas de entidades bancarias, la sede de la Asociación de Diarios (la patronal de la prensa), las dependencias del COPRIN (Comisión de Productividad, Precios e Ingresos) y la residencia de la Misión Naval de la Embajada de USA en Montevideo. Apenas tres meses después, el 16 de julio, la nueva organización armada demostraba su espíritu de continuidad con dos nuevos operativos: un atentado contra el centro de computación del Banco Comercial,

acción de apoyo al gremio bancario, inmerso en una durísima huelga; y la que sería la operación más recordada de la "R", la sustracción en el Museo Histórico Nacional de la Bandera de los 33 Orientales, un verdadero símbolo nacional.

EXTREMISTAS DETENIDOS: PARTICIPARON EN EL ROBO DE LA BANDERA DE LOS 33

Cuatro extremistas detenidos en una casa de Colón por personal del Departamento N° 5 de la Dirección de Información e Inteligencia al mando del Comisario Justo Rodríguez Moroy, vienen siendo interrogados en la Jefatura. De las primeras actuaciones surge que por lo menos uno de ellos Heber o Ever Mejías Collazo "Jaimé" está directamente vinculado al comando que el 16 de julio del presente año, tras un asalto robo de la Casa del Gral. Lavalleja, sede del Museo Histórico Nacional, la histórica bandera que enarbolaron los Treinta y Tres Orientales, cuando la Cruzada Libertadora de 1825.

Las restantes personas capturadas en la granada y fábrica de bombas de la calle Calderón de la Barca casi esquina Avda. Lezaca son: el estudiante de Electrotecnia José Félix Díaz Bertrán, español, soltero, de 22 años, el empleado de la Sección Administraciones de Previsión del Banco de Seguros, Jaime Machado Ledezma, oriental, casado, de 37 años, la maestra de la Escuela del Hipódromo de Pardo, Elena Cándida Quintero Almeida "Claudia", compañera de Díaz, y América García Rodríguez "Mariela" o "Cuqui", compañera de Mejías.

El exitoso procedimiento

Mediante pacientes pesquisas el Comisario Justo Rodríguez Moroy y sus inmediatos colaboradores, el Subcomisario Edison García y los Oficiales Inyectores, Salvador Félix y Hugo Campos Heredia establecieron que hacia apenas siete días varios extremistas habían arrendado una casa en Calderón de la Barca 1953, en el barrio Colón.

Confirmado esto se allanó la vivienda y allí fueron sorprendidos Mejías Collazo, un elemento superviviente fugado desde el año 1966 y su compañera América García Rodríguez "Mariela" o "Cuqui". Esta pareja tiene una hija de tres años de edad que está a cargo de familiares de ellos, y otra criatura por nacer.

Ambos terroristas son los que tuvieron lesiones cuando explotó el laboratorio de Camino del Andaluz, meses atrás. Además Mejías era el bancario que iba a ser nombrado en 1966 jefe del Departamento de

una rastrea (policías esperando el arribo de otros sospechosos) en la finca y el procedimiento dio sus frutos.

Ayer al mediodía cayó en el lugar el bancario Jaime Machado Ledezma y en horas de la noche Elena Cándida Quintero Almeida.

Después se levantó la "sancera" el haberse dividido detalles de las actuaciones por varias radioemisoras y un despertador.

Le morir que artículo último tría a la granada un cargador de baterías que dijo lo había entregado para Mejías un tal "Juan". El viaje para llegar a la vivienda de Colón lo efectuó luego de terminar sus tareas de maestra en la aludida escuela de Pardo.

Lo que surge de las detenciones

Indudablemente todos los capturados son extremistas y Mejías es uno de los jefes de la organización, especializado en la fabricación de explosivos, habiendo galinado un curso en Cuba para cumplir esta misión. Según sus declaraciones el viaje a La Habana lo efectuó en el año 1963 en compañía de dirigentes del disidente grupo político MRO.

En poder de Mejías y su compañera hallaron dos pistolas calibre 45 con las cargas completas y dos revólveres calibre 38. También aparecieron numerosos papeles del grupo terrorista que hurto la bandera de los Treinta y Tres Orientales.

En sus primeras declaraciones dijo Mejías que últimamente no había participado en acciones de la organización, admitiendo que hace años consumó atentados contra firmas norteamericanas. Además era asiduo concurrente al "Club Finca" de la calle Heredia donde en 1960 cayeron los primeros terroristas tras el tiroteo de la calle Buzargat, la primera acción espectacular de los referidos grupos.

También Mejías y su compañera afirman que nada tuvieron que ver con el operativo de Pardo, aunque según sonidos a reconocimientos de las vicinas de los sangrientos asaltos.

De acuerdo a documentación localizada en la casa de la calle Calderón de la Barca, la gente que estaba conectada a Mejías planeaba asaltar contra las sedes de ODE, el Banco de la Nación Argentina de la Plaza Matriz, donde pensaban apoderarse de \$ 60.000.000 y la Catedral de Abores y Desuercos. También se hallaron papeles indicando que existían los planes de algunas figuras de la política na-



Heber Mejías Collazo "Jaimé" y su compañera América García Rodríguez "Mariela" o "Cuqui" dos de los cuatro extremistas detenidos en un escondrijo de Colón.

Tras un nuevo periodo operativo volcado a la obtención de recursos, en 1971 la FAU se sentía preparada para dar un paso más en la lucha armada, redefiniendo su brazo militar, asignándole más esfuerzos y activistas y apostando por operaciones más ambiciosas. Se daba inicio así, a una nueva etapa, una etapa en la cual el aparato militar anarquista, alcanzará su máximo desarrollo; una etapa en la cual será rebautizado con el nombre de OPR-33, Organización Popular Revolucionaria Treinta y Tres Orientales, "Chola" en clave; una etapa en la cual se mantendrán los operativos de "pertrechamiento", pero en

la cual el apoyo armado a los conflictos sindicales se convertirá en el centro de la línea estratégica: ocupaciones armadas de fábricas, como la de Plastilit, “retenciones” de empresarios, como los de Alfredo Cambón, de la papelera CICSA (Compañía Industrial de Cartón SA), o Sergio Molaguero, heredero de la fábrica de calzado Seral, etc....

Precisamente, el secuestro de Sergio Molaguero marcará un punto de inflexión para la OPR: la reacción represiva que desencadenó fue de tal magnitud que acorraló a la organización y acabó forzando su repliegue hacia la Argentina.

LA PRESIDENCIA DE BORDABERRY Y LA MILITARIZACIÓN DEL URUGUAY, PROLEGÓMENOS DEL GOLPE DE ESTADO

El contexto

El último año del mandato de Pacheco supuso el pistoletazo de salida hacia la militarización del país: el 9 de septiembre, sólo tres días después de una espectacular fuga tupamara del Penal de Punta Carretas, el Ejecutivo encomendaba la conducción de la lucha antisubversiva a las Fuerzas Armadas, que se pusieron al frente del resto de los cuerpos de seguridad del Estado y conformaron las llamadas Fuerzas Conjuntas. A partir de ese día, el rol de los militares en la vida política y nacional no hará sino crecer, ocupando poco a poco un lugar de preeminencia que ya no abandonarán durante décadas.

Fueron también unas elecciones marcadas por irrupción de la alianza de la izquierda, el FA, cuyo éxito, con cerca del 20% de los sufragios y 15 diputados, marcó la ruptura del tradicional bipartidismo uruguayo. La coalición nació el 5 de febrero de aquel mismo año como un proyecto unificador sin exclusiones, sumándose al mismo casi toda la izquierda: el PCU, el PDC y el PSU; otros partidos menores, como el MRO, los GAU, el Movimiento Socialista de Emilio Frugoni o el POR, Partido Obrero Revolucionario (Trotskista), veterana organización nacida hacia 1938; diversas disidencias del PN, como el MBPP, Movimiento Blanco Popular y Progresista, de Rodríguez Camusso o Patria Grande de Enrique Erro, y del PC, como el Movimiento Pregón de Alba Roballo o el PGP, Por el Gobierno del Pueblo, de Zelmar Michellini y Hugo Batalla. La FAU fue la única organización izquierdista de importancia que se quedó fuera. Incluso la guerrilla tupamara dio su apoyo crítico al FA, fundando en abril el M26, Movimiento 26 de Marzo, el instrumento de expresión de su línea política en el frente legal. Participaron también ciudadanos no sectorizados, como Liber Seregni Mosquera elegido presidente y candidato de la coalición.

Liber Seregni fuera el General que en 1968, cuando ocupaba la principal Jefatura del país, la de la Región Militar de Montevideo, rechazara el papel represivo asignado a sus tropas por el Presidente Pacheco Areco, solicitando su pase al retiro; el militar lideraba la corriente legalista de las FFAA, una corriente integrada por oficiales democráticos, que repudiaban el papel asumido por el Ejército y se negaban a aceptar la “obediencia debida” de la “doctrina de Seguridad Nacional”, instrumento ideológico empleado por las dictaduras del Cono Sur; estos militares defendían el carácter “profesional” de la carrera militar y el legado de las FFAA uruguayas, un legado de unas FFAA respetuosas con la vida social y política del país, satisfechas con su papel de institución pública al servicio de los ciudadanos, contrarias al avance y la consolidación de los posicionamientos “mesiánicos”, a su nuevo papel como actores protagónicos de la vida política y civil, de “salvapatrias”, de “guardianes del orden civil y de los valores nacionales”. Cada vez más en minoría, estos militares fueron poco a poco desplazados de sus puestos o acabaron pidiendo su pase a retiro; muchos de ellos se vincularon al FA, destacando junto a Seregni otros como el Coronel Zufriategui, designado Secretario del FA, el General Víctor Licandro, que pidió su pase a retiro también

a fines de los 60, el Coronel Cesar Viglietti, el General Gerónimo Cardozo, que se insubordinó en 1974, el General Arturo Baliñas, los coroneles Pedro Ahuerrey Pedro Montañez, detenidos ya en 1971 y encarcelados entre 1976 y 1984, el Coronel Oscar Petrídes, que paso al retiro en 1971 y fue juzgado en 1976 por sus simpatías con los comunistas, los brigadieres generales Walter Martínez o Ariel Pérez, los mayores Milton Techera o José Luis Vallimal, el Coronel Carlos Zufiategui...

El de 1971 fue también un año definido por el electoralismo de la política económica del Ejecutivo, que manipuló hábilmente las variables económicas y supo abrir un paréntesis en la aplicación de las recetas fondomonetaristas, congelando el dólar, decretando una significativa subida de las pensiones y otorgando un aumento salarial inesperado, superior casi en un 100% al reclamado por la propia CNT. Gracias a esta estrategia, Pacheco se ganó el apoyo de los sectores populares menos penetrados por las organizaciones de izquierdas, apoyo que le permitió revalidar para su partido la mayoría parlamentaria y la Presidencia de la República en la Elecciones Generales de noviembre. El de Pacheco fue, sin embargo, un éxito parcial, puesto que aunque se aseguró

la continuidad de su fracción, su propuesta de reforma del artículo de la Constitución que impedía la reelección presidencial, planteada en un plebiscito celebrado conjuntamente con los comicios, no alcanzó la mayoría requerida (mayoría absoluta de los votantes y 35% de los habilitados), debiendo dejar paso a su “delfín”, Juan María Bordaberry, hasta entonces su Ministro de Agricultura y Ganadería. Así, y después de un escrutinio bajo sospecha que se prolongó durante más de dos meses, el 1 de marzo del 72 Bordaberry fue investido Presidente de la República de Uruguay.

Bordaberry asumió el gobierno con las MPPS vigentes, con más de un centenar de presos políticos detenidos a su amparo y con las FFAA a la cabeza de la lucha contrainsurgente. Superado el paréntesis electoral, la política económica retornó de inmediato a la concepción neoliberal del “pachequismo”. Como primeras medidas, el nuevo ejecutivo resolvió una devaluación monetaria del 100% y el envío al Parlamento de un proyecto legislativo, la Ley de Seguridad del Estado, que suponía un paso más en la deriva represiva, aumentando las penas para los que “atentasen” contra la Constitución; en las semanas siguientes, el Gobierno duplicó el precio de los

combustibles, limitó el consumo de carne, aumentó un 90% las tarifas eléctricas y elevó el precio de cientos de artículos de consumo en casi un 40%, todo ello mientras los salarios del sector industrial, por ejemplo, sólo crecían un 20%.

En este contexto, los primeros meses de 1972 no hicieron sino confirmar la agudización del conflicto interno y la violencia política. La CNT y el movimiento estudiantil enfrentaron la política del Gobierno, multiplicando los conflictos. Al mismo tiempo, el desafío de la guerrilla se acentuó: mientras que la OPR y las FARO alcanzaban su máxima operatividad, el MLN-T, proclamaba el fin de su tregua armada unilateral, declarada con motivo de las elecciones; los tupamaros mantenían secuestrados a Ulises Pereira Reverbel, mano derecha de Pacheco, Carlos Frico Davies, exministro de Ganadería y Agricultura, y Ricardo Ferres, empresario; la lista se incrementaba con la captura, el 28 de enero, de Nelson Bardesio Marzoa, fotógrafo técnico de la policía e integrante del Escuadrón de la Muerte, y el 12 de febrero, de Homero Fariña, redactor del diario "Acción".

La respuesta del Estado y de los militares fue la brutalidad, la generalización de la tortura como procedimiento sistemático y el desarrollo del

paramilitarismo, que no dejaba de ser “terrorismo de Estado”.

En abril de 1972, aprovechando la violencia desatada por los tupamaros contra los paramilitares, el Congreso declaró el Estado de Guerra Interno y suspendió las garantías individuales. Las detenciones de militantes y activistas, generalmente imputados de colaboración con las organizaciones armadas, fuera o no cierta, se convirtieron en una rutina. El país asistió a la aplicación sistemática de las torturas, cuya intensidad y características eran desconocidas en el Uruguay; las prácticas enseñadas a los agentes de algunas dependencias policiales fueron asumidas por los militares, que las utilizaron como rutina cotidiana; la tortura se convirtió en un hecho cardinal en la vida del Uruguay y marcó un antes y un después en su historia; algunas estimaciones hablan de unas 4.500 víctimas de este brutal método represivo a lo largo de 1972; fue el llamado por el periodista Carlos Quijano “año de la furia”, el año en que se pasó el punto de no retorno, un *in crescendo* cruel e inhumano que incluyó todo tipo de brutalidades, violaciones y muertes: la capucha, la picana, el potro, el tacho, el submarino, el plantón, el caballete... Montevideo se transformó en una ciudad aterrorizada por las sirenas

de las camionetas de la represión. Uruguay comenzó a convertirse en una gran cámara de torturas.

Además, la violencia ya no era patrimonio de la izquierda revolucionaria y de las fuerzas del orden, comenzando a multiplicarse los atentados de la ultraderecha. La situación empeoró mucho a partir del invierno de 1971: la desaparición del estudiante Abel Ayala Alvez, sin filiación política, el 16 de julio, 14 atentados del DAM (Defensa Armada Nacionalista, según otras fuentes, DAM, en recuerdo del agente de la CIA Dan Anthony Mitrione, asesinado por el MLN-T), el 21 de julio, otros siete, además de baleamientos a domicilios de militantes o a locales vinculados al FA, el 23 del mismo mes, el asesinato de Manuel Ramos Filippini, simpatizante del MLN-T, por el Comando Caza Tupamaros el 6 de agosto, la desaparición del militante liceal Héctor Castagnetto el 17 de agosto... y así hasta más de 150 atentados en once meses, entre julio de 1971 y junio de 1972, 60 de ellos durante los primeros cuatro meses del 72. A pesar del secretismo propio de la naturaleza de estos grupos, con el tiempo fueron apareciendo diversos testimonios que arrojaron luz al respecto; así, a las “Actas de Bardosio”, las declaraciones de Nelson Bardesio Marzoa, un fotógrafo policial e integrante de uno de estos grupos forzado a confesar

durante su secuestro por el MLN-T, se fueron añadiendo luego el libro de Ralph W. McGehee, un agente “arrepentido” de la CIA, o la posterior desclasificación de documentos en USA. Gracias a todo ello, hoy se sabe que estos grupos, conocidos como Escuadrones de la Muerte o CCT, Comandos Caza Tupamaros, estaban coordinados con las más altas esferas del Estado y recibían órdenes directas del Ministro del Interior, Danilo Sena; también se sabe que tuvieron vínculos con los servicios de la Embajada de USA (la CIA, con William Cantrell, el FBI, ...) y que estuvieron también implicadas otras legaciones diplomáticas, de países de la región con dictaduras, como Brasil y Paraguay, al igual que agencias como la USIS, United States Information Services, o la AID, Agencia para el Desarrollo Internacional; también que detrás de los CCT estaba gente como el Coronel Walter Machado los comisarios José P. Machi y Hugo Campos Hermida o los inspectores Víctor Castiglioni, Jorge Grau o Pedro Fleitas. También se tiene conocimiento de la existencia de al menos cinco de estos grupos: el Grupo de la Guardia Republicana, creado por Carlos Pirán, político colorado y compañero de la fórmula presidencial de Pacheco Areco en e 1971; la JUP, Juventud Uruguaya de Pie, armada por la Jefatura de Policía a través del empresario y fascista Miguel Sofía, hombre de

confianza del Ministro de Interior Armando Acosta y Lara; la DAN, formada por el General Juan P. Ribas, uno de los candidatos presidenciales del PC en el 71; el grupo del SID, Servicio de Inteligencia de Defensa, dirigido por el Capitán de corbeta Ernesto Motta; y el grupo del Capitán Mario Risso, ex jefe del M-2, el servicio de inteligencia de la Marina. Los locales de las organizaciones del FA, algunas librerías “progresistas” y las casas de izquierdistas reconocidos –militantes, defensores de presos políticos, familiares de detenidos especialmente “molestos”, profesores– fueron objetivos habituales de las bombas y balaceras intimidatorias de los paramilitares; fue este el caso de los abogados Hugo Fabbri, Alejandro Artucio, Mario dell`Acqua, María Esther Gilio o Arturo Dobra, del arquitecto Antonio Malet o el doctor Manuel Liberoff. Otros tuvieron peor suerte, como los estudiantes Abel Ayala Álvarez, sin militancia conocida y secuestrado y desaparecido en julio de 1971; Antonio Ramos Filippini, un simpatizante, que no activista, del MLN-T secuestrado y asesinado, también en julio del 71, por el CCT Óscar BURGUEÑO; Ibero Héctor Gastagnetto de Rosa, estudiante y militante de la agrupación estudiantil ERU raptado, torturado y ejecutado en agosto de 1971; Gutiérrez González, militante del FEUU y del FA secuestrado,

torturado y asesinado en febrero de 1972; o Nelson Rodríguez Muela, militante de Agrupaciones Rojas asesinado en agosto del mismo año en su liceo por un grupo de la JUP.

Y 1971 fue también el año de la vuelta a la legalidad de las organizaciones del “Acuerdo Época”. Por lo que respecta a la FAU, esta vuelta abrió una nueva etapa, una nueva etapa definida paradójicamente, y sobre todo en sus inicios, por su aislamiento en el conjunto de la izquierda; una etapa definida también por un mayor desarrollo del brazo armado, la OPR, y por el avance dentro de la organización de las posiciones que defendían la necesidad de una refundación, de una redefinición ideológica y organizativa definitiva, que rompiese con su aislamiento y superase las contradicciones de la síntesis anarco-marxista.

La FAU en 1971: el FA y el aislamiento

El 7 de octubre de 1970, un grupo de ciudadanos alentados por el triunfo en Chile de la UP, Unidad popular, de Salvador Allende, producida sólo unas semanas antes, hacían un llamamiento público de unidad a *“todas las*

fuerzas políticas del país que se opongan a la conducta antipopular y antinacional del Gobierno, con vistas a establecer un programa con el que superar la crisis estructural del país... y reintegrar al pueblo el ejercicio pleno de las libertades individuales y sindicales”. El llamamiento se hacía ante la oportunidad de una próxima instancia electoral, los comicios de noviembre de 1971, y contó con la firma de destacadas figuras del progresismo uruguayo, como Eugenio Petit Muñoz, reconocido historiador, profesor y escritor, el periodista Carlos Quijano, que fuera cofundador y director del semanario “Marcha”, el prestigioso arquitecto Carlos Herrera Mac Lean, Carlos Martínez Moreno, renombrado abogado y escritor vinculado también como periodista a “Marcha”, el sindicalista Héctor Rodríguez, cofundador de los GAU, el analista político y periodista Oscar Bruschera, que también escribía en “Marcha”, el pedagogo, periodista y maestro Julio Castro, otro cofundador de “Marcha”, del que era en el momento de su cierre director y redactor responsable, el profesor y sindicalista José D’Elia, Presidente de la CNT, o el General Arturo Baliñas, representante de la corriente democrática de las FFAA.

El 1 de enero de 1971, a menos de un año de las elecciones nacionales, el Ejecutivo uruguayo derogaba el

decreto de ilegalización de las organizaciones firmantes del “Acuerdo Época”. Tan sólo un mes después, el 5 de febrero, nacía el FA. Por fin, tras los intentos del PSU y del PCU a comienzos de los 60 (la UP y el FIDEL respectivamente), se alcanzaba la unidad política de la izquierda. La multitud que acompañó el discurso de Liber Seregni en el primer acto público de la coalición, celebrado en la Plaza de la Intendencia Municipal de Montevideo el 26 de marzo de 1971, demostró el entusiasmo que el nacimiento del FA despertara en los ciudadanos de izquierdas.

Al salir de la clandestinidad, la FAU mantuvo sus posicionamientos revolucionarios y descartó en consecuencia toda estrategia electoralista, rechazando de este modo su participación en las elecciones de 1971 y su ingreso en el FA. Su decisión obedecía más a fundamentos tácticos que a razones ideológicas. La organización se había alejado, hacía tiempo, de la tradición libertaria, careciendo ya de las inhibiciones que el anarquismo más ortodoxo podía tener ante el parlamentarismo y el juego electoral; su propia trayectoria, compartiendo incluso la dirección de la central única, de la CNT, un organización legalista y dominada por los comunistas, era buena prueba de ello. Los motivos esgrimidos aludían más al espacio de

lo contextual: para la dirección de la FAU, la vigencia de las MPPS, con el encarcelamiento de presos políticos, los allanamientos domiciliarios, las redadas y controles arbitrarios, los despidos ejemplarizantes o la intervención de la enseñanza, convertían la convocatoria de “elecciones libres” en una farsa; ante la situación de “dictadura constitucional”, la participación en el juego electoral se consideraba, sencillamente, tácticamente errónea.

El proyecto del FA como esfuerzo unificador de la izquierda uruguaya alcanzó tal dimensión que provocó el aislamiento de las escasas organizaciones que no participaron del mismo, de las cuales la FAU era la más importante de ellas. La idea de la de unidad como modo de frenar al totalitarismo consiguió atraer incluso a la izquierda revolucionaria en la cual se encuadrara hasta entonces la organización anarquista: el MRO, los GAU, el PSU, y a su manera el MLN, se sumaron sin dudarlo a la coalición de la izquierda. La soledad de la FAU se evidenció nítidamente en la posición de la ROE dentro de la Tendencia Combativa, donde los GAU, hasta entonces estrechos colaboradores de los anarquistas, comenzaron a coordinarse más con los grupos del FA con inserción sindical, como los socialistas o el M26, el brazo político de los tupamaros, configurándose al interior de la Tendencia

la “Corriente”, un nuevo espacio que dejaba fuera a la ROE.

Además, la ilusión y la esperanza que el FA despertó en las gentes de la izquierda provocaron el alejamiento de no pocos simpatizantes de la organización anarquista, descontentos ante su actitud frente al proceso unificador, sobre todo activistas próximos a la ROE atraídos por el M26. El entusiasmo generado por la alianza de izquierdas era compartido incluso por buena parte de las bases “leales” de la FAU, sobre todo en la ROE, siendo muchos los que participaron en los “Comités de Base” del FA y contravinieron la consigna del voto nulo, votando en los comicios por alguna de las listas frenteamplistas, sobre todo por las de Patria Grande, encabezadas por Enrique Erro y por el líder del MRO, de Ariel Collazo, cuya libertad dependía de la renovación de su inmunidad parlamentaria.

Ante su aislamiento, la FAU apostó por volcar esfuerzos en la ROE y dar un salto cualitativo en la lucha armada, redefiniendo su brazo armado, rebautizado como OPR-33. El objetivo de la organización era levantar una propuesta alternativa, una estrategia de difícil cumplimiento al ir contracorriente del resto de la izquierda.

El debilitamiento de la organización se acentuó con el encarcelamiento de no pocos de sus miembros. A pesar de la salida de la clandestinidad, los activistas de la FAU–ROE debieron sufrir, desde el mismo momento de su legalización, la ofensiva represiva lanzada por Pacheco contra el sindicalismo, que llenó, al amparo de las MPPS, las cárceles y cuarteles del régimen de presos políticos. De la estructura organizativa de la FAU, la ROE fue la más afectada, siendo muchos los militantes detenidos. Tampoco la cúpula de la organización se salvó de la cárcel, siendo arrestados sus principales dirigentes: en marzo, Mauricio y Gerardo Gatti; en abril, Hugo Cores; y en octubre Raúl Cariboni. A finales de año, los únicos miembros del Secretariado Ejecutivo de la FAU que permanecían en libertad eran León Duarte y un “clandestino”, J. Carlos Mechoso, el jefe de la OPR.

La FAU intentó tomar la iniciativa en noviembre, cuando los militantes encarcelados de la ROE, encabezados por Hugo Cores y Gerardo Gatti, iniciaron una huelga de hambre con la que denunciar la ilegitimidad de un proceso electoral a celebrar mientras las cárceles estaban llenas de presos políticos. Sin embargo, la medida solo sirvió para evidenciar de nuevo el aislamiento político y mediático de

la organización y apenas tuvo resonancia, siendo abandonada a las dos semanas.

La FAU en 1972: la Instancia y la superación del aislamiento

Se llegó así, a comienzos de 1972, con una FAU arrinconada y debilitada, con una pérdida significativa de simpatizantes y de influencia, situación que contrastaba con el claro crecimiento del resto de la izquierda, especialmente del PCU y del M26.

Esta situación reabrió el debate sobre el FA, impulsado fundamentalmente por tres jóvenes cuadros procedentes del frente estudiantil de la ROE: Pablo Anzalone, Jorge Zaffaroni y Francisco Calleros. La discusión ocupó gran parte de las reuniones preparatorias del Congreso de 1972, llamado La Instancia.

La Instancia vino a cubrir una necesidad requerida por los grandes cambios acontecidos en los últimos cuatro años, desde la celebración las últimas elecciones internas de la FAU. Cuatro años en los que el contexto sociopolítico y

económico del Uruguay, inmerso en el proceso de aceleración histórica, cambio profundamente. También cuatro años, en los que la FAU, sumida en el proceso de redefinición ideológica iniciado desde el mismo momento de la ruptura de 1965, experimentara una honda, pero incompleta evolución doctrinal y estratégica que se hacía necesario concluir. Las contradicciones ideológicas emanadas de la pervivencia de un legado anarquista frente a la aceptación de muchos de los postulados del marxismo revolucionario, las grandes dificultades para transmitir esta síntesis doctrinal de forma clara y sencilla a la militancia y a la clase trabajadora o el propio debate sobre el FA, cerrado en falso, exigían una respuesta congresual y ésta comenzó a plantearse a lo largo de 1971.

El encargado de redactar el documento base a tratar en el futuro evento congresual fue Raúl Cariboni. La Instancia estuvo precedida de un intenso debate abierto con motivo de la misma y durante el cual se discutió la ideología, la lucha armada o la situación del país. Anzalone, Zaffaroni y Calleros elaboraron un documento llamado el “Acta del 4º Nivel”, una dura crítica a la falta de coherencia ideológica de la organización y al funcionamiento de la ROE, rechazando la estrategia “espontaneista” y “seguidista” de ésta, siempre a remolque del movimiento de masas, y

alertando sobre la necesidad de la constitución del “partido”. El diagnóstico de Cariboni incidió, una vez más, en este problema de indefinición ideológica; defendía la necesidad de un programa, un armazón ideológico propio, y de abandonar el “voluntarismo” como su sustituto.

La necesidad de un nuevo partido, aceptada cada vez con más fuerza dentro de la organización, absorberá gran parte de sus esfuerzos a partir de 1973, centrando la etapa de la FAU en el exilio y culminando en el invierno de 1975 con el nacimiento en Buenos Aires del PVP, Partido por la Victoria del Pueblo.

Respecto al FA, Anzalone, Zaffaroni y Calleros defendían que la integración en el FA y la lucha armada no eran incompatibles; entendían que si bien el FA se concibiera como una alternativa de la izquierda a la propuesta armada, el anhelo de una unidad sin exclusiones permitió que la coalición acabara gestándose como un proyecto lo suficientemente amplio como para integrar en su seno a organizaciones vinculadas a la lucha armada, como era el caso del MRO y del M26; además, tal lucha aún despertaba grandes simpatías en amplios sectores de la militancia frenteamplista.

En cuanto al aislamiento en la que la dejara su posición ante la fundación del FA y las elecciones de noviembre de 1971, la FAU, decidida a cambiar las cosas, intenta aprovechar la liberación de los presos políticos de la ROE, acontecida en diciembre, tras la celebración de las elecciones, cerrando filas con la organización a comienzos de 1972 de un gran acto público de celebración. El acto, celebrado el 4 de enero en el Paraninfo de la Universidad, contó con la afluencia de una gran multitud y tuvo como principales oradores a tres pesos pesados de la organización: Gerardo Gatti, León Duarte y Hugo Cores. Este acto y la realización de la Instancia, con la celebración de elecciones internas, permitieron a la FAU recuperar la confianza en su fortaleza.

A lo largo de 1972, la FAU se fue recuperando de este aislamiento. El estrechamiento de relaciones con el FER y el FRT, muy evidente a partir del otoño, ayudó sin duda a ello. También, lo hicieron el remate del año electoral, que condicionara la actuación del resto de la izquierda, y la campaña de movilizaciones a favor de los presos políticos y contra las torturas, que facilitó el acercamiento a la “Corriente”, el espacio frenteamplista formado dentro de la Tendencia.

Así, en el invierno, la ROE lanzó junto a los GAU y el M26 la llamada “Operación Verdad”, que trataba de abrir los ojos de la opinión pública a la realidad de los presos políticos y de los excesos cometidos contra ellos en cárceles y cuarteles. La campaña por los presos culminó en julio y agosto, cuando decenas de miles de trabajadores se movilizaron bajo la consigna de “liberar a los presos por luchar”; las movilizaciones, casi siempre fuertemente reprimidas, alcanzaron su cenit en la primera mitad de agosto, destacando las manifestaciones del 4 y 14 de este mes, convocadas por una CNT arrastrada por sus sectores más dinámicos.

En este contexto, la ROE promovió la realización de un acto de homenaje a Sacco y Vanzetti con motivo del 45^a aniversario de los “Mártires de Boston”. El mitin, convocado a través del Comité Obrero Sacco y Vanzetti y celebrado el 23 de agosto en el Teatro Artigas, se transformó en un acto por la liberación de los presos y obtuvo una respuesta masiva, con *“cinco o seis cuadras tupidas de gente”* (Hugo Cores), convirtiéndose en el último acto de masas de la izquierda radical uruguaya. En el mitin hicieron uso de la palabra Gerardo Gatti y Hugo Cores por la ROE, Armando Rodríguez por el M26, Enrique Erro por la UP, Zelmar Michellini por la Agrupación Avanzar

y un compañero del sindicato argentino CGT, Confederación General del Trabajo. Rematado el acto, Hugo Cores y Gerardo Gatti fueron requeridos por la policía, debiendo pasar a la clandestinidad.

Por otro lado, la profundización de la FAU en su evolución ideológica, cada vez más próxima al marxismo y más alejada de sus orígenes anarquistas, tuvo su reflejo en la ROE, que avanzaba poco a poco hacia posiciones cada vez menos asamblearias y más centralistas, perdiéndose de este modo la idea de un funcionamiento horizontal. Esto generó cierto descontento en algunos sectores y provocó incluso algún abandono, destacando el de la AMUT, Agrupación Militante de la Universidad del Trabajo.

El prólogo de la dictadura: mayo de 1972, la ofensiva tupamara y la militarización del país

En el verano de 1972, el MLN-T anuncia a la FAU su intención de pasar a una “etapa superior de lucha”, una etapa definida por el lanzamiento de una ofensiva revolucionaria contra el paramilitarismo, contra el

Terrorismo de Estado, aspiración muy sentida y reclamada desde las organizaciones de masas.

El día elegido fue el 14 de abril; esa mañana, los comandos tupamaros mataban a tres personas vinculados a los Escuadrones de la Muerte: el Subcomisario Oscar Delega Luzardo, el Capitán Ernesto Motto y el ex-Subsecretario del Interior Armando Acosta y Lara. El plan incluía más objetivos, como el subcomisario Juan J. Reyes, el fascista Miguel Sofía o el Capitán Jorge Nader, pero diversas circunstancias impidieron a la guerrilla llevarlos a buen término.

A partir del 14 de abril de 1972, comienza otra historia en el Uruguay, otro nivel de violencia. Aquel día se produjo un quiebre histórico que determinó el futuro del país en los siguientes treinta años.

Aquel mismo día el Gobierno solicitaba al Parlamento la venia para instaurar el Estado de Guerra Interna y, ya por la tarde, las Fuerzas Conjuntas desataban una brutal contraofensiva que incluyó la muerte de ocho tupamaros, incluido el dirigente Jorge Candán Grajales, la detención de otros trece activistas, siete de ellos heridos, y el asesinato de dos simpatizantes de la guerrilla, el periodista Luís Martirena y su esposa Ivette, ésta, según se supo años

después, ejecutada a bocajarro por el inspector Víctor Castiglioni. Entre los guerrilleros capturados estaban dos miembros de la cúpula tupamara: Eleuterio Fernández Huidobro, gravemente herido, y David Cámpora. En sólo ocho horas doce personas habían muerto de forma violenta, ocho del lado guerrillero, cuatro del otro bando. A todo ello sumar el violento e injustificable allanamiento de la sede central del PCU, tan sólo un adelanto de la matanza perpetrada en la Seccional 20 dos días después, el 17 de abril: la llamada “Masacre de la 20” remató con el asesinato de ocho militantes, algunos de ellos agonizantes durante horas, hasta que los militares permitieron el acceso de los servicios sanitarios al local.

El mismo 14 de abril, el MLN-T trató de explicar su ofensiva dando a conocer las confesiones de Nelson Bardesio, pero esta estrategia no bastó para contrarrestar el efecto de veinte muertos en cuatro días.

Mientras el Parlamento, presionado por el Ejecutivo y por la violencia de la jornada, daba luz verde, aquel mismo día, el 14 de abril, y en una tensa sesión vespertina, a la declaración del Estado de Guerra Interno y la suspensión del derecho a la seguridad individual. Algunas fuentes señalan que tal medida ya fuera acordada en una reunión secreta de la jerarquía militar y representantes de los

partidos mayoritarios, el PN y el PC; la supuesta reunión se habría celebrado el 6 de abril, así pues, diez días antes de la ofensiva guerrillera, que no habría sido sino la excusa perfecta para justificar públicamente tal decisión. Con la declaración del Estado de Guerra, los militares adquirieron un poder enorme, impropio de un régimen constitucional: su “guerra sucia” contra la subversión tenía las manos libres para eludir el poder judicial y las garantías constitucionales; el delito de lesa nación pasó a ser un delito militar y en consecuencia, la justicia castrense comenzó aplicarse también a los civiles.

Ya sin obstáculos legales de ningún tipo, la represión contra el MLN-T y los espacios próximos fue fulminante: el allanamiento de cientos de locales, la detención de miles de personas y la institucionalización de la tortura, convertida en la práctica habitual de los interrogatorios, dieron sus frutos y provocaron el descalabro de la poderosa organización guerrillera, que en pocas semanas fue militarmente derrotada. Cientos de activistas fueron muertos o detenidos y sus principales líderes siguieron, uno tras otro la misma suerte; el 9 de septiembre de 1972, la captura de Raúl Sendic, gravemente herido, el último dirigente histórico en libertad, marcó el fin de la organización armada.

Pero la ofensiva militar no se limitó a derrotar a los tupamaros, su principal objetivo, asestando también duros golpes a las infraestructuras de las demás organizaciones revolucionarias. La FAU-ROE no fue una excepción, siendo detenidos no pocos militantes y dirigentes, sobre todo tras el secuestro por la OPR del industrial Sergio Molaguero; en mayo fueron detenidos León Duarte y Washington Pérez y en agosto Gerardo Gatti y Hugo Cores, requeridos por la justicia militar, debieron pasar a la clandestinidad. A finales de año le tocó el turno al PCR, el heredero del MIR.

La OPR en 1972

Por estas fechas la dirección de la OPR, “Aguilar” en el lenguaje de la clandestinidad, estaba integrada, entre otros, por J. C. Mechoso, Mauricio Gatti, alias “Sebastián”, y Alfredo Pareja.

Aquel año, el aparato militar de la FAU intentó actuar con autonomía, pero debió hacerlo en un escenario pautado por otros, un escenario que no tenía previsto y para el que no estaba preparado, sufriendo también el

envite de las Fuerzas Armadas. Así, el aviso tupamaro sobre su inmediata ofensiva contra los Escuadrones de la Muerte, no influyó en los planes de la organización, que decidió mantener, e incluso incrementar, su actividad; prácticamente no hubo discrepancias al respecto, destacando tan sólo las críticas de Hebert Mejías Collazo, que apostaba por una suspensión temporal de las operaciones; en contra de lo que podría esperarse, la escalada represiva desencadenada a partir del 14 de abril no hizo variar las posiciones de la dirección de la FAU y la OPR quemó sus últimos cartuchos.

Fue así, como en el otoño de 1972, en plena contraofensiva militar, pero con su estructura armada aún intacta, la FAU resuelve secuestrar a Sergio Hugo Molaguero, hijo del poderoso empresario José Hugo Molaguero, un significado representante del sector más reaccionario de la patronal uruguaya. Molaguero era el propietario único de la fábrica de calzados SERAL, ubicada en la ciudad de Santa Clara, en el Departamento de Canelones; dirigía su empresa de forma absolutamente caciquil, incumpliendo todas las normas y acuerdos laborales, cometiendo todo tipo de arbitrariedades y respondiendo con el despido a la más mínima protesta. Su hijo Sergio trabajaba también en la fábrica y colaboraba

activamente en la labor represiva; algunas fuentes lo relacionan con la ultraderecha, con vínculos con la UJP o con los Grupos Fascistas. El conflicto recibiera el apoyo incondicional de los vecinos de la localidad y de otros muchos gremios, organizaciones y trabajadores, como la FAU y el Sindicato de FUNSA, con Washington Pérez y León Duarte, la UF, Unión Ferroviaria, o los obreros de Portland o CICSA, pero duraba ya cerca de medio año y la intransigencia de Molaguero contaba con el respaldo de las Fuerzas Conjuntas, que militarizaron la empresa y toda la ciudad, reprimiendo brutalmente todo acto de protesta.

En estas circunstancias, el operativo de la OPR fue concebido como un acto de solidaridad y apoyatura armada a un conflicto sindical sin visos de solución, formando parte, así pues, de la línea de acción habitual de la FAU-OPR. Sin embargo, la variación del contexto nacional, con la ofensiva tupamara y la reacción represiva del Estado, le dio otra significación.

La OPR ejecutó el operativo en la madrugada del 11 de mayo. Al frente del comando, Alberto Mechoso, alias “El Abuelo” o “Martín”, acompañado, entre otros, por Adalberto Soba “El plomito” e Ivonne Trías, “Lola”. La acción se llevó a cabo sin incidencias y los secuestradores no tardaron ni 24 horas en transmitir sus exigencias: una

indemnización de 20.000 pesos para cada trabajador de la empresa, el reparto de ropa y material escolar entre los niños de los barrios populares de Santa Clara, un acuerdo laboral público que incluyese el cumplimiento del convenio, el pago de los salarios debidos, la readmisión de los despedidos, el reconocimiento de la UOS, Unión Obrera de Seral, y una “compensación económica” para la OPR.

Sin embargo, las FFAA, envalentonadas por el desmoronamiento del MLN-T, presionaron a la familia Molaguero para que rechazara las negociaciones con los sediciosos, postergando la liberación del retenido durante más de dos meses y poniendo al pequeño aparato armado de la FAU al límite de sus capacidades. Los militares multiplicaron los allanamientos y las detenciones y se cebaron en el entorno sindical ligado al conflicto de SERAL, apresando a León Duarte, a Washington Pérez y a los líderes de la UOS, como Julio Ojeda o Hida Moreira. La OPR y sus hombres vivieron también situaciones complicadas y momentos muy difíciles, con una caída en cadena de los locales donde estuviera retenido la víctima: el 4 de julio era descubierto un piso franco en la calle Rafael, en el Barrio de Maroñas; al día siguiente caía otro local en la calle Humberto Primo... El mismo jefe militar de la FAU, Juan Carlos Mechoso, estuvo a punto de ser capturado a

finales de julio, cuando los militares allanaron el piso en el que vivían su mujer y sus dos hijos. Poco a poco, el cerco se iba estrechando. El escondite estuvo a punto de ser descubierto en varias ocasiones, pero el retenido fue trasladado a tiempo. Así, la OPR pudo completar el operativo con éxito y el 19 de julio, tras el cumplimiento de las exigencias de los guerrilleros, Sergio Molaguero era liberado.

Tras la liberación, las Fuerzas Conjuntas mantuvieron su presión, continuando con los allanamientos y las detenciones, incluidos no pocos militantes sindicales y estudiantiles del entorno de la FAU-ROE, muchos de ellos sin vinculaciones con la organización armada. La tenaza represiva siguió cerrándose en las siguientes semanas y al tiempo que la infraestructura de la organización menguaba, decenas de activistas “legales” de la OPR debían pasar a la clandestinidad o eran detenidos: el 30 de julio era apresado Jorge Vázquez Rosas, alias “Marcelo”, miembro de uno de los equipos de la OPR implicados en el secuestro; el 5 de agosto caía el refugio de otro de los comandos encargados del operativo, un piso en la calle Adolfo Vaillant; pocas horas después, en la madrugada del 6 de agosto, eran detenidos dos de sus ocupantes, Alberto Mechoso e Ivonne Trías, dos de los principales cuadros de

la organización; el 11 de octubre el capturado era Cesar Martínez, miembro de otro equipo implicado; el 14 de octubre se suicidaba, ante la inminencia de su captura, Olivar Caussade, el “Viejo Pocho”, el responsable de la construcción de los escondrijos de la organización (zulos, pozos, berretines...)...

El desafío le había costado caro a la OPR y la organización debió pasar definitivamente a la defensiva. De hecho, tras el secuestro de Molaguero, su único operativo de entidad fue la breve retención, de menos de 24 horas, del periodista Héctor Menoni, que sería el último secuestro de la guerrilla uruguaya y que no fue sino una prolongación del operativo de Sergio Molaguero, la respuesta de la FAU-OPR a la, a su juicio, difamatoria campaña desplegada por la prensa afín al régimen con la colaboración de Molaguero, que, tras su liberación, denunció golpizas y malos tratos por parte de sus captores. Menoni, responsable de la Agencia de Noticias UPI, United Press International, fue secuestrado el 28 de julio y fue liberado al día siguiente, tras facilitársele un informe detallado sobre las condiciones laborales de SERAL y sobre el trato recibido realmente por Molaguero durante su secuestro.

A partir de entonces, sólo más detenciones y algunos pequeños operativos sin mayor trascendencia. Sólo la fuga

de Alberto Mechoso, el 21 de noviembre, inyectó algo de optimismo a una organización en clara retirada.

1973: el repliegue de la FAU

La FAU supo interpretar con gran acierto la situación del Uruguay y la escalada militar, supo ver que el espacio político del país era una dictadura inminente, adelantándose al Golpe de Estado y aprobando en abril de 1973 la evacuación de la organización hacia la Argentina. Ello le permitió, a diferencia de las otras fuerzas políticas de la izquierda, conservar casi intacto su aparato organizativo.

En 1973 la represión siguió avanzando y la FAU tenía cada vez más dificultades para dar refugio al creciente número de activistas que debían pasar a la clandestinidad. El 24 de marzo, la organización sufre un duro golpe con la caída de parte de su cúpula militar, reunida en “Torres”, nombre en clave del local que la OPR tenía como “Centro de Información” en el Barrio de La Aguada: la noche de aquel sábado, Juan Carlos Mechoso, Alfredo Pareja y Raúl

Cariboni fueron detenidos en un gran operativo de las Fuerzas Conjuntas y sólo la fortuna impidió la captura del resto de la dirección armada de la FAU, puesto que, no mucho antes, Mauricio Gatti y Roger Julien abandonaran la reunión. Los repiques de esta caída arrastraron a otros activistas y locales, debilitando aún más la exigua infraestructura de la organización.



27 de junio de 1973

Acorralada por la acometida de las FFAA, la FAU entendió que llegara el momento de iniciar la retirada para salvar a la organización. La idea ya fuera valorada por el Secretariado a finales del invierno de 1972, tras el cerco que siguió al secuestro de Molaguero, previendo incluso que dirigentes serían evacuados y cuales quedarían en Montevideo, al frente de la organización; era una

estrategia de “reserva”, por si las circunstancias lo requerían y ahora, seis meses después, el momento había llegado. La decisión no se comunicó a la militancia hasta que su puesta en marcha no fue inminente, en el otoño de 1973, cuando fue recogida en un documento interno llamado “Acta de Abril”. La dirección estudió caso por caso quien podía permanecer todavía en el Uruguay y quien debía salir al exilio. De este modo, aquel mismo mes, y de forma ordenada, la FAU comenzó a sacar del país a parte de su dirigencia, encabezada por Gerardo Gatti, y a la militancia clandestina, empezando por la de la OPR, la más “quemada”. El grupo liderado por Gatti, llamado en clave el “Instituto de Historia”, se instaló en Buenos Aires con dos objetivos fundamentales: trabajar en apoyo de la actividad de la FAU del interior y redactar el material necesario para la futura fundación del partido, una necesidad planteada ya desde hacía tiempo en el seno de la organización.

En un marco regional pautado por las dictaduras –Brasil, Paraguay, Chile y muy pronto Uruguay–, Argentina aparecía como un refugio privilegiado para los miles de activistas que huían de las botas de los militares del Cono Sur. El país, vivía en aquellos meses una ilusión desbordada, incontenible, tras la restauración de la

democracia y el retorno del exilio del añorado líder, el populista Domingo Perón.

La evacuación no fue aceptada por un sector de la OPR. Este grupo, muy minoritario y liderado por Idilio de León y Julio Larrañaga, se escindió de la organización y creó una nueva formación armada bautizada como Los Libertarios, de vida efímera.

Con el repliegue, la FAU debió reorganizarse, desarrollando dos estructuras, una para el interior y otra en la Argentina. Para el interior, el Secretariado designó inicialmente una dirección integrada por Hugo Cores, Juan Carlos Mechoso, Mauricio Gatti, Alfredo Pareja y León Duarte; sin embargo, esta dirección no llegó a funcionar tal cual debido a la temprana caída de Pareja y Mechoso, sustituidos a partir de abril por Carlos Coitiño, un joven dirigente procedente del gremio bancario, y Pablo Anzalone. Mauricio Gatti causó baja en mayo, cuando un requerimiento de la justicia militar forzó su huida del Uruguay. En la dirección de la ROE del “interior”, repetían Hugo Cores, Carlos Coitiño, León Duarte y Pablo Anzalone, añadiéndoseles Raúl Oliveira, de la UF, Jorge Zaffaroni y Mariela Salaberry.

EL GOLPE DE ESTADO DEL 27 DE JUNIO DE 1973

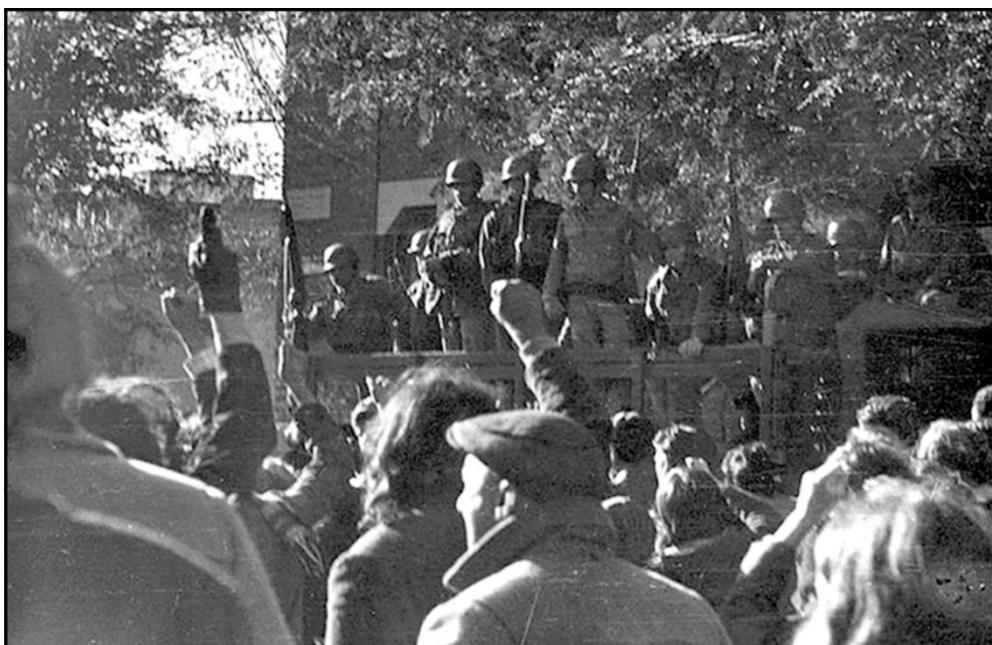
No se puede hablar del Golpe de Estado de junio sin hablar de los “hechos de febrero” y el Pacto de Boiso Lanza, un auténtico prólogo del quiebre institucional que se produciría pocos meses después. Desde su llegada a la Presidencia, Bordaberry se alió con los sectores más conservadores tanto en el ámbito civil como en el militar, donde favoreció a la oficialidad más derechista. Con él, el poder de las FFAA no hiciera sino incrementarse cada vez más. Sin embargo, las FFAA fueron adquiriendo una conducta propia que de hecho, los acabó independizando del poder político al que en principio estaban sometidas; así, el nuevo rol otorgado al estamento castrense incluyó una progresiva intromisión de los militares en la vida

política, una agresividad y un envalentonamiento que crecía al ritmo de sus triunfos en la lucha contra la subversión y que en ocasiones generó situaciones verdaderamente insólitas, situaciones en las que en su caso no dudaban en criticar públicamente la política del que no dejaba de ser su Comandante en Jefe, el Presidente de la República. Esta arrogancia de la cúpula militar acabó provocando fisuras en su alianza con el Ejecutivo y los partidos tradicionales; así, a partir de principios de 1973 se fueron haciendo cada vez más evidentes ciertas tensiones entre el elenco civil del Gobierno y la mayor parte del Parlamento por un lado y los mandos militares por el otro. Estas tensiones estallaron el 8 de febrero de 1973: ese día, Bordaberry cesó a Armando Malet, su Ministro de Defensa, y nombró en su lugar al General retirado Antonio Francese; con esta jugada, el Presidente trataba de controlar la efervescencia de las FFAA, de frenar su injerencia en los “asuntos de Estado”, pero lo que logró fue todo lo contrario: aunque la Armada mantuvo su lealtad institucional, el Ejército y la Fuerza Aérea desafiaron abiertamente al Presidente e ignoraron el relevo ministerial, no dudando en manifestar su postura públicamente y en sacar los tanques a la calle; el enfrentamiento acabó con la derrota explícita de

Bordaberry, que no tardó ni 24 horas en remover a Francese. Su sumisión se evidenció aún más, si cabe, tras pactar su continuidad a cambio de ceder parte de su autoridad ejecutiva a las FFAA: el “Acuerdo de Boiso Lanza”, firmado el día 12 en la base aérea del mismo nombre, encomendaba a las FFAA la misión de preservar la “soberanía y la seguridad del Estado” y reconocía su facultad para participar en la actividad político-administrativa; esta actividad se realizaría a través del COSEMA, Consejo de Seguridad Nacional, un órgano asesor del Poder Ejecutivo integrado por el Presidente, algunos ministros y los Comandantes en Jefe de las FFAA. Con este pacto, se completaba el deslizamiento hacia un gobierno cívico-militar, un gobierno civil en lo formal pero cuyo centro de poder recaía en las FFAA.

El miércoles 27 de junio de 1973, cuatro meses después del Acuerdo de Boiso Lanza, las FFAA, ahora invitadas por el Presidente de la República, concretaban el Golpe de Estado. El detonante: la negativa del Congreso, por un solo voto eso sí, a conceder el desafuero del senador Enrique Erro, exigido por los militares. Como respuesta, Bordaberry convocó a la residencia presidencial a los Comandantes de las tres armas para urdir el asalto definitivo al Parlamento.

A la 1:40 h. de la madrugada del mismo día 27 de junio de 1973, el Senado remataba su última sesión, en la que todos los senadores presentes en la sala manifestaban su rechazo al golpe que se gestaba. Allí se escucharon los últimos debates con los que se cerraban más de 30 años de democracia ininterrumpida, toda una excepción en el contexto del Cono Sur. Como ausentes, los aliados de los golpistas: los senadores de la Unión Nacional Reelectionista, del PC, y los de la Alianza Nacionalista, del PN. Poco después, las fuerzas militares ocupaban el Palacio Legislativo.



Huelga General, 1973

En respuesta al golpe que se gestaba, en la misma madrugada, el Secretariado de la CNT, reunido en el local de la Federación del Vidrio, en La Teja, convocó una huelga

general y llamó a la ocupación de las fábricas, movilizando antes de nacer el día a miles de trabajadores y ciudadanos. Por la mañana, el frente estudiantil se sumó sin titubeos al paro nacional.

Finalmente, y argumentando *“la acción delictiva de la conspiración contra la Patria, inserta en las propias instituciones para presentarse encubierta como una actividad legal”*, el Ejecutivo uruguayo dictó a primera hora del día 27 un decreto que disolvía las dos cámaras y las sustituía por un Consejo de Estado con poderes legislativos, suspendía los derechos civiles, establecía la censura de los diversos medios de comunicación y facultaba a las FFAA a asegurar por los medios que estimase oportunos el funcionamiento de los servicios públicos. Aquel día, Montevideo amaneció militarizado, con tanquetas y jeeps ocupados por soldados fuertemente armados que recorrían las principales calles y avenidas. Mientras, los medios de comunicación no dejaban de reproducir insistentemente el decreto de cuatro artículos promulgado por el ahora dictador Juan María Bordaberry.

Durante los días siguientes, y por debajo de la tranquilidad impuesta por las patrullas y el miedo, Montevideo hervía de gente que repartía volantes y panfletos a favor de la huelga y contra la dictadura, de

acciones de ocupación y reocupación de centros de trabajo, de muchas pequeñas reuniones sindicales, de “frente amplistas” de base que se solidarizaban y apoyaban a los trabajadores que ocupaban las fábricas, etc.... Durante dos semanas, el pueblo reunido y desarmado se erigió en vanguardia de la defensa de la democracia y luchó contra el atropello de las instituciones perpetrado desde la misma Presidencia de la República. La huelga duró 15 días y se convirtió en la más larga de la historia del Uruguay, poniendo de manifiesto toda la potencialidad, también los límites, del movimiento obrero uruguayo.

La respuesta de las fuerzas políticas fue en cambio escasa, cayendo en la inacción; sólo el FA y el PN, sobre todo el Movimiento Por la Patria de Wilson Ferreira Aldunate y sus aliados del Movimiento Nacional de Rocha, liderado por Ricardo Rocha Imaz, participaron del rechazo al golpe y convergieron políticamente para dar su apoyo explícito a la huelga, aunque en ningún momento asumieron el liderazgo del movimiento de resistencia, en manos del frente sindical.

El Ejecutivo y las FFAA respondieron al desafío sindical con más represión: ilegalizaciones, detenciones, torturas, desapariciones forzadas...

El día 28, mientras efectivos militares allanaban la sede central del PSU y detenían a los miembros de su Comité Central, liberados no obstante al día siguiente, la justicia militar expedía una orden de captura contra los legisladores moderados más díscolos: Wilson Ferreira Aldunate, Héctor Gutiérrez Ruíz y Ricardo Rocha, del PN, Enrique Erro y Juan Chenlo, de la UP, y un Zelmar Michellini alejado definitivamente del PC e integrado en el FA.



9 de junio de 1973

El 30 de junio, el Gobierno emite un nuevo decreto por el que ilegaliza y disuelve la CNT, ordena la captura de su dirigencia y procede a la incautación de todos los bienes de las organizaciones sindicales. Simultáneamente comienza la “Operación Desalojo”; decenas de fábricas fueron

desalojadas por las Fuerzas Conjuntas y vueltas a ocupar por sus trabajadores, en algunos casos hasta una decena de veces; para desalojar la emblemática FUNSA se utilizaron cinco camiones repletos de soldados, dos tanquetas militares y un helicóptero. Los vecinos del Cerro levantaron barricadas para impedir el arribo de las fuerzas represivas.



Grupo de obreros de FUNSA

El 4 de julio, el Ejecutivo difunde en los medios periodísticos las fotos de 52 líderes sindicales en búsqueda y captura y expide un nuevo decreto que establece el despido sin derecho a indemnización de todos los trabajadores en huelga, comenzando a elaborarse “listas

negras” de trabajadores “rebeldes”; estar inscrito en ellas cortaba toda posibilidad de encontrar empleo.

El 6 de julio, Ramón Peré, un estudiante universitario, militante de la UJU y del FEUU, era asesinado en la calle Pedro Bustamante por dos policías de paisano cuando trataba de obstaculizar la vuelta a la normalidad del transporte municipal, con ómnibus custodiados por vehículos militares y manejados en ocasiones por chóferes del ejército. Dos días después, un joven de sólo 16 años, Walter Eduardo Medina, estudiante del liceo y militante de la Juventud Socialista, era asesinado por la espalda por un agente fuera de servicio; su delito: estar realizando una pintada contra el golpe en un muro de la calle Rinaldi.

Aquel mismo día, el sector democrático del PN sufría una fuerte merma con la detención de Carlos Rodríguez Labruna, del Movimiento Nacional de Rocha, el capitán Omar Murdoch, Presidente de su Directorio Nacional, Luis Alberto Lacalle, herrerista, y Walter Santoro, Miguel Ángel Galán y Óscar López Ballestra, del Movimiento Por la Patria.

El lunes 9 de julio, a las cinco en punto de la tarde, en el centro de Montevideo, miles de ciudadanos, trabajadores, estudiantes y frenteamplistas vencieron el miedo y se

concentraron para mostrar públicamente su rechazo a la dictadura. Un verdadero mar humano tapizaba la Avenida 18 de julio. La manifestación fue reprimida con brutalidad durante horas por efectivos militares y policiales, quienes, fuertemente armados, emplearon gases lacrimógenos, carros lanza-agua y balas. Cientos de trabajadores y estudiantes fueron golpeados y apresados. Pocas horas más tarde de la disolución forzosa de la concentración, los militares detenían a Walter Santoro, número dos del Movimiento por la Patria, y al Coronel Zufriategui y los generales Liber Seregni y Víctor Licandro, los líderes de la corriente militar vinculada al FA.

La feroz acometida de la represión no se limitó a Montevideo. Son buenos ejemplos la ofensiva lanzada el 4 de julio contra el PCR de Salto, con 17 detenidos, o la dura respuesta a las manifestaciones populares realizadas el mismo día 9 en varias ciudades del interior. El mismo día, los militares allanaban el local del diario comunista “El Popular” y detenía a más de cien personas.

A pesar de la fuerte represión, la Huelga General continuó hasta el 11 de julio, fecha en la cual la Mesa Representativa de la CNT aceptó por mayoría, y luego de tres reuniones, la posición del PCU, organización que, temerosa de un excesivo debilitamiento de sus fuerzas,

apostaba por el levantamiento del paro y por una lucha de otro tipo, una lucha prolongada, de desgaste. La Tendencia Combativa, liderada por las agrupaciones ligadas a la ROE, el M26 o los GAU, partidarios de dar el paso hacia una huelga insurreccional, fue derrotada. Tres de sus gremios más representativos, el Sindicato de FUNSA, la FOEB, Federación de Obreros y Empleados de la Bebida, y la FUS, Federación Uruguaya de la Salud, acataron la decisión pero respondieron con un documento muy crítico, el “Documento de las tres F”, donde reprochaban el levantamiento del paro sin condiciones y denunciaban la indefensión de los huelguistas tras el mismo.

Por lo que respecta a la FAU, la organización tuvo un notable protagonismo en la huelga a través del Sindicato de FUNSA y de la ROE. Precisamente, el Sindicato de FUNSA, liderado por León Duarte y alejado en los últimos tiempos de la CNT, respondió de inmediato al llamamiento realizado por ésta en la mañana del 27, apartando sus diferencias y reintegrándose a la conducción de la central. Su militancia participó activamente en la ocupación de las fábricas y centros de trabajo. Días antes de la gran manifestación popular del 9 de junio, León Duarte se reunió con el General Liber Seregni para intercambiar

opiniones sobre las alternativas de la huelga y las perspectivas de lucha contra la dictadura

Derrotada la huelga, se desató de inmediato el revanchismo patronal y miles de trabajadores fueron despedidos, sancionados y encarcelados. El empresariado celebraba el *“fin de la dictadura sindical”* con represalias de todo tipo. La situación de incertidumbre y persecución obligó a muchos activistas a pasar a la clandestinidad y a miles de uruguayos a marchar al exilio; para muchos militantes, sin posibilidad de encontrar trabajo al figurar en las listas negras, no había otro camino; Venezuela, Brasil y sobre todo Argentina fueron los destinos preferidos.

El desánimo, la sensación de derrota, la idea de que habían sido vencidos y que ya no había nada que hacer, cuajó entre la militancia de izquierda y ayudó a vencer las reticencias de muchos a la hora de abandonar el país.

El 10 de agosto, el Consejo de Ministros aprobó, bajo el eufemismo de “Garantías del Trabajo”, la nueva reglamentación sindical, que finiquitaba la autonomía sindical.

Con la instauración del Consejo de Estado el 19 de diciembre de 1973, terminaba la institucionalización del

nuevo régimen. Formado por 25 miembros, el consejo estaba dominado por los militares.

Las FFAA se entronizaban, ya sin tapujos, en los puestos de mando del aparato estatal, no dejando, en los años inmediatos, de seguir ampliando su control sobre casi todas las instituciones nacionales.

La FAU-ROE del “interior” tras el golpe

Por lo que respecta a la FAU-ROE, la Huelga General tuvo también sus consecuencias. Entre las caídas acontecidas durante el conflicto, cabe destacar las de dos líderes históricos del Sindicato de FUNSA y de la FAU: Miguel Gromaz y León Duarte, detenido en una reunión sindical en la iglesia de San Juan Bautista, en Pocitos. En septiembre Hugo Cores, en situación de clandestinidad desde mediados de 1972, se vio forzado a salir del país. Con Cores y los hermanos Gatti en Argentina y con Duarte y Juan Carlos Mechoso en prisión, el balance para la FAU

del interior era demoledor: en sólo seis meses, entre marzo y septiembre, perdió a todos sus líderes históricos.

A pesar de ello, la FAU-ROE del interior intentó mantener su actividad durante la naciente dictadura. En los meses siguientes al golpe, trató de dar continuidad a la lucha con la campaña “Rebeca”, una pequeña campaña centrada en el reparto de volantes y en la realización de pintadas contra el nuevo régimen. A finales de año, en noviembre, culminó la convergencia con el FER-FRT, que se integró definitivamente en la ROE, aportando cuadros y activistas de la valía de Miguel Ángel Moreno Malugani, Iván Morales, Rafael Lezama, Enrique Rodríguez Martínez Larreta, Rubén Prieto González, Helios Serra, Josefina Kleim, Miguel Fernández Galeano o Beatriz Anglet; un sector minoritario del FER no aceptó la integración, fundando el Movimiento Socialista, luego PT, Partido de los Trabajadores. Ya en septiembre de 1974, la ROE impulsó un intento de nucleamiento de los sindicatos, agrupaciones y listas sindicales contrarias a la línea del PCU y la CNT alrededor del Sindicato de FUNSA: los “Sindicatos Combativos de la CNT”, un espacio de coordinación que funcionó hasta junio de 1975.

Sin embargo, la brutal arremetida de la represión no dejó espacios para el trabajo gremial o político. La ROE fue

ilegalizada el 28 de noviembre del 73 por un decreto del Ejecutivo que dejaba fuera de la ley a la práctica totalidad de las organizaciones de la izquierda: PCU, PSU, M26, PCR, GAU, MRO, POR, Agrupaciones Rojas, FER, FEUU, UP... El mismo día eran clausurados los diarios “El Popular” y “Crónicas”.

La labor represiva se acentuó si cabe más en 1974, destacando la ofensiva contra los GAU, iniciada ya en noviembre del 73, y la embestida contra el asociacionismo estudiantil, especialmente dura con el FER, el sector universitario de las UJC, la AEM, Asociación de Estudiantes de Medicina, y el activismo del Liceo Miranda; el PCR fue una de las organizaciones más perseguidas; la ROE fue especialmente golpeada entre finales de noviembre y comienzos de diciembre, con decenas de detenidos.

El acoso al movimiento estudiantil se completó en 1975, año en el que la embestida represiva se cebó con el M26; los principales operativos contra la ROE acontecieron en junio, con casi cincuenta detenidos, y en octubre, con más de veinte apresados. El golpe de gracia al movimiento sindical llegó a partir de octubre de 1975, cuando el aparato represivo, tras aplastar a las otras organizaciones de izquierda, decidió que había llegado el momento de lanzar su ofensiva contra el PCU y la UJU, la “Operación

Morgan”, desatando una feroz acometida que incluyó la detención, torturas y muerte de cientos de afiliados, muchos de ellos cuadros sindicales sobre cuyas espaldas se sustentaba la mayor parte del sindicalismo del país.

Hacia 1976 la actividad sindical y estudiantil en Uruguay prácticamente había desaparecido. La mayor parte de los activistas de primera línea fueron condenados a largas penas, dejando huérfanas a las organizaciones sindicales, prácticamente desaparecidas durante los próximos siete u ocho años.

En apenas un año, la debilitada FAU-ROE del interior fue prácticamente barrida del escenario uruguayo y sus dirigentes y activistas o bien huyeron o acabaron, torturados, en las cárceles de la dictadura. Así, uno tras otro, los nuevos dirigentes de la ROE, jóvenes obligados a asumir prematuramente la responsabilidad de la dirección, fueron cayendo en las manos de la represión o se vieron forzados a huir al exterior. El 31 de julio del 73 caía Raúl Oliveira, apresado junto a medio centenar de sindicalistas de la UF, cuya dirección estaba muy penetrada por la ROE; los detenidos, entre los que estaba toda la dirección del sindicato, fueron rodeados por los militares cuando estaban reunidos en su local del Barrio de Peñarol, donde fueron convocados para evaluar la situación tras la Huelga

General; junto a Oliveira cayeron otros muchos cuadros de la ROE, como Luís Raimundo, Gilberto Coghlan, muerto por las torturas en diciembre, Félix Vidarte, Roberto Pérez o Lucas Peña. A estas pérdidas se añadieron aquel mismo año la de Lilian Celiberti, apresada, y en 1974 las de Jorge Zaffaroni y Mariela Salaberry, evacuados a Buenos Aires, y la de Carlos Coitiño, detenido. A finales del 75, el detenido era Pablo Anzalone. Meses antes, un requerimiento judicial obligara a Luis Puig a salir clandestinamente del país. A finales de junio de 1976 caía el último núcleo organizado de la ROE en Montevideo; Elena Quinteros, que retornara clandestinamente a Uruguay, era “desaparecida” y José Félix Díaz, su compañero, huía definitivamente a la Argentina. La organización del “interior” estaba definitivamente desmantelada; quedaba tan sólo el exilio.

UN TRONCO COMÚN, DOS CAMINOS DISTINTOS: EL PVP Y LA NUEVA FAU

La FAU–ROE en el exilio: el nacimiento del PVP (1973–1976)

Los primeros evacuados llegaron a Argentina en marzo de 1973; a su frente Gerardo Gatti y Roberto Larrasq, recibidos por Alberto Mechoso, que vivía refugiado en el país austral desde diciembre del 72, tras su fuga del cuartel del Regimiento de Artillería Nº 5.

La elección de la Argentina como país de acogida obedeció fundamentalmente a dos motivos: su naturaleza fronteriza con el Uruguay y su momento político. En la Argentina de 1972–1973 se vivía en la mayor parte de la ciudadanía, pero sobre todo en la izquierda social, una gran efervescencia, un ambiente de un gran entusiasmo y

un optimismo exultante, ante la reconquista de las libertades tras 18 años de dictaduras militares. Para muchos, se estaba asistiendo al triunfo de la resistencia, de las guerrillas, de los trabajadores, de las clases populares, muy identificadas con el peronismo y la izquierda; era también el triunfo de los periodistas, intelectuales y editores que se habían arriesgado, críticos con el totalitarismo; era la victoria de todos los contestatarios. La movilización popular le había cambiado el rostro a la ciudad y el pueblo se sentía vencedor. Frente a la tristeza de Montevideo, una ciudad paralizada por la miseria y el miedo, donde se vivía el riesgo, la derrota y el desalojo, Buenos Aires surgía como una ciudad enérgica y cosmopolita donde se respiraba ilusión y esperanza.

En ese contexto, hacia 1973–74, comienzan a arribar a la Argentina miles de uruguayos, unos como perseguidos directos de la Dictadura, otros como integrantes de las “listas negras” de la patronal, por su pasado como activistas sindicales o meros huelguistas, muchos como ciudadanos simplemente desesperanzados por la situación económica y política del país. La colonia uruguaya no deja de crecer.

Inmersos en la derrota, el exilio y la esperanza de la reorganización y la resistencia, los militantes de la

FAU-ROE-OPR trataron de desarrollar en la Argentina una cotidianidad normal. Ayudaba a ello el hecho de que su evacuación incluyera en muchos casos la de su entorno familiar más próximo; la presencia de la pareja, los hijos o, más raramente, los padres ayudaba a sobrellevar con cierta normalidad el exilio: los paseos familiares, las caminatas por los parques y las plazas, la celebración de los cumpleaños, las salidas al cine... convivían con el activismo político y las noticias que llegaban desde Montevideo y que hablaban de nuevas caídas, de torturas y de muertos.

Desde la llegada a la Argentina de los primeros militantes de la FAU, en abril de 1972, se inició un proceso de reorganización política. La primera “dirección exterior” estuvo integrada por Gerardo Gatti, Alberto Mechoso y Roger Julien, a los que se añadió, muy pronto, en julio, tras el allanamiento de su vivienda en Montevideo, Mauricio Gatti, a partir de septiembre, Hugo Cores, evacuado de Montevideo, y desde diciembre, Gustavo Inzaurrealde, llegado desde Chile, donde se asilara en 1971.

La estructura de Buenos Aires tuvo desde el principio tres cometidos fundamentales: dar cobertura a los compañeros que iban siendo evacuados, apuntalar la actividad de la FAU-ROE del “interior”, apoyándola en todo lo que fuera

posible, y preparar un congreso fundacional. La idea de formar un partido que dirigiera la lucha política por el socialismo existía en la FAU desde hacía tiempo. De hecho para parte de la dirigencia era una necesidad evidenciada cuando menos desde 1972. Así, desde su llegada a Argentina, en abril del 73, Gerardo Gatti volcó buena parte de su trabajo a la preparación de un congreso constituyente; en este sentido, el líder de la FAU-ROE se puso al frente de la “cocina”, un grupo que estuvo integrado, entre otros, por cuadros como Gustavo Inzaurrealde o Roger Julien y que fue creado para elaborar propuestas ideológico-estratégicas con vistas a dicho proceso fundacional

El exilio favoreció el contacto, más a nivel individual que orgánico, con gentes de algunas de las organizaciones y grupúsculos encuadrados en la prolífica y heterogénea izquierda argentina de aquellos años. Entre estos contactos, se puede destacar la influencia ejercida por el grupo Pasado y Presente durante las instancias preparatorias del Congreso Fundacional; este grupo, que editaba la revista del mismo nombre, incluía a activistas como José Aricó o Juan Carlos Portantiero y se adscribía al llamado “marxismo gramsciano”.

Además, las gentes de la FAU–ROE mantuvieron muy buenas relaciones con militantes de Montoneros o de su entorno próximo, aunque lo más parecido a una relación orgánica que hubo fueron los contactos entre Hugo Cores y Rodolfo Walsh y la apertura de las páginas de “Noticias”, el órgano de Montoneros, al aparato de prensa de la FAU–ROE, que aprovechó el ofrecimiento para publicar varios artículos sobre la Dictadura uruguaya y sobre las posiciones de la organización. Igualmente, hubo contactos con algunos cuadros del Partido Intransigente (PI), una escisión de la Unión Cívica Radical (UCR), y relaciones regulares con algunos integrantes de la dividida izquierda trotskista, como el “Viejo Ignacio”, integrantes, estos, que dieron cierto apoyo logístico a la organización en los difíciles momentos del inicio del repliegue, facilitándole en no pocas ocasiones, por ejemplo, documentación falsa con la que dar cobertura a los activistas que iban llegando desde Montevideo.

A través de los contactos de León Duarte y Gerardo Gatti, la ROE también mantuvo fraternales relaciones con los sectores sindicales del peronismo revolucionario, liderados por Agustín Tosco, un metalúrgico de Córdoba que estaba al frente de la FATLyF, Federación Argentina de Trabajadores de Luz y Fuerza, y Raimundo Ongaro, de la

FGB, Federación Gráfica Bonaerense. Estos sectores, integrados en la poderosa central peronista, la CGT, chocaron fuertemente con la llamada corriente “participacionista” de Timoteo Vandor, colaboracionista con el régimen del General Onganía, y con las llamadas “62 organizaciones”, la facción peronista ortodoxa de Ignacio Rucci, y se escindieron en 1968, creando la CGTA, Confederación General del Trabajo de los Argentinos.

En la Argentina, la FAU-ROE editó desde finales de 1973 una pequeña publicación, el “Boletín de la Resistencia Oriental”, del que llegaron a salir alrededor de veinte números. Su responsable era Hugo Cores, que contaba con la colaboración, entre otros, de Rubén Prieto “Cachito”, Marta Alonso y su pareja, Mariela Salaberry.

Durante el exilio argentino, también se reorganizó un pequeño aparato armado, integrado fundamentalmente con los miembros de la OPR evacuados desde Montevideo, pero también con activistas aportados por el FRT e incluso algún montonero. Al frente de este frente se puso Alberto Mechoso, secundado por Iván Morales, procedente del FER-FRT, y Adalberto Soba.

Desde el principio, uno de los principales problemas de la organización “exterior” fue su situación económica. Sus

escasos recursos eran absorbidos en su mayor parte por el pago de los alojamientos y los “salarios de emergencia” asignados a los militantes sin recursos, fuera por carecer de empleo, fuera por dedicarse en exclusividad al trabajo político; eran cantidades muy pequeñas, que daban para poco más que la comida, el transporte y algún otro pequeño gasto, pero superaban con creces las posibilidades financieras de la organización. En algunos momentos se tuvo que recurrir incluso a la solidaridad de algunos compañeros del movimiento anarquista argentino. Para solventar este problema, se decidió recurrir al frente armado.

Los primeros operativos fueron realmente desalentadores. El 31 de julio de 1973, un comando secuestraba a Nelson Laurino, Gerente General de “Martín Coronado”, la planta de la transnacional Pepsi Cola en Buenos Aires; pero la elección del objetivo fue equivocada y la acción fracasó ante el desinterés de la compañía estadounidense para pagar rescate alguno por la víctima; además, a raíz de la operación fueron detenidos dos activistas: Pablo Farias Lebduska y Aníbal Griot, alias Campos, dos veteranos de la OPR capturados en uno de los intentos de cobro del rescate; finalmente, en el mes de

noviembre, la organización optó por liberar al “retenido” sin obtener contrapartida alguna. El segundo intento, otro secuestro, remató con la caída de otro activista, Omar Zina. Sin embargo, estas caídas no comprometieron a la organización ante las autoridades argentinas, puesto que lo detenidos se hicieron pasar por delincuentes comunes y evitaron toda sospecha al respecto.

Por fin, el 16 de marzo de 1974, otro comando ejecutó un operativo plenamente exitoso: el secuestro de Federico Hartt, un importante barraquero que poseía una empresa transnacional dedicada al acopio y la exportación de lana. Hartt, que operaba entre Montevideo y Buenos Aires, fue acusado en diversas ocasiones de cimentar su fortuna en el contrabando de vellón: el 28 de junio de 1957 por el semanario socialista *El Sol*, en 1958 por una Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados de Uruguay, en los 60 por la FOL, Federación Obrera de Lanas... El comando encargado del operativo estaba liderado por los pesos pesados del frente armado, Alberto Mechoso, Adalberto Soba e Iván Morales. Junto a ellos otros activistas como Jorge Zaffaroni o Carlos Goessens. La planificación del operativo fue responsabilidad del propio Gerardo Gatti, que asumió también la gestión del rescate. Hubo un primer pago de dos millones de dólares a las tres

semanas del secuestro, como señal de buena voluntad, y un segundo pago de otros ocho millones dos meses después. En septiembre la víctima fue liberada. La familia del empresario no alertó en ningún momento a la policía y el empresario nunca denunció ni publicitó en modo alguno los hechos, lo que apunta a su deseo de mantener en la penumbra la naturaleza ilícita de las cuentas empresariales y la fortuna familiar.

Con el dinero obtenido del secuestro de Hartt, la organización pudo financiar su normal funcionamiento y consolidar una amplia infraestructura, relanzando la tarea editorial, sosteniendo con mayor dignidad a los activistas “a tiempo completo” o a los que carecían de empleo, comprando y alquilando locales propios, organizando talleres de documentación, etc.... Además, una importante cantidad fue destinada a la adquisición de pertrechos, armas incluidas, para una lucha que se preveía prolongada y que incluiría la “acción directa” y la vuelta al Uruguay. La resolución de la financiación allanó también el camino hacia el Congreso Fundacional, cuya organización experimentó una aceleración evidente.

Por otro lado, gracias al repliegue, la organización salvó la mayor parte de su cúpula, algo que no le ocurriera a las otras fuerzas de la izquierda uruguaya. Contando con el

prestigio popular de dirigentes como Gerardo Gatti, León Duarte, Hugo Cores o Miguel Gromaz, con unos cuadros relativamente poco menguados por la represión y con una estructura bastante sólida, el entramado FAU–ROE atrajo a cientos de militantes sindicales, políticos y estudiantiles, militantes exiliados en la Argentina y procedentes de otras organizaciones muy debilitadas o casi desaparecidas. Nos encontramos así, con que hacia 1974–1975, la realidad de las organizaciones orientales era muy distinta: al tiempo que en Uruguay se vivía una brutal ofensiva de la represión contra el PCR, contra los GAU y, a partir de la primavera del 75, contra el PCU, en la Argentina, la FAU–ROE, que con el repliegue salvara a gran parte de su militancia y estructuras y que avanzaba por la senda precongresual, estaba inmersa en un proceso de claro crecimiento militante, acogiendo a una gran cantidad de activistas que procedían de la desbandada de las otras organizaciones de la izquierda y convirtiéndose en la columna vertebral de lo que a partir de ahora, y empleando la expresión de Hugo Cores, conoceremos como el “protopartido”.

También hubo militantes de la FAU–ROE, no muchos en verdad, que, descontentos con la evolución ideológica de la organización, se alejaron del proyecto, tratando incluso,

no con mucho éxito, de nuclearse orgánicamente a través de la TAR, Tendencia Anarquista Revolucionaria.

Hacia 1974 la composición del “protopartido” ya estaba más o menos definida: estaba la gente del entramado FAU–ROE–OPR y de la corriente mayoritaria del FER–FRT, integrada ya de hecho en la ROE, que venían a ser el núcleo central del proceso fundacional, pero también un grupo de activistas procedentes de los GAU y no pocos independientes, militantes procedentes, a título individual, del PSU, del M26, del MLN, del FEUU... E incluso del PCU y la UJU.

En su labor de lucha contra la Dictadura, el “protopartido”, aunque inmerso en su proceso fundacional, también trató de buscar, sin mucho éxito eso sí, alianzas en el exilio, destacando su propuesta del FNR, Frente Nacional de Resistencia, proyecto para el que mantuvo durante el segundo semestre del 73, conversaciones con el PCU, los GAU, el M26 y el MLN, el PCR... Sin embargo, la propuesta no fue adelante. Posteriormente, en octubre, el MLN–M26 y los GAU impulsan la UAL, Unión Artiguista de Liberación, un espacio de coordinación que incluía también a Michellini, la UP de Erro, el PCR y la AMS, Agrupación de Militantes Socialistas,

pero que excluyó al “protopartido”, vetado por los tupamaros.

El 19 de abril del 74, cuando se cumplía un año del Golpe de Estado, la ROE organizó en el local de la Federación de Boxeo en Buenos Aires, en la calle Castro Barros, un acto de repudio contra la Dictadura, invitando a gentes de la izquierda argentina –la Juventud Peronista, el Partido Intransigente...– y de las diferentes organizaciones del exilio uruguayo, invitación aceptada por la UP, el PCU, el PCR y Zelmar Michellini, pero no por el MLN–M26 ni por los GAU. Los oradores fueron Enrique Erro, el comunista Enrique Rodríguez, Jorge Gomensoro, del PCR, y Hugo Cores, que asistió como representante de la ROE. El acto, bautizado como “Acto por la Cruzada de los 33”, reunió a cientos de exiliados y facilitó el acercamiento entre los grupos asistentes, que acordaron la creación del “Comité 19 de abril”, un espacio concebido para aglutinar políticamente a la amplia colonia uruguaya refugiada en Buenos Aires. El proyecto se desvaneció a comienzos de mayo, con motivo de la reunión organizada por el Comité en el local que la Juventud del PR, Partido radical, tenía en la calle Méjico: la reunión fue abruptamente interrumpida por la, llamada por la policía argentina, “Operación Gris”, que remató con la detención y procesamiento de los más

de 100 activistas allí convocados, acusados del delito de “asonada y participación en reunión sin autorización previa”; aunque los detenidos recobraron su libertad un mes después y pudieron permanecer en Argentina bajo el estatuto de refugiados de ACNUR, la inesperada operación policial lanzada contra el exilio uruguayo era todo un síntoma de que en Argentina los tiempos estaban cambiando.

No pocos autores insisten en remontar los primeros indicios de la represión que se avecinaba en la Argentina más allá de la restauración democrática de marzo de 1973. El primero de estos indicios sería el Cordobazo, acontecido en el final del mandato del General Juan Carlos Onganía, en mayo de 1969, cuando se militarizó la Provincia de Córdoba y cuando para muchos quedó en evidencia el anhelo de la ultraderecha militar por aniquilar a los sectores más militantes de las clases populares. Las siguientes evidencias surgirían tres años después, cuando en sólo nueve meses se produjeron dos matanzas: la Matanza de Trelew, cometida el 22 de agosto de 1972 por fuerzas regulares y en la que fueron ejecutados 16 guerrilleros que intentaran fugarse del Penal de Rawson, y la Matanza de Ezeiza, cometida el 20 junio de 1973 por los

grupos de la ultraderecha y en la que fueron asesinados un mínimo de 14 civiles.

Muerto Juan Domingo Perón en julio de 1974, la presidencia pasó a manos de su viuda, María Estela, cuyo mandato ya se convirtió en una verdadera antesala de la Dictadura. La Triple A, Alianza Anticomunista Argentina, un grupo parapolicial vinculado a las altas esferas del Gobierno y existente ya desde 1973, comenzó a hacerse cada vez más presente; los objetivos de sus atentados eran fundamentalmente guerrilleros, activistas y políticos de izquierda, pero también periodistas, intelectuales e incluso figuras gubernamentales o policiales consideradas permisivas con las organizaciones subversivas, como Julio Troxleer, Subjefe de la Policía Bonaerense, o el exgobernador cordobés Atilio López; la CONADEP, Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, atribuye a la Triple A 50 homicidios comprobados para 1974 y 360 para 1975, mientras que el Archivo Nacional de la Memoria habla de 900 desaparecidos entre junio de 1975 y marzo de 1976. Cuando en 1976 los militares dan el golpe, se calcula que ya había en Argentina más de 5.000 presos políticos y varios cientos de desaparecidos.

Además, a partir de febrero de 1975, el Gobierno de María Estela encomendó la lucha antsubversiva a los

militares, primero en Tucumán y luego en todo el país. El “Operativo Serpiente Roja”, lanzado en marzo contra la larga huelga de los trabajadores de Villa Constitución, conflicto que contó con el apoyo y activa participación de los vecinos de esta populosa ciudad metalúrgica, fue para muchos un ensayo general de lo que luego la Dictadura ejercerá sobre toda la clase trabajadora: detenciones masivas, asesinatos selectivos y ejemplarizantes, ocupación militar del territorio, etc....

Con la oscura detención de Hugo Cores a mediados de abril del mismo año, el “protopartido” vivió un pequeño adelanto de lo que un año después sufriría el PVP; secuestrado por un grupo parapolicial y torturado durante días, el líder de la ROE pudo salvar su vida gracias a las denuncias públicas, que forzaron la regularización de su situación, acabando encarcelado y posteriormente expulsado del país.

El miedo empezó a invadir Buenos Aires como antes pasara en Montevideo. Soplaban nuevos aires y la euforia del 73 quedaba atrás. A partir de entonces el “protopartido” comenzó a caminar por la, cada vez más estrecha, cornisa de la democracia argentina.

Por lo que respecta al proceso congresual, los preparativos para el Congreso Constitutivo comenzaron ya desde el mismo 1973, aunque se intensificaron claramente a partir de 1974, cuando se superó, con el secuestro de Federico Hartt, la escasez de recursos, un lastre también para la preparación del Congreso. Los dos primeros años el trabajo se centraron casi en exclusiva en la obtención de recursos económicos y en el diseño de las propuestas doctrinales y estratégicas a discutir en el proceso constitutivo de la nueva formación. Por lo que respecta a la organización del congreso propiamente dicha, ésta se inició algunos meses antes del golpe, en la segunda mitad del 75, y continuó varios meses después, hasta la celebración del acto fundacional en junio de 1976.

Para resolver el problema de una militancia repartida entre Montevideo y Buenos Aires, en la segunda mitad de 1974 comenzaron a organizarse las “mezclas”, grupos mixtos de trabajo que se reunían en suelo argentino y que debían debatir las propuestas del llamado “Documento 1811”. Luego, en el mes de febrero del 74, le tocó el turno a los tres “claustros” (K, R y Z), espacios de discusión de composición semejante a la de las “mezclas”, pero con

carácter resolutivo, más amplios, de unos 30 o 35 miembros cada uno, y más formales. Por último, los días 19 y 20 de abril se reunió el llamado “Claustro deliberativo”. Este proceso de debate, estimado inicialmente para seis meses, se prolongó finalmente durante casi un año, entre septiembre de 1974 y junio de 1975.

Finalmente, en junio del 75 se celebró el Congreso Fundacional del PVP. El Congreso se celebró en un ambiente general de entusiasmo y de compromiso, un ambiente también conspirativo, de conjura, e incluyó el “Claustro Final o General” y las “Mezclas Informativas”. El primero duró diez días y reunió a medio centenar de cuadros, que discutieron y votaron las tesis no consensuadas por los claustros y que eligieron el nombre, la bandera y los símbolos de la organización. Las “Mezclas Informativas” se prolongaron a lo largo de cuatro días y convocaron a toda la militancia, organizándose para aclarar a ésta las dudas o puntos incomprendidos. Había nacido el PVP, Partido por la Victoria del Pueblo.

Por lo que respecta a los fundamentos ideológicos y estratégicos del nuevo partido, destacar la asunción de muchos conceptos propios del marxismo como la

“Revolución Permanente” de Marx o Trotski, aunque ésta no se mencionaba como tal, la permanencia de cierto legado anarquista y tercerista, presentes en la advertencia sobre los riesgos de la burocratización o la elitización de la dirigencia o en el rechazo tanto a la vía de la socialdemocracia europea como a la del socialismo soviético, y la defensa, para el Uruguay postdictatorial, de una asamblea nacional constituyente, superándose en este caso la tradicional aversión libertaria al sistema electoral y parlamentario. A destacar la definición de algunos estudiosos que veían al nuevo partido como *“una peculiar implantación guevarista del anarquismo”*.

Durante los debates precongresuales de 1975, Hugo Cores encabezó a un grupo de cuadros, integrado por su compañera Salaberry, Jorge Zaffaroni y Enrique Rodríguez Larreta, que defendía una apuesta más clara por el marxismo. Frente a ellos, el resto de la dirección, encabezado por G. Gatti, que si bien marcaba expresamente distancias con el anarquismo, todavía evitaba definir al futuro partido como una organización marxista. Las diferencias también existían en el plano estratégico, donde Cores apostaba por la participación en el FA, rechazada por Gatti, que no obstante también defendía la unidad de lucha contra la Dictadura. Cores,

detenido en abril del 75, no pudo asistir al acto congresual y las mociones de su grupo quedaron claramente en minoría

El nuevo partido, el PVP, llamaba a la resistencia, reivindicando la búsqueda, en la lucha contra la Dictadura, de la unidad lo más amplia posible y proponiendo para el escenario “pos totalitario” un “Gobierno Provisorio de Unidad” encargado del restablecimiento de las libertades públicas, sindicales e individuales, la concesión de compensaciones a las víctimas, el retorno de los exiliados, la reposición de los despedidos por causas político-sindicales, la depuración de responsabilidades entre los represores y la convocatoria de Elecciones Constituyentes.

El PVP nació con una dirección integrada por Gerardo Gatti, Alberto Mechoso, Mauricio Gatti y León Duarte, recién llegado de Montevideo, de donde huyera tras ser requerido a los pocos días de salir de prisión. Ante la derrota del MLN y la brutal acometida represiva contra el PCU, el PCR y los GAU, el nuevo partido confiaba en encontrar un espacio político propio. De hecho, tras el congreso fundacional, el PVP experimentó un notable crecimiento, ingresando muchos militantes desamparados por sus organizaciones de origen, tan golpeadas por la

represión. En este contexto, el PVP, con una dirigencia con una larga y respetada trayectoria de lucha y casi intacta y con una infraestructura amplia surgía como una propuesta seria y cohesionada, como un instrumento de aglutinamiento para activistas de procedencia militante muy dispar.

Del Congreso Fundacional emanó también un plan de aparición de la nueva formación ante la opinión pública uruguaya, el llamado “Plan Vilox”. Concebido como una original campaña publicitaria de choque, el plan burlaba la censura mediante un ingenioso empleo de los medios legales de publicidad y se basaba en la difusión de las siglas y consignas del nuevo partido a través de la contratación en los medios de comunicación uruguayos de espacios de propaganda en los que en una primera fase se evitaban las referencias explícitas; la idea era aparecer como publicidad comercial y luego, poco a poco, irse transformándose en propaganda política, para ir anunciando, ya de forma más clara, el nacimiento del PVP. El plan llegó a iniciarse, recurriéndose a una agencia brasileña de publicidad y al patrocinio en la 33ª edición de la Vuelta Ciclista Uruguaya de un equipo cuyo símbolo era un perfil del Uruguay con una X y una V (X de “por” y V de “victoria”); las frases empleadas; *“ya viene, con la fragancia de las mejores*

maderas de oriente”, “*por una nueva forma de vivir*”... La campaña de patrocinio era complementada con la difusión de los mismos símbolos en volantes, folletos y pintadas. El plan acabó siendo interrumpido tras el Golpe de Estado en Argentina y el consiguiente endurecimiento de los controles fronterizos; en este contexto, el 28 de marzo de 1976, tres activistas, Luis Ferreira da Silva, Rita Elida Vázquez de Anzalone y Ricardo Gil Iribarne, fueron detenidos por la policía fronteriza cuando trataban de entrar en el Uruguay por el Departamento de Colonia con una caravana llena de propaganda antidictatorial.

La dirección del PVP asignó también acciones propagandísticas a su frente armado; la idea era transmitir a la sociedad uruguaya la existencia de una resistencia fuerte a la dictadura, capaz de pasar a la ofensiva en suelo nacional. Es en este contexto en el que hay que enmarcar la “Operación Aurora”, ejecutada por el Comando Heber Nieto en la madrugada del 11 de enero de 1976. El objetivo era alterar la normalidad de Punta del Este, la principal ciudad turística del Uruguay, en plena temporada alta. Para ello, los activistas colocaron varios artefactos explosivos en el Hotel San Rafael, las instalaciones portuarias y el Edificio Arcobaleno y provocaron varios incendios forestales en el paraje Rincón del Pino.

Ese mismo mes, enero del 76, el PVP lanzó también la que denominó “Campaña Alejandra”. Llamada así en homenaje a la socialista y feminista rusa Aleksandra Kolontai, esta campaña tenía como objetivo retomar vínculos con la militancia sindical del “interior”, por estas fechas ya prácticamente desactivada por la represión. La campaña consistía en una convocatoria de militantes y sindicalistas uruguayos en torno a dos ideas centrales: organizar la resistencia a la Dictadura y formar un frente unitario. Con esa intención, el partido organizó un acto en Buenos Aires e invitó a 150 activistas que llegaron desde el “interior” para debatir como relanzar el movimiento sindical y como participar desde el mismo en la alternativa de resistencia propuesta por el PVP.

Además, el nuevo partido potenció su trabajo editorial, comenzando a publicar “La Semana”, con noticias sobre el Uruguay, tomadas en gran parte de la prensa uruguaya y en menor medida de diarios extranjeros, y “En Pocas Palabras”, una publicación mensual que recogía información sobre la actividad del PVP, publicaciones que se venían a sumar al “Boletín de Resistencia Oriental”, que seguía imprimiéndose.

El recorrido del nuevo partido fue no obstante muy corto. El 24 de marzo de 1976, sólo nueve meses después

de su fundación, los militares argentinos daban un Golpe de Estado, deponiendo a Isabel Perón e instaurando la Junta Militar, un triunvirato integrado por los comandantes en jefe de las tres armas, el General Rafael Videla, el Almirante Emilio Eduardo Massera y el Brigadier Orlando Ramón Agosti. Se iniciaba así, el Proceso de Reorganización Nacional, la etapa más sangrienta de la historia argentina, con el secuestro, la tortura y la ejecución en centros de detención clandestinos de decenas de miles de personas, sospechosos de pertenencia a la guerrilla y activistas de todo tipo, o con el robo sistemático de recién nacidos y niños de corta edad, hijos de los secuestrados; miles de estos secuestrados acabaron enterrados en fosas comunes y muchos otros fueron arrojados al mar desde los aviones de la FAA, la Fuerza Aérea Argentina. La violencia represiva no nació, como ya vimos, con el golpe, pero que con él convirtió la desaparición de opositores, hasta entonces una práctica propia del paramilitarismo de la Triple A, en la metodología propia del Estado. La brutalidad de la acometida impidió cualquier resistencia al Golpe de Estado y el poderoso movimiento guerrillero argentino fue rápidamente derrotado; el ERP, Ejército Revolucionario del Pueblo, fue prácticamente aniquilado en los meses inmediatos al golpe, mientras que Montoneros, aunque

trató de golpear a la Dictadura durante varios años, sufrió una derrota político-militar incuestionable. En este ambiente de represión y muerte comenzó, a los cuatro meses del golpe, la “cacería” de los hombres y mujeres del PVP.

El Plan Cóndor y el genocidio del PVP (1976–1977)

Desde el mismo 24 de marzo del 76, los militares argentinos comenzaron a generar todo el entramado normativo con el que la dictadura sustituyó al régimen constitucional, estableciendo en las horas inmediatas al golpe la pena de muerte y los Consejos de Guerra (ley 21.264), la suspensión del derecho de huelga, (Ley 21.261), la suspensión de la actividad política y la disolución de los partidos de la izquierda revolucionaria (Decreto N° 6), el sometimiento a la censura de los medios de comunicación (Comunicado N° 19), la disolución de la Corte Suprema de Justicia, sustituida por los jueces del Proceso de Reorganización Nacional, o la sustitución del Congreso Nacional por la CAL, Comisión Asesora Legislativa, y la Junta Militar (Ley 21.256), definida como el Órgano Supremo de la Nación, por encima de la Constitución, y

encargado, entre otras muchas otras facultades, de la designación del Presidente de la Nación; todo este armazón legislativo se completó en los siguientes días con otras normas como la que implantó el restablecimiento de la Constitución de 1853 y su sometimiento a la normativa aprobada por la Junta Militar, expedida el 29 de marzo, o la que impuso la suspensión indefinida de la actividad sindical y la negociación colectiva y la facultad del Ministerio de Trabajo para intervenir las organizaciones sindicales (Ley 21.356), del 12 de julio.



Plan Cóndor. Represión generalizada en el cono sur

Simultáneamente con el golpe, en la misma noche del 24 de marzo, las Fuerzas Armadas realizaron cientos de secuestros y arrestos, principalmente activistas y dirigentes sindicales de las áreas industriales estratégicas (el Gran Buenos Aires, Córdoba...); sin embargo, lo peor

aún estaba por comenzar: pocas semanas después, se ponía en marcha la apisonadora de la represión, alcanzando una brutalidad y una dimensión desconocidas hasta entonces –30.000 desaparecidos según cálculos de las organizaciones de derechos humanos–, y además, lo hacía en el último país de la región en ingresar al “club de las dictaduras del Cono Sur”, cobijo por ello de muchos izquierdistas de la región allí refugiados. La dictadura argentina se convirtió en una máquina de atrocidades, una máquina que impuso la desaparición de personas como método corriente y priorizado de represión y que convirtió el país en un gigantesco campo de concentración. Al principio, el cuerpo social no percibió la magnitud de la vorágine represiva, ocultada por el miedo y por unos medios de comunicación que salvo las honrosas excepciones de la revista *Humor*, de Andrés Cascioli, de la Agencia Clandestina de Noticias, de Rodolfo Walsh, y de la revista *Nueva Presencia*, de Herman Shiller, eran cómplices de los verdugos; habría que esperar 30 de abril de 1977 para asistir al primer paso hacia el desenmascaramiento de la verdad; aquel día, una decena de mujeres, instaladas en la Plaza de Mayo en reclamo de sus hijos desaparecidos, iniciaron la emergencia de un nuevo movimiento social

cuyo signo de identidad sería el lugar elegido para su despliegue público: eran las “Madres de la Plaza de Mayo”.

No se puede tratar el tema de la represión argentina sin hablar del siniestro marco regional en el que se integraba, el Plan Cóndor, un mecanismo de coordinación represiva de carácter regional, clandestino y terrorista concebido por los servicios de inteligencia de las dictaduras del Cono Sur para combatir la subversión. Impulsado, presumiblemente, por los USA, el Plan Cóndor nació como un pérfido aparato represivo diseñado para perseguir y eliminar a los opositores con independencia de donde se escondieran, infundiéndoles en los refugiados políticos el miedo y la inseguridad propios de quien percibe que ya no existía refugio seguro alguno. La Operación Cóndor se aprobó en octubre–noviembre de 1975 en la I Reunión Interamericana de Inteligencia Nacional, celebrada en Chile en el más estricto secreto y a iniciativa del Coronel Manuel Contreras, director de la DINA, Dirección de Inteligencia Nacional, chilena; a la reunión asistieron delegados de los organismos represores de Chile (Contreras), Argentina (Capitán José Casas), Paraguay (Coronel Benito Guanes), Uruguay (Coronel José A. Fons) y Bolivia (Mayor Carlos Mena), que se comprometieron a reunirse periódicamente y a crear una oficina

coordinadora para compartir la información sobre la lucha antissubversiva. Mayo de 1976 fue un mes decisivo para el diseño de la Operación Cóndor; en la reunión de ese mes se produjeron dos hechos muy importantes: la adhesión de Brasil y el acuerdo de Chile, Argentina y Uruguay para realizar en su caso operaciones conjuntas secretas contra izquierdistas latinoamericanos refugiados en Europa. Fue así, como los verdugos de las dictaduras de la región iniciaron la llamada “Tercera Fase”, plan con el que superaron los límites geográficos del Cono Sur y extendieron sus fauces por toda Latinoamérica e incluso más allá, contando con la colaboración, en mayor o menor medida, de Perú, Venezuela o Colombia e incluyendo operativos en los mismísimos USA o Europa (Roma, Madrid, París...).

La colonia uruguaya comenzó a sufrir sus primeras caídas a los pocos días del Golpe de Estado; fueron tres militantes del PVP: Ary Cabrera Prates, un veterano activista del gremio bancario secuestrado el 5 de abril y desaparecido desde entonces, y la maestra Telba Juárez, de 29 años, y su compañero Eduardo Chizzola, de 25, secuestrados el 17 de abril, apareciendo ella muerta en el Barrio de Barracas el día 19, con cinco balazos, y continuando él a día de hoy desaparecido. En mayo las víctimas fueron Zelmar

Michellini, Héctor Gutiérrez, el comunista Manuel Liberoff, cuyo cuerpo nunca apareció, y tres activistas vinculados al MLN–M26: Rosario Barredo y su compañero William Whitelaw, cuyos cadáveres fueron encontrados el 20 de mayo, y Hugo Gomensoro, cuyos restos no se recuperaron hasta el 2006.

Mientras en Argentina avanzaba todo este engranaje de secuestro y muerte, las gentes del PVP fueron incapaces de calibrar el alcance del desastre. Acostumbrados como estaban a una inseguridad e incertidumbre personal que formaba parte de su cotidianeidad familiar, no supieron ver la dimensión de lo que se avecinaba sobre ellos. La dirección del partido no reaccionó, limitándose a impulsar una “reafirmación de la voluntad militante”, la mejora de las medidas de seguridad y la continuación del lanzamiento de la nueva formación.

El plan represivo que se preparaba contra el PVP se enmarcaba en la ya mencionada Operación Morgan, iniciada a partir de octubre del 75 y centrada en dos objetivos: el PCU, hasta entonces poco golpeado por la represión, y el PVP. Era una operación con dos escenarios fundamentales, el Uruguay y la Argentina, integrándose por ello en el ámbito del Plan Cóndor. Al frente de la operación, la OCOA, Organismo Coordinador de

Operaciones Subversivas, dependiente de la I División del Ejército Uruguayo, y el SID, Servicio de Inteligencia de Defensa, dependiente de la Junta de Comandantes en Jefe, dos organismos que a partir de 1975 capitalizaron la actuación represiva de la dictadura uruguaya, desplazando en gran medida al DNII, Dirección Nacional de Información e Inteligencia. En Argentina, la operación se desarrolló como un plan conjunto del aparato represor argentino, dirigido por la SIDE, Secretaria de Inteligencia del Estado, y su homólogo uruguayo, que estableció en Buenos Aires un equipo permanente integrado por agentes y militares de la OCOA y del SID; a su frente el Mayor José Nino Gavazzo, alias “Gabito” u “Oscar 7”, el Coronel Manuel Cordero Piacentini, alias “303”, que ya “trabajaba” en Argentina desde 1973–74, y el Coronel Jorge Alberto Silveira, alias “Pajarito”; otros represores uruguayos desplazados a Argentina a destacar fueron el comisario Hugo Campos Hermida o el Mayor Ricardo Arab, alias el “Turco”.

Se llegó así a comienzos de junio, cuando comenzó la aniquilación del PVP, cayendo sobre la sobre su militancia toda la fuerza del aparato represivo. El Plan Cóndor lanzaba su primer zarpazo, secuestrando a decenas de dirigentes y militantes, entre ellos Gerardo Gatti, el líder indiscutible del partido, y León Duarte. Los detenidos, más

de treinta en poco más de 1 mes, fueron internados y brutalmente torturados en el infame centro conocido como Automóviles Orletti. Llamado por los represores “el Jardín” o “la Cueva” y ubicado en la capital federal, en la calle Venancio Flores, este viejo garaje de dos plantas comenzó a funcionar como centro clandestino del SIDE a mediados de mayo. Bajo la órbita de Aníbal Gordon, el jefe de la Triple A, el local se convirtió en el centro de operaciones del Plan Cóndor en Argentina, un escenario del horror, lugar de reclusión y exterminio de los exiliados uruguayos secuestrados en el país austral. El trabajo forzado del doctor Manuel Liberoff, obligado a asistir a los compañeros allí torturados y luego “desaparecido” como muchos de ellos, no es sino una prueba más de la maquiavélica mente de los represores de Orletti

La cacería del PVP comenzó el 9 de junio con la captura de Gerardo Gatti y de su secretaria, María del Pilar Nores Montedonía, alias Mónica, detenidos por la Policía Federal en una vivienda del barrio bonaerense de Belgrano, en la calle Manzanares. Su paradero fue delatado por un compañero de identidad desconocida, probablemente la misma M^a del Pilar Nores, quien se habría presentado voluntariamente en la comisaría para obtener un trato, aunque ella, liberada seis meses después, sólo admitió

haberse “quebrado” a posteriori, tras ser torturada. Tras un breve paso por la Superintendencia de la Policía Federal, Gatti fue trasladado a “Automóviles Orletti”, donde fue salvajemente torturado. Los militares uruguayos, sabedores de las boyantes finanzas de la organización tras el secuestro de Hartt, intentaron canjear al líder del PVP por 2 millones de dólares; el intermediario fue un amigo personal de Gatti, Washington Pérez, alejado de la militancia activa y secuestrado por los militares el día 13. Aunque su cuerpo nunca apareció, se presume que Gatti, debido a las graves lesiones producidas por las torturas, murió durante las desiguales negociaciones, no antes del 14 de julio según el testimonio de otros secuestrados que sobrevivieron a Orletti.

Entre la noche del 13 y la madrugada del 14 de julio, el PVP sufre la caída más numerosa de la acometida represiva, siendo detenidos una veintena de activistas, entre ellos León Duarte, que pasó a ocupar el lugar de Gerardo Gatti en el partido, Laura Anzalone, hermana de Pablo Anzalone, y su esposo Félix Díaz Berdayes, Asilu Maceiro o Sara Méndez, esposa de Mauricio Gatti, y su hijo de sólo 20 días, Simón, que tardará 23 años en ser recuperado; Mauricio logra escapar. Ya sin la baza de G. Gatti, los militares convirtieron a León Duarte en su nuevo

rehén y objeto de extorsión, recurriendo de nuevo a Washington Pérez como intermediario del chantaje al PVP; Duarte también fue, presumiblemente, torturado sin compasión hasta la muerte y a día de hoy sigue desaparecido.

Ante la codiciosa actuación de los represores uruguayos y argentinos en los casos de Gatti y Duarte, algunos protagonistas e investigadores ven en la importante suma con la que se hizo la organización a raíz del secuestro de Hartt, la razón fundamental del brutal ataque lanzado contra la militancia del PVP.

Aunque integrada prácticamente por los mismos miembros, la dirección del PVP careció de la perspectiva que tuviera la FAU tres años antes y sólo cuando ya era demasiado tarde, intentó sacar a su militancia de Argentina. El único superviviente de la dirección de emergencia, Gustavo Inzaurrealde, convertido en el máximo dirigente de un partido casi extinto, se volcó en ello y tras negarse a refugiarse en Europa, como le reclamaban los compañeros exiliados, se dedicó a buscar nuevas bases donde instalar los restos de la organización en algún país de la región. Pero él tampoco escapó a las fauces del Plan Cóndor, cayendo el 28 de marzo de 1977 en Paraguay, país al que viajara para establecer una ruta de salida y

conseguir documentos con los que facilitar la evacuación de los compañeros que quedarán aislados en la Argentina. Detenido en Asunción junto a Nelson Santana, fue entregado a las pocas semanas a los militares argentinos, pasando a ingresar en la trágica lista de uruguayos desaparecidos en la Argentina. Con él se cerraba el sangriento capítulo del “Cóndor uruguayo”, de la represión contra el PVP en Argentina.

Tras la cacería, el PVP prácticamente dejó de existir. Habían transcurrido poco más de 15 meses desde su fundación y prácticamente toda su dirección, así como buena parte de los delegados fundadores, fueran secuestrados, muchos de ellos asesinados y desaparecidos.

La reconstrucción del PVP (1977–1978)

Europa y la Conferencia Extraordinaria de París de 1977

Con todo en contra, barrido del mapa político por el Cóndor, y con prácticamente todos sus líderes

desparecidos, el PVP fue capaz, en pocos meses, de reorganizar sus fuerzas y renacer como proyecto político. Esta reorganización se hará desde Europa, a partir de los militantes allí refugiados, la mayoría de ellos supervivientes del drama argentino.

En Europa existía desde hacía años una importante colonia uruguaya, que comenzara a formarse tras el Golpe de Estado de Junio de 1973. No obstante, los activistas del PVP, replegados hacia Argentina, fueron bastante escasos hasta la oleada de exiliados generada por la instauración de la dictadura argentina en junio de 1976. Entre las excepciones, Hugo Cores, que llegara a Francia tras ser expulsado de Argentina en diciembre de 1975, su compañera Mariela Salaberry, llegada poco después, o Lilian Celiberti y su marido Hugo Casariego, asilados en Milán desde mayo de 1974, tras la salida de ella del Penal de Punta Rieles.

A lo largo del segundo semestre de 1976 y de 1977 la colonia uruguaya asentada en Europa experimentó un notable crecimiento con la llegada de muchos refugiados que huían de la dictadura argentina, muchos de ellos militantes del PVP que lograran escapar del exterminio del Cóndor y que confirmaron con su testimonio la magnitud del desastre. Ante esta situación, un pequeño grupo de

militantes nucleado en torno a Hugo Cores e integrado, entre otros, por Lilian Celiberti, Gerónimo de Sierra y Rubén “Pepe” Prieto, se volcaron en la reorganización del partido, haciendo un llamamiento a la militancia del PVP con vistas a la celebración de una conferencia extraordinaria, la I Conferencia Nacional del PVP, a celebrar en noviembre de 1977.

Respondiendo a la convocatoria de la conferencia, y desde los más variados rincones del mundo, fueron llegando a París los militantes del PVP: al núcleo de Francia, con Hugo Cores, Mariela Salaberry, Gustavo Schroeder, Eduardo Pin o Mauricio Gatti, por sólo citar algunos, se sumaron activistas procedentes de docenas de países y más de una treintena de ciudades y pueblos; la mayoría llegaron desde Italia, como Lilian Celiberti; desde España, como Juan Ángel Urruzola, procedente del FER-FRT, o Miguel Fernández de Galeano; desde Suecia, como Luís Alberto Presno o Universindo Rodríguez, militante del FEUU refugiado en el país escandinavo desde que huyera de Argentina en el 77; o desde Suiza, como Alberto Pérez Iriarte, otro joven del FER-FRT, pero también lo hicieron, aunque en menor número, desde Bélgica, Austria, Venezuela, México, Nicaragua...

Ante la inexistencia de una dirección formal, barrida por la represión, se creó una Comisión Especial de Emergencia como órgano provisorio de 21 miembros. La I Conferencia Nacional del PVP, llamada también “Conferencia Extraordinaria de París de 1977”, se celebró en un local situado a unos 30 kilómetros de la capital francesa y vino a culminar el proceso de autocrítica del PVP, con un *“doloroso cuestionamiento de las decisiones adoptadas por los compañeros que acababan de pagar con su vida”* la defensa de sus ideas (Hugo Cores).

El fin de la dictadura (1982–1985)

Por lo que respecta la situación en el Uruguay, el proceso de reanudación de las movilizaciones contra la dictadura fue un proceso lento, que no comenzó a tener cierta entidad hasta comienzos de la siguiente década, la de los 80. El régimen transformara profundamente el país y el movimiento popular no fuera una excepción: los hombres y mujeres que dieran vida y vigor a las organizaciones populares experimentarían este cambio con más profundidad si cabe. El PVP se encontró con que a finales

de la década de los 70, con miles presos políticos y de perseguidos, con la CNT disuelta, con la universidad intervenida y con los partidos y sus dirigentes proscritos, el pueblo uruguayo era muy distinto a lo que fuera en 1973, cuando protagonizó la huelga general contra el golpe de estado, un pueblo que mostraba una significativa indolencia militante.



A pesar de su deriva marxiana, el PVP mantuvo los colores libertarios

Por todo ello, la recuperación de las libertades en Uruguay se iniciará dentro del cronograma del régimen y se llevará a cabo bajo el paraguas protagónico de dirigentes políticos procedentes de los sectores democráticos más moderados y tolerados de los partidos tradicionales.

Las elecciones de noviembre de 1984 marcaron el fin de la dictadura y muchos exiliados no quisieron esperar a la

constitución del Parlamento, realizada el 14 de febrero de 1985, o a la investidura de Sanguinetti, celebrada el 1 de marzo, para retornar a su patria.

La Ley de Amnistía fue una de las primeras medidas de Sanguinetti, siendo aprobada en el Parlamento el 8 de marzo y promulgada por el Ejecutivo el mismo día.

Pero el retorno a la democracia no dejara de ser un proceso ordenado y dirigido por el régimen, un proceso superado y acelerado por la reacción de la sociedad uruguaya pero que garantizó en gran medida la impunidad de los uniformados.

El II Congreso del PVP, celebrado en 1989, evidenció, con agrias disputas, la división entre los sectores más radicales, vinculados en parte al frente sindical, y los grupos más moderados, partidarios de la línea de contemporización dominante en el FA.

También en 2002, comenzara a conformarse el Espacio 609, un hecho de gran transcendencia dada su evolución futura dentro de la correlación de fuerzas del frentismo. El Espacio 609 nació como un agrupamiento nucleado en torno al MLN–MPP que respondía a la estrategia de esta formación por acumular fuerzas y ensanchar su base de apoyos a base de subrayar un mensaje de pragmatismo y

moderación. El Espacio 609 tomó su nombre de la lista con la que el MPP concurre, desde 1989, a todas sus citas electorales e hizo su presentación formal en marzo del 2004. Su líder será el tupamaro Jorge Mújica. Solo un mes después, las elecciones internas del FA demostraban su potencialidad otorgándole el 30% de los votos.

El 31 de octubre del 2004 se celebraron elecciones nacionales y el FA (EP-FA-NM), que presentaba de nuevo a Tabaré como candidato, obtuvo 1.125.000 votos, más del 50% de los sufragios emitidos, haciéndose con mayoría absoluta en las dos cámaras y con la Presidencia del país sin necesidad de la 2ª vuelta. Por primera vez en la historia política del Uruguay, un partido de izquierda ganaba las elecciones presidenciales y se hacía con el poder y por primera vez en 50 años un partido superaba en unas elecciones nacionales la barrera del 50% de los votos.

En el año 2006 nació el frente juvenil del PVP, la JPVP, Juventud del PVP, liderado a día de hoy, entre otros, por Daniel Gerhard o Virginia Cardozo.

Respecto a su conformación como un partido de masas y a la movilización social, no se puede negar que el compromiso del PVP con el FA entró y entra en conflicto en no pocas ocasiones con este objetivo, pues conlleva en

ocasiones a un pragmatismo que dificulta notablemente su desarrollo, sobre todo en el último lustro, tras la llegada del frenteamplismo al poder.

Al analizar la evolución del PVP en las últimas dos décadas se pueden extraer dos conclusiones fundamentales: su incuestionable y profundo debilitamiento como fuerza política de la izquierda, y en menor medida como fuerza sindical, y la moderación, tanto de sus posicionamientos, de su línea teórica, como de su accionar, de su línea estratégica.

Por lo que respecta al ámbito sindical, tras el retorno a la democracia, el PIT-CNT inició un proceso hacia posiciones marcadamente moderadas respecto a su trayectoria previa al Golpe de 1973.

A modo de conclusión, puede decirse que el PVP es hoy una organización alejada de sus raíces libertarias y de su pasado revolucionario, una organización debilitada, sin la influencia que un día tuvo en el mapa político y social del Uruguay, pero también una organización que se muestra orgullosa de sus luchas de antaño, que no reniega de su pasado, una organización que insiste en sobrevivir y continuar la lucha por la memoria y por *“una sociedad sin*

explotaciones económicas, sin dominaciones políticas y sin alineaciones culturales”

La reorganización de la nueva FAU

En 1985, con el retorno de la democracia y la Ley de Amnistía, salieron a la calle los últimos presos políticos del Uruguay, en su mayoría presos condenados por su vinculación a organizaciones armadas. Entre aquellos que recuperaban su libertad, estaban los miembros de la FAU-OPR capturados a comienzos de los años 70, unos activistas que no participaron en el proceso fundacional del PVP en la Argentina de 1975 ni en la reorganización emprendida a partir de la Conferencia de París de 1977 y que en muchos casos se sentían ajenos a la evolución ideológica hacia el marxismo vivida en la etapa final de la FAU, evolución culminada, aun con ciertos recelos, en el Buenos Aires del 75 y confirmada, ya abiertamente, sin complejos, dos años después en París; al abandonar la prisión, muchos de ellos, incluidos varios dirigentes históricos de la FAU, no se sintieron identificados con el nuevo partido y rechazaron incorporarse al mismo:

algunos abandonaron el activismo político, como fue el caso de Raúl Cariboni, pero otros, como Juan Carlos Mechoso o Héctor Santa Romero, decidieron mantener para sí el nombre de la FAU y se volcaron en la reorganización de la vieja organización anarquista.



1976. Entierro de Alfonso Poncho Mechoso

Así, la iniciativa partió de J. Carlos Mechoso y Héctor Santa Romero, que salieron del Penal de libertad el 10 de marzo de 1985 y que no tardaron en ultimar su renuncia a sumarse al PVP. Entendían que esta organización se convirtiera en un partido electoral clásico; en palabras del antiguo líder de la OPR, *“el PVP se integró en el Frente Amplio y estaba dispuesto al desarrollo de la práctica electoral y parlamentaria. No incluía nada por lo que habíamos luchado. Aquella no era la forma de adherirse al*

marxismo. La posibilidad de una conversión al marxismo sólo habría existido dentro de un marxismo revolucionario”.

Aunque liderada por activistas salidos de las cárceles del régimen, la reorganización de la FAU contó también con otros veteranos militantes alejados del proceso del PVP, llegados del exilio en su mayoría, militantes como Washington “Perro” Pérez, que se desvinculó, desde el principio, de todo el proceso refundacional de Argentina, el “Vasco” Roberto Larrasq, que sí estuvo en los primeros pasos del nuevo partido y se distanció después, Juan Carlos Pilo, viejo activista de la FAU y del SAG, Rafael Spósito, joven pero fogueado activista más conocido por su seudónimo de Daniel Barret y distanciado de la FAU desde comienzos de los 70, el payador Carlos Molina...; y contó también con una nueva generación de jóvenes militantes forjados en la resistencia de los últimos años de la dictadura, jóvenes como Andrés Medina, jóvenes procedentes de los sindicatos obreros, las asociaciones barriales y los gremios estudiantiles o de grupos libertarios independientes (Lucha Obrera, Resistencia Libertaria, Agrupación Anarquista Pedro Boada Rivas...), jóvenes de El Cerro, La Teja o Curva de Maroñas, jóvenes que tenían su referencia de lucha en la FAU de las décadas de 1960–70.

J. Carlos Mechoso, Santa Romero y Roberto Larrasq estuvieron presentes desde las primeas reuniones, reuniones a las que también asistieron otros destacados activistas y dirigentes históricos de la FAU que declinaron participar en el proyecto, como Ivonne Trías, que fuera liberada también aquel 10 de marzo, después de 13 años de reclusión en el Penal de Punta Rieles, como Raúl Cariboni, que saliera a la calle en diciembre del 84, o como Mauricio Gatti, que tras el exterminio bonaerense del 76 mantuviera una ligazón muy tibia, cada vez más desapegada, hacia el PVP.



Después de un proceso de convocatorias, discusiones e intercambios de ideas, se alcanzó un acuerdo sobre la continuidad de la FAU. El proceso culminó en marzo de

1986 con la celebración del VII Congreso de la FAU, el primer congreso de su nueva etapa, que aprobó la Carta Orgánica de la FAU.

Gran parte de los debates congresuales tuvieron como eje central la reformulación de la línea estratégica, su necesaria adaptación al nuevo momento histórico, muy distinto al de los años 60 y 70. Así, se puso sobre la mesa la evidencia de un nuevo mapa social y la evolución y el debilitamiento, como actor social, del sindicalismo, que perdiera el papel que tuviera en el pasado como vanguardia de la clase obrera. El congreso concluyó que el sujeto histórico ya no era únicamente el proletariado, puesto que buena parte de la clase trabajadora se encontraba excluida del ámbito del trabajo regularizado, y por tanto de su sindicalización. Al hablar de la línea estratégica de la “nueva FAU”, es muy esclarecedora una consigna cada vez más repetida en la organización: *“Ayer era la fábrica, hoy es el barrio”*. La FAU surgida del VII Congreso apostó por un *“frente de las clases oprimidas, un conjunto mucho más complejo y amplio que el viejo proletariado, un conjunto que incorpora un espectro que está en el campo de las relaciones sociales oprimidas y explotadas. Se trata de una línea estratégica que toma como eje aglutinador al eje barrial, vinculando en los*

ámbitos zonales a los sindicatos de trabajadores con los gremios estudiantiles, las bolsas de desempleados, los ocupantes de viviendas y de tierras, los grupos de derechos humanos, las radios comunitarias y las minorías marginadas". A partir del proceso congresual, la "nueva FAU" se postula, ya no como una vanguardia de la clase obrera, sino como un motor de las movilizaciones, del movimiento social, un motor cuya labor fundamental es impulsar y mantener el concepto del poder popular, un poder apoyado en una estrategia de trabajo condicionada por las características de cada barrio o zona. La nueva línea estratégica califica a esta FAU, dentro del anarquismo y según la terminología empelada por la mayoría de los autores, como una organización "especifista plataformista": "especifista" en cuanto parte de la necesidad de la agrupación de los libertarios en una organización específicamente anarquista y "plataformista" en cuanto postula el accionar de la organización desde los movimientos sociales, limitándose, en el fondo, a dar continuidad al "dualismo organizativo" practicado desde siempre por el anarquismo organizado y revolucionario y buscando así, *"la inserción social, el retorno organizado de los anarquistas a la lucha de clases y a los movimientos sociales"* Otros estudiosos del anarquismo prefieren

calificar a esta corriente libertaria como “anarcocomunista”, “anarcoorganizacionista” o “anarcopartidaria”.

En cuanto a las relaciones de la actual FAU con el PVP, éstas son inexistentes. A pesar de su origen común en la vieja FAU, la evolución de ambas fuerzas no ha hecho sino separarlas, agrandando sus diferencias, tanto las de índole ideológica como las de tipo estratégico, y profundizando en su distanciamiento; frente al ideario marxista del PVP y su plena inserción en el modelo electoral y parlamentario, se contrapone el socialismo libertario de la FAU, y su firme rechazo a cualquier estrategia electoralista; no obstante, a pesar de estas diferencias y de la ausencia de relación orgánica alguna, la palabra que mejor define la situación entre ambas organizaciones es la de respeto, un respeto crítico y mutuo que, probablemente, responde más a razones sentimentales, afectivas o emocionales, que a motivaciones políticas. La actitud de la FAU hacia el FA, en el cual se integra el PVP y la mayor parte de sus compañeros de viaje de la “izquierda revolucionaria” de los 60 y 70 (PSU, MLN–MPP, GAU–Vertiente Artiguista), es en cambio una actitud mucho más dura, sobre todo tras convertirse en el 2005 en una fuerza de Gobierno: además de definir a la coalición de la izquierda como una fuerza

meramente reformista y electoralista, la organización anarquista, al tiempo que considera positiva la ruptura del tradicional monopolio bipartidista del poder, acusa a los gobiernos frenteamplistas de apostar sin pudor por el modelo capitalista y neoliberal, recordándoles el abandono de muchas de sus reivindicaciones históricas, como la reforma agraria, responsabilizándoles de la consolidación de la privatización de la seguridad social, con las AFAP, rechazando su política forestal, con el polémico tema de las papeleras y unos monocultivos forestales de eucalipto extendidos a menudo sobre las tierras más fértiles, reprochándole, al tiempo que reconoce algunos avances, la tibieza de su política sobre derechos humanos y memoria histórica y así, un largo etcétera; la FAU entiende, además, que el entusiasmo y el despertar de la militancia más progresista generados por el triunfo electoral del FA acabarán dando paso, ante el conservadurismo de las políticas frenteamplistas, a la apatía y la desmovilización de las bases de la izquierda.

La posición de la FAU ante el modelo político y de partidos, respetuosa con su tradición y coherente con su ideario, explica su ausencia de todos los procesos electorales celebrados desde el retorno de la democracia y la diferencia no sólo del PVP y del resto de la izquierda del

FA, sino que la distingue también de la mayor parte de la “izquierda alternativa o radical” no anarquista, como Asamblea Popular, COMUNA y el MRO, el PT o el MAD. Para la FAU, *“la política debe ser entendida más allá del Estado. La política es mucho más que eso, pues da cuenta de las relaciones de fuerza en la sociedad y de la gestión de los asuntos sociales. Estas relaciones políticas de la sociedad incluyen las distintas fuerzas en juego y la principal fuerza es la lucha de clases, en la que el conjunto de clases explotadas (trabajadores urbanos y rurales, campesinos, colectivos precarizados...) entran en conflicto permanente con la clase dominante, que tienen en el Estado uno de sus grandes aliados. El objetivo es aumentar la fuerza social de las clases explotadas y organizarlas para que incidan en el conflicto, para construir el poder popular y alcanzar la Revolución”*. Juan Carlos Mechoso añade: *“El poder popular debe ser ejercido por los trabajadores y el pueblo a través de organismos controlados por ellos, organismos ampliamente democráticos y participativos, apropiándose de las funciones tutelares ejercidas desde la esfera estatal. Por ello, la estrategia del poder popular debe tener como premisa esencial la construcción de estos organismos y por eso, la derrota del orden capitalista y autoritario, a manos de un auténtico poder popular, se*

está jugando todos los días, en relación a como se orienta y concreta el trabajo social y político cotidiano”.

Tras su refundación, y sin descuidar la tarea interna de reconstrucción y consolidación de su estructura, la “nueva FAU” encaró su reorganización a través del trabajo sindical, barrial y estudiantil. El resultado no fue, sin embargo, el esperado y las perspectivas no se cumplieron.



Para empezar, y a diferencia de lo acontecido en el Congreso Constituyente de 1956, el proceso refundacional iniciado en el Congreso de 1986 no condujo a la unidad del anarquismo uruguayo. La “nueva FAU” no consiguió abarcar a todas las expresiones libertarias del país, existiendo junto a ella, desde el principio, otros dos

destacados espacios de actuación anarquista: la Comunidad del Sur, “experiencia libertaria integral” que, con sus altibajos, persiste desde su fundación en 1955, y el GEAL, Grupo de Estudio y Acción Libertaria, con su eje principal de actuación en la Biblioteca Luce Fabbri, uno de los principales centros de documentación anarquista del continente. Además, y si bien inicialmente en la refundación del 86 confluyó casi todo el “anarquismo organizativo” uruguayo, en la última década la FAU debió compartir el espacio del “especifismo” libertario con tres nuevas organizaciones: la OLC, Organización Libertaria Cimarrón, nacida en 1998, la Organización Bandera Negra, fundada en el 2005, y la Federación Libertaria, surgida en el 2007, las tres con una militancia básicamente juvenil. Además, y como bien dice Juan Carlos Mechoso, hoy *“hay grupos libertarios resistentes a cualquier tipo de organización. Hay grupos de compañeros, la mayoría muy jóvenes, de extracción estudiantil, que no son partidarios del anarquismo organizado”*. Así, a la actividad de estas tres organizaciones, hay que añadir la de los libertarios “autónomos”, llamados así, por no participar enteramente de ninguno de los paradigmas históricos del anarquismo y representados hoy por colectivos como el Taller Anarquista Bisagra o Santa Bárbara, y el surgimiento en los últimos

tiempos de varios grupos libertarios encuadrables en la tendencia contracultural”, como “Apátridas”, o en la llamada “corriente informalista o insurreccionalista”, como la Biblioteca Anarquista del Cerro o el Ateneo de Villa Española.

Además de su “fracaso” como proyecto unificador del anarquismo uruguayo, el relanzamiento de la FAU no alcanzó el desarrollo pretendido, encontrándonos a día de hoy con una organización extraparlamentaria muy minoritaria, una organización que debe compartir su espacio con otras organizaciones, alguna de entidad semejante a la suya, como la OLC, y cuya filiación apenas roza los 200 militantes, contando con no más de medio centenar de verdaderos activistas. No ha sido ajena a este resultado la crisis del movimiento social uruguayo en la última década, con la progresiva desmovilización de la sociedad, una crisis que ha volcado todas las esperanzas y perspectivas de cambio en el triunfo electoral del Frente Amplio, despojando a la izquierda revolucionaria y a sus propuestas de toda potencialidad como alternativa de transformación social.

No obstante, la actividad de la FAU y su base social, sus simpatizantes, así como en general los del anarquismo uruguayo, son mucho mayores de lo que puede esperarse

al analizar la situación anteriormente descrita. Hoy, y de acuerdo con la nueva línea estratégica diseñada en el Congreso del 86 y en posteriores instancias, el “plataformismo”, la FAU alcanzó una presencia notable en ámbitos delo más dispar, sumando al trabajo sindical y estudiantil, una significativa actuación dentro del asociacionismo barrial, en las escuelas, donde interviene a través de los consejos escolares, etc.... Añadir a todo ello, la labor desplegada, a día de hoy, desde sus seis “radios comunitarias” y, dentro de la tradición anarquista, desde sus tres bibliotecas y sus cuatro ateneos libertarios. Destacar también, su decisivo apoyo al nacimiento de la UCROS, Unión de Clasificadores de Residuos Sólidos del Uruguay, o la intensa actividad de su imprenta, toda una referencia en la izquierda uruguaya y de donde salen la revista *Lucha libertaria*, centrada en temas que requieren un tratamiento más extenso y profundo, y, desde el 2005, el periódico *Solidaridad*, que recoge las cuestiones de más actualidad. Además, colabora activamente con el resto de las organizaciones sociales, impulsando para ello el Espacio Solidaridad y Apoyo Mutuo, organizando con estas organizaciones diferentes campañas y movilizaciones y participando con ellas en ámbitos de todo tipo, como en la Comisión de Presos Sociales, en cooperativas de viviendas

sociales, en la coordinación de radios comunitarias, en la Comisión de Medio Ambiente, etc....

Mencionar igualmente, por su simbolismo dentro de esta línea de inserción social, la Columna Cerro-La teja del 1º de Mayo: todos los años, desde que en 1983 se retomó la celebración del “día de los trabajadores”, se organiza desde estos antiguos barrios obreros una marcha propia, de fuerte componente libertario, que recorre la ciudad hasta confluir en el acto central del PIT-CNT. La marcha, convocada por los ateneos, recibe cada año el apoyo de numerosas organizaciones sindicales, estudiantiles y sociales, como, en las últimas convocatorias, la FANCAP, la UCROS, Unión de Clasificadores de Residuos Sólidos del Uruguay, el Sindicato del Macro Mercado, el SUNCA, sindicato único Nacional de la Construcción y Anexos, el SITQ, Sindicato de Trabajadores de la Industria Química, la FUCVAM, el PT, el MRO, las radios comunitarias, los gremios liceales de los dos barrios y las organizaciones anarquistas, esto es la FAU, la OLC, Fogoneros, etc. Contando en los últimos años, también, con la participación de la TCC.

A destacar también, los esfuerzos de la “nueva FAU” por evitar el aislamiento internacional en el que cayera la organización tras el cisma de 1964, desplegando una

intensa actividad en este sentido. Destaca así, su destacado papel como impulsora del anarquismo en la región, apoyando el nacimiento de organizaciones “hermanas” en Argentina y Brasil, como la FAG, Federação Anarquista Gaucha, que tiene su epicentro en el sur brasileño, en Porto Alegre sobre todo, y que se conformó a finales de 1995 a raíz de los contactos entre la FAU y la Juventud Libertaria de Porto Alegre; como la FACA, Federação Anarquista Cabocla, fundada en el 2001 en Belem de Pará, en el norteño Brasil amazónico; y como la FARJ, Federação Anarquista de Rio de Janeiro, creada en el 2003.

Otra de las iniciativas más destacadas de la FAU en el trabajo internacional fue el proyecto de la CALA, Coordinadora Anarquista Latino Americana, que aspiraba a ser una estructura orgánica referencial para el anarquismo organizado de la región, un espacio de cooperación donde adoptar estrategias comunes: la organización uruguaya fue su principal impulsora, organizando el I Encuentro de la CALA, que se celebró en 1996 en Montevideo y contó con la asistencia, entre otros, de la organización anfitriona, la FAU, y de la FAG, la Construcción Anarquista Brasileña, el Colectivo Peluche y la Expresión Libertaria, también de Brasil, el Grupo Anarquista de Rosario, argentino, y el

Colectivo Koioles, de Chile; a esta primera reunión de la CALA le sucedieron otras en las que cabe destacar el ingreso de varios grupos libertarios argentinos, entre ellos el colectivo CAIN, del que nacerá luego la OSL, Organización Socialista Libertaria; sin embargo, las expectativas no se cumplieron y la CALA se fue desinflando poco a poco: a día de hoy, su actividad es casi inexistente, aunque se resiste a desaparecer, sosteniéndola, a espera de tiempos mejores, la FAU y la FAG, las dos organizaciones fundadoras más estrechamente emparentadas; a ellas se ha añadido también el FAO, Foro del Anarquismo Organizado, un espacio coordinativo del “especifismo plataformista” brasileño integrado por la FAG y la FARJ, entre otras organizaciones, y creado en el 2002 con el objetivo de caminar hacia la constitución de una gran organización anarquista brasileña.

También se debe destacar, dentro de esta línea, la celebración de las “Jornadas Anarquistas de Porto Alegre”, conocidas como el “Microforo”, pues se organizaron en febrero del 2001, de forma paralela al FMS. Su organización fue impulsada por la FAU y la FAG como la alternativa libertaria a un acto, el FMS, que consideraban, meramente reformista, inserto en un marco de ejercicio de democracia formal, denunciando la asistencia de dirigentes

y representantes de organizaciones políticas vinculadas a gobiernos con responsabilidades en el estado de injusticia contra el que el propio foro fuera convocado y reprochándole el veto, en cambio, a las delegaciones de “Madres de la Plaza de Mayo”, de las FARC o del EZLN o a líderes como Fidel Castro. El “Microforo” contó, además de con la FAU y la FAG, con la asistencia de grupos libertarios de todo el mundo, como la CGT, Confederación General del Trabajo, y la Red Libertaria de Apoyo Mutuo, españolas, la Luta Libertaria, la FACA y el Círculo de Estudios Libertarios, luego FARJ, de Brasil, etc....

La inserción de la FAU en el anarquismo internacional se completa con su participación en la SIL, Solidaridad Internacional Libertaria, que nació en el 2001 a raíz de un encuentro internacional impulsado por la CGT española. El SIL es una red mundial de federaciones y organizaciones anarquistas “especifistas”, “anarcosindicalistas” y “sindicalistas revolucionarias”, así como organizaciones sociales libertarias y “antiestatistas” sin ligazón partidaria, conformándose como una internacional alternativa a la IFA, Internacional de Federaciones Anarquistas, de orientación “especifista sintetista”, y a la II AIT, Asociación Internacional de Trabajadores, “anarcosindicalista”. Actualmente, el SIL incluye a grupos procedentes de

América, Europa, África y Oriente Próximo, si bien su implantación es mayor en los países occidentales del hemisferio norte y en América Latina, destacando entre otros, la CGT y la Red Libertaria de Apoyo Mutuo, de España, la CNT-F y la Alternative Libertaire, francesas, la italiana CIB, Confederazione Italiana di Base, o la NEFAC, North-Eastern Federation Anarcho-Comunists, de USA y Canadá; entre las organizaciones latinoamericanas, destacan en la actualidad el peso de Uruguay, con la FAU, Brasil, con la FAG y Luta Libertaria, y Argentina, con la OSL y la AUCA.

Hoy, en la FAU aún permanecen, cada vez menos, algunos de sus cuadros históricos, como Juan Pilo, actualmente Secretario Federal, o Juan Carlos Mechoso, el único miembro vivo del pequeño y escogido grupo de dirigentes que en 1964 se hiciera con el liderazgo de la organización, pero el paso del tiempo, con el fallecimiento de “históricos” como El “Vasco” Larrasq, el “Perro” Pérez o Santa Romero, o el envejecimiento de muchos otros, ha dado paso, necesariamente, a un relevo generacional, surgiendo, junto a los ilustres veteranos y a los “nuevos” del 85, nuevas caras, como, entre otros, Victoria Toja, del asociacionismo barrial, Nathaniel Clavijo, del gremio de la

enseñanza, o Federico Steinhardt, uno de los jóvenes más prometedores de la organización.

Aunque muy lejos de su fuerza e influencia del pasado e inmersa en un tiempo político y social poco favorable a sus propósitos revolucionarios, hoy, la FAU sigue levantando la bandera rojinegra y luchando por el ideal del socialismo libertario, acogiendo a un pequeño pero comprometido grupo de activistas que beben del ejemplo de lucha de los compañeros torturados, encarcelados, asesinados y “desaparecidos” y que siguen apostando por la continuidad histórica de la vieja organización fundada en 1956.

FUENTES:

- Libro *“El anarquismo en América Latina”*, de Carlos M. Rama y Ángel J. Cappelletti. Fundación Biblioteca Ayacucho. 1990.
- Libro *“José D’Elias: memorias de la esperanza. Los años turbulentos, 1965–1984”*, de Jorge Chagas y Gustavo Trullen. Editorial Trilce. 1998
- Libro *“El movimiento estudiantil de 1968”*. Gonzalo Varela petiso. Editorial Trilce. 2002
- Libro *“Hugo Cores: memorias de la resistencia”*, de Hugo Cores. Ediciones Banda Oriental. 2002
- Libro *“La izquierda revolucionaria uruguaya: 1955–1973”*, de Eduardo Rey Tristán. Universidad de Sevilla. 2005

- Libro *“Vivos los llevaron...: hª de la lucha de Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos Uruguayos (1976–2005)”*, de Gabriel Bucheli, Valentina Curto y otros. Editorial Trilce. 2005
- Libro *“Juan Carlos Mechoso: anarquista”*, de Mª Eugenia Jung y Universindo Rodríguez. Editorial Trilce. 2006
- Libro *“Hugo Cores: la memoria combatiente”*, de Raúl Oliveira y Sara Méndez. Editorial Trilce. 2007
- Libro *“Hugo Cores: pasión y rebeldía en la izquierda uruguaya”*, de Ivonne Trías. Editorial Trilce. 2008

Artículos, referencias y citas breves recogidas en diversas webs, entre las que destacamos:

- . *“Movilización estudiantil e izquierda revolucionaria en Uruguay (1968–1973)”*. Eduardo Rey Tristán. 2002.
www.revistas.ucm.es
- . *“Manual de formación sindical para delegados de base de la construcción. Capítulo I: Hª del movimiento sindical*

uruguayo". Miguel Guzmán, Graciela Mazzuchi y M^a Carmen Watovek. 2002. www.cintefor.org

. *"Apuntes para una h^a del FER"*. MRO. 2006. www.nuevaradio.org

. *"El capítulo uruguayo del Cóndor"*. Raúl Oliveira. 2006. www.pvp.org

. *"50 años de la Federación Anarquista uruguaya"*. FAU. 2006. www.anarkismo.net

. *"Apuntes para una breve h^a del movimiento obrero de Uruguay"*. Gustavo López. 2007. www.archivoleontrotsky.org

. *"El movimiento anarquista uruguayo en los tiempos de cólera"*. Daniel Barret. 2008. www.nodo50.org

. *"Irrupción del FER en la h^a del Uruguay"*. Alberto Pérez Iriarte. 2008. www.memoriaviva5.com

. *"Federación Anarquista uruguaya. Anarquismo Especifista, Acción directa anarquista: por la construcción del poder popular"*. FAU. 2010. www.colectivolibertariosantboi.com

. *"Partido por la Victoria del pueblo"*. 2010. www.wikipedia.org

.*“Federación Anarquista uruguaya”*. 2010. www.wikipedia.org

.*“Creación del grupo terrorista Partido por la Victoria del pueblo”*.

José Nino Gavazzo. www.envozalta.org

.*“No olvidarse del PVP”*.www.lacalle.com

.*“Quienes somos”*. PVP. 2005. www.pvp.org